

DE REPORTEROS

Segunda edición

Miguel Ángel Sánchez de Armas ✠ Omar Raúl Martínez

Compiladores

Fundación Manuel Buendía, A.C.
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Ciudad de México, 2018

DE REPORTEROS. Testimonios periodísticos

Primera edición impresa, noviembre de 1996

© MCMCXVI - Miguel Ángel Sánchez de Armas y Omar Raúl Martínez (compiladores)

© MCMCXVI - Fundación Manuel Buendía

ISBN 968-6348-15-08

Segunda edición (aumentada) 2018

© MMVIII - Miguel Ángel Sánchez de Armas

© MMVIII - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

En memoria de Omar Raúl Martínez

12 de agosto de 1965 - 3 de mayo de 2016

DE REPORTEROS

Testimonios periodísticos

Francisco Barradas 🏰 Sergio Candelas 🏰 Ulises Castellanos 🏰 James Creelman
🏰 Luis Humberto González 🏰 Omar Raúl Martínez 🏰 Alicia Ortiz 🏰 José Pagés
Llargo 🏰 Miguel Ángel Ramírez 🏰 Raymundo Riva Palacio 🏰 Miguel Ángel
Sánchez de Armas 🏰 Edmundo Valadés

Contenido

Nota a la segunda edición	7
Presentación de la edición impresa de 1996	7
Los reporteros.....	12
Todos los medios son buenos para llevar a cabo un buen reportaje, incluida la paciencia.	14
Desconfiar de guardaespaldas, policías y de cualquier intermediario	15
La <i>exclusiva</i> marca la consagración del reportaje	17
La última misión,	26
Estruendo ensordecedor.....	30
Los medios también anotan.....	35
Paranoia	37
Una lección	40
El culto al engaño	41
Los “inocentes”.....	42
Hasta el reclusorio	44
Crónica de una indiscreción empresarial	46
Entretelas de una telenovela universitaria.....	52
¿Una telenovela de TV-UNAM?	53
Manos a la obra.....	54
Al borde del cañón.....	54
Bajo el trajín de los mojados	55
El escenario de la telenovela.....	57
Inmersión y rescate de esa realidad	58
Corre videotape.....	59
Epílogo.....	61
Misión: reportear en panamá.....	62
Un reportero gráfico en el golfo pérsico	71
Reporteando la guerra	77
El día que me dieron la noticia.....	85
El Impacto.....	87

La noticia	88
No queremos prensa en Altamirano	91
Periodistas en zona muerta	96
Lucha por la exclusiva	98
En busca del “cuatro vientos”	101
A la tumba del “Cuatro Vientos”	107
Un jurado en la expedición	113
Se intensifica la búsqueda	119
Hacia un triunfo periodístico	123
Yo hablé con Hitler	128
Como es Hitler	130
Admonicion	131
El amo	132
Frio, calculador... ..	133
El presidente Díaz, héroe de las Américas	135

Nota a la segunda edición

Han pasado 22 años de la publicación de *De reporteros* y dos del fallecimiento de Omar Raúl Martínez, mi amigo y colega de la Fundación Manuel Buendía y la *Revista Mexicana de Comunicación*. Al releer las reseñas de cómo se gestaron noticias que en su momento agitaron a la sociedad y a la clase política, las encuentro tan frescas, emocionantes y formativas como cuando aparecieron en las páginas de la *RMC* y nos animaron a Raúl y a mi a reunir las en un libro, inspirados por *Los reporteros* de Christian Brincourt y Michel Leblanch, un tomo de principios de los setenta que recogió las historias tras bambalinas de famosos reportajes en diarios europeos. En definitiva, hay algo de heroico en el periodismo, “la mejor profesión del mundo”, en palabras de García Márquez.

A esta segunda edición, que aparece bajo el sello de la Benemérita Universidad Autónoma del Estado de Puebla, añadí mi reseña de *Los reporteros* -originalmente seriada en el semanario xalapeño *Punto y aparte*- y dos textos singulares: la entrevista de José Pagés Llergo a Hitler, de 1939, y la de James Creelman a Porfirio Díaz de 1907.

También introduje algunas correcciones que me parecieron pertinentes.

Presentación de la edición impresa de 1996

Miguel Ángel Sánchez de Armas

Hace más de un cuarto de siglo, un jueves de otoño a media mañana, conocí a Manuel Buendía.

Despachaba el hombre en un pequeño cubículo anexo a la dirección de la Comisión Federal de Electricidad, y entre sus funciones y gustos estaba atender asuntos relacionados con los medios.

Me recibió, creo, porque vio mi inseguridad tras la máscara de arrogancia reporteril que me puse para la ocasión. Y quizá porque era tan joven que no podía aún votar, aunque ya tuviera la responsabilidad de escribir para un diario *nacional*. Paradojas de la democracia... y de nuestra profesión.

No fue una entrevista fácil aquélla. Recuerdo a don Manuel ojeándome entre fastidiado y divertido mientras yo recitaba la letanía de mis necesidades informativas. “Usted no quiere escribir un reportaje”, dijo al fin. “Parece que le pidieron un libro”.

Entonces, en un ambiente que mi indignación tensó a punto de cuerda de violín, me dio el mejor consejo de mi carrera: un periodista nunca debe pedir que otros hagan *su* trabajo.

Recupero la anécdota al revisar los materiales para escribir la presentación de este volumen. Resulta que con el tiempo don Manuel y yo nos hicimos los mejores amigos. En la tertulia de los viernes que nos reunió durante años, uno de los temas favoritos de conversación era el trabajo de tal o cual colega para conseguir equis o zeta información, desde lo legendario – el Güero Téllez vestido de enfermero para escribir la nota del asesinato de Trotsky, que agonizaba en el quirófano de la Cruz Verde- hasta lo contemporáneo-con-vistas-a-convertirse-en legendario –el desvelamiento de la identidad del jefe de la estación de la CIA en México, de - ¡por supuesto!- Manuel Buendía.

En una profesión que, a diferencia de muchas otras, fue bendecida con la posibilidad de la buena suerte, recordar cómo algunos reporteros conseguimos *aquella nota* y compartirlo con nuestros pares, es el mayor de los placeres.

Sin embargo esas historias, que pueden ser tanto o más fascinantes que la nota misma, poco trascienden al público lector o a las audiencias de radio y televisión. Las razones son diversas.

En primer lugar, cada vez son menos los ejemplos de periodismo de investigación en México. Con notables –apreciables—excepciones, vemos a nuestros medios y colegas enfermos de *declaracionitis*, de *grabadoranitis*, de *boletinitis* y de otras epidemias profesionales cuyo resultado es el adocenamiento y la grisura de diarios y noticiarios. Ello ocurre no sólo en México. Hace unos días, el Nobel García Márquez lanzó una condena de ese tipo de periodismo durante una reunión con informantes: inventemos, dijo, “el viejo modo de aprender a hacer periodismo”; recordó los días en que el periodismo se aprendía en “cátedras ambulatorias y

apasionadas de veinticuatro horas diarias”, y aseguró que los avances tecnológicos están robando a “este oficio hasta el nombre humilde que tuvo en sus orígenes allá por el siglo XV”.

En segundo lugar, hay un prurito profesional del periodista, cuyo deber es servir puntualmente la información y no regodearse en los obstáculos que tuvo que vencer para conseguirla... si es que los hubo, pues ya dije que en esta profesión la buena suerte es parte del bagaje. Un ejemplo: allá por mil novecientos setenta y tantos, un aburrido colega de guardia en la redacción de un diario capitalino pergeñaba un plan para escaparse a “La Mundial”, cuando el *hueso** se acercó a decirle que en la entrada unas personas de aspecto humilde querían denunciar algo. El reportero bostezó. Era la medianoche. Faltaba poco para el cierre de edición. Tomar nota de un abuso policiaco... o de una calle sin luz... en fin... pero le ganó el sentido del deber. Y al día siguiente, las ocho columnas del periódico daban cuenta de una entrevista exclusiva con los familiares de Lucio Cabañas.

Otro: a mediados de 1975, un reportero asignado a cubrir un aburrido evento en el que el responsable del desarrollo agropecuario federal hablaría de genética y ganado, al final de la entrevista preguntó, por no dejar: “Y el ejido, ingeniero?” Veinticuatro horas más tarde, su diario encabezaba a ocho columnas: “El ejido para votar, no para producir”. La polémica desatada duró veinte años, hasta las modificaciones al artículo 27 constitucional.

Obviamente, de los ejemplos anteriores salvo el hecho de la buena suerte y la capacidad profesional –créalo o no el lector, hay quienes han pasado de largo ante las ocho columnas- nada más hay qué decir. Pero en los otros casos la información tiene tras de sí una historia que puede ser tan compleja y tan rica como la nota misma. Incluso se han dado reportajes sobre cómo se dieron ciertas informaciones. Periodismo para explicar el producto del periodismo. Recuerdo particularmente la serie sobre el “Cuatro Vientos” publicada a principios de los años cuarenta por Edmundo Valadés en la revista *Hoy*. El “Cuatro Vientos” fue un avión español cuyos tripulantes lograron la proeza de cruzar el Atlántico en 1933, pero que se desplomó en su último tramo, de Cuba a la ciudad de México. Valadés no encontró los restos de la nave, pero la crónica de su búsqueda lo elevó a la fama periodística. “¡Ése es el del ‘Cuatro Vientos’!”, murmuraban los parroquianos de los cafés del centro de la ciudad de México frecuentados por Edmundo.

* Así se llamaba a los ayudantes de la redacción en aquellos años felices. Muchos de ellos, con la práctica, llegaron a ser notables reporteros.

Yo mismo soy un viejo reportero no ayuno de experiencias y emociones profesionales. Quise platicar en primera persona con el lector para estar en correspondencia con el tono íntimo de los textos de mis colegas Alicia Ortiz, Sergio Candelas, Miguel Ángel Ramírez, Luis Humberto González, Raymundo Riva Palacio, Francisco Barradas, Edmundo Valadés (*qepd*) y Omar Raúl Martínez –este último director de la *Revista Mexicana de Comunicación* e incansable promotor editorial, a cuyo empuje y tenacidad se debe el presente texto y los que sigan sobre el tema.

Manuel Buendía perteneció a una generación de intensa competencia profesional. Fue reportero de policía cuando la “fuente” era atendida por nombres legendarios: Scherer, Ramírez de Aguilar, el *comandante* Borbolla, el *güero* Téllez y otros que competían entre sí para ofrecer las mejores crónicas: muy bien escritas, documentadas y oportunas. Ellos llegaron a resolver en las páginas de sus diarios, antes que las autoridades, asuntos policiacos que conmovieron a la sociedad. Eran expertos en el tema y conocían al dedillo la obra de los grandes escritores del “género negro”.

Platicando sobre ello, el autor de “Red Privada” alguna vez dijo que en realidad no había buenos y malos reporteros, sino algunos que trabajan y otros que flojean. Yo añadiría que también los hay entusiastas y curiosos y otros solemnes y chatos. Está claro que Gabriel García Márquez no alcanzó el Nobel por seguir –como es tan frecuente- la línea del menor esfuerzo, sino por el amor y energía que dedicó –dedica- a su profesión periodística.

Después de estas necesarias digresiones, regreso al tema del libro. Tres reporteros –Óscar Hinojosa, Gerardo Arreola y quien esto escribe-, en una cantina de feliz memoria, tuvimos la idea de lanzar un boletín para los socios de la Fundación Manuel Buendía. Esa idea convocó a muchos amigos de la academia y germinó en la *Revista Mexicana de Comunicación (RMC)*. Tuvimos claro desde entonces que la revista debía incluir temas del *ejercicio periodístico*, además de las reflexiones e investigaciones teóricas, para que el lector se adentrara en el terreno de los hechos que dieron lugar a tal o cual información que preocupó, alertó o conmovió a la nación.

Uno de los primeros asuntos que abordamos fue el de los *cachirules*: aquellos jóvenes futbolistas que alteraron edades y pasaportes para clasificar en un evento internacional y que fueron puestos al descubierto por Miguel Ángel Ramírez en *La Jornada*, con una investigación

periodística que puso de cabeza a los directivos de la Federación Mexicana de Fútbol. Con tensión y humor, Miguel Ángel narró en *RMC* las circunstancias que rodearon su faena reporteril.

De igual forma, en otros números, ofrecimos el testimonio de reporteros sobre las peripecias propias del oficio informativo o acerca de cómo lograron ciertas informaciones que ocuparon durante mucho tiempo las primeras planas y polarizaron la atención de los mexicanos: el recuerdo de los colegas muertos en un accidente de aviación durante la campaña electoral de Luis Echeverría, escrito por Sergio Candelas; la incongruencia del poder empresarial, de Alicia Ortiz; los avatares en zonas de conflicto, de Luis Humberto González y Raymundo Riva Palacio; algunas escenas del ajetreo reporteril durante los dos primeros meses del levantamiento zapatista, vividas por Ulises Castellanos y tecladas por Omar Raúl Martínez, entre otros testimonios periodísticos.

Debemos aceptar, para la bitácora de la autocrítica, que por la dinámica del crecimiento de la Fundación Manuel Buendía y de la *Revista Mexicana de Comunicación*, el incursionar en otros campos, emprender nuevos proyectos y abordar otros temas, espaciamos en exceso la publicación de los presentes materiales a los que tendremos que volver necesariamente para comprender mejor hechos recientes que están transformando nuestra sociedad.

México, D.F. Octubre de 1996.

Miguel Ángel Sánchez de Armas fue discípulo de Manuel Buendía, en cuya memoria estableció la fundación que lleva el nombre del periodista asesinado en 1984. Fundó las revistas *Mexicana de Comunicación*, *Mexicana de Cultura Política*, *Iberoamericana de Derecho de la Información* y *Mexican Journal of Communication*. Es doctor por la Universidad de Sevilla y se ha desempeñado en el periodismo, en la academia, en la docencia y en la comunicación institucional. Entre otros libros ha publicado *El peligro mexicano*, *Apuntes para una historia de la televisión mexicana*, *En estado de gracia*, *Nukay*, *Medio pan y un libro* y *Retrato del General*. Su ficha curricular está incluida en el *Diccionario biográfico mexicano*.

Los reporteros

Miguel Ángel Sánchez de Armas

Debo a mi querido amigo Omar Raúl Martínez la recuperación de un libro extraordinario, Los reporteros, de Christian Brincourt y Michel Leblanch publicado en francés a fines de los sesenta por Éditions Robert Laffont y en español por Noguer alrededor del 71.

Para los jóvenes reporteros que en aquella época soñábamos con las ocho columnas en El Día y Excelsior, que desconocíamos las grabadoras y aprendíamos taquigrafía para que ningún detalle se nos escapase, que devorábamos las crónicas de Scherer, las columnas de Buendía, los artículos de Alvarado y los reportajes de Spota, aquel libro fue como una pequeña biblia cuyo canon alimentaba nuestras fantasías en largas noches de bohemia. Por lo menos en mi reducido círculo de amigos -cuyos integrantes seguimos todos en los medios-, las hazañas periodísticas recogidas por Brincourt y Leblanch fueron, después de los textos de Capote, nuestra mayor influencia profesional. Poco importaba que aquellos héroes fueran europeos bien pagados al servicio de rotativos del primer mundo como Le Monde o France Soir... nosotros igualaríamos o superaríamos sus hazañas. ¡Y a fe mía que algunos lo lograron...!

Así es que con la alegría de haber recuperado un pedacito de mi pasado en donde se asienta lo que hoy soy, comparto con los lectores algunas estampas de Los reporteros.

Con los traficantes de esclavos. A comienzos de este siglo la simple palabra “reportaje” era sinónimo de hazaña, y los que lo efectuaban eran, por supuesto, periodistas, pero también, y quizás ante todo, aventureros. En aquella época no había jets y el teléfono no funcionaba en el ámbito internacional. El reportaje en el extranjero era una expedición.

El 1 de enero de 1930, el diario *Le Matin* envió a Joseph Kessel, uno de sus grandes reporteros, a seguir las rutas de los mercaderes de esclavos en Abisinia. Hoy, “Jef” se dirigiría al aeropuerto de Orly, compraría un boleto para Addis Abeba y, mientras le servían un vodka, contemplaría el discurrir de las costas de África bajo las alas de su Boeing. En 1930 sólo cabía recurrir al barco. Para trasladarse a la base de su reportaje, Kessel y sus amigos navegaron durante tres semanas.

Formaban su equipo cuatro hombres: el teniente de navío La Blanche, un médico meharista* que hablaba árabe, Emile Peyré, y Henry de Monfreid, indiscutiblemente el rey del tráfico en el Mar Rojo. Monfreid era el hombre clave del reportaje. Gracias a él Kessel pudo llegar hasta las rutas secretas de los mercaderes de esclavos.

El conjunto de la operación, financiada por *Le Matin*, debía durar algunas semanas. En realidad, las semanas se convirtieron en seis meses y el reportaje tuvo por escenarios Etiopía, el desierto de Somalia, el Mar Rojo y el Yemen.

Los reporteros llevaban un equipo adecuado a la expedición: víveres, cajas de monedas de plata, licencia de armas autorizando el uso de *winchesters* y de *colts*, cajas de municiones, farmacia y material fotográfico.

Durante seis meses de reportaje, Kessel y su equipo vivieron mil aventuras en mil escenarios distintos. El Rey de Reyes les condecoró; se vieron mezclados en la terrible guerra tribal de los dankalis y los issas; estrellaron un avión en los altiplanos de Abisinia, compraron mulas y camellos para atravesar durante quince días un desierto abrasador, viviendo únicamente de dátiles y de arroz, y descubrieron finalmente las caravanas de esclavos. Asistieron al rapto de pastores que eran vendidos en el mercado de esclavos, cambiaron bloques de sal por monedas de oro; se enfrentaron con un motín de sus camelleros; buscaron refugio en los fortines somalíes; cruzaron el Mar Rojo en una barca de pesca durante una terrible tempestad y esperaron un mes en el Yemen la autorización del Imán que les permitiera visitar Sanaa, la capital de la esclavitud.

* Soldado a caballo de las tropas coloniales africanas cuya montura es un dromedario meharí, variedad de gran tamaño, notables por su aptitud para la carrera, su sobriedad y su valor, que los hacía aptos para expediciones.

Y descubrieron al último gran señor turco, Ramhib Bajá, asistieron a la revuelta yemenita y presenciaron cómo eran decapitados los prisioneros.

Al regreso, el reportaje de Kessel fue anunciado con carteles por las calles de París. *Le Matin* tiró 120,000 ejemplares adicionales. El reportaje había costado en aquella época un millón de francos, es decir, dos mil millones de francos nuevos*.

Todos los medios son buenos para llevar a cabo un buen reportaje, incluida la paciencia.

La imagen típica del reportero es la de un hombre sudoroso, sin aliento, con la tarjeta de prensa metida en la cinta de su sombrero, pateando con el pie derecho la tibia de un colega mientras, con el izquierdo, impide que le cierren una puerta ante sus narices. Como es natural, viste un chaleco y va cargado de magnetófonos y máquinas fotográficas.

Buenos escondrijos y paciencia son cosas que forman parte de sus métodos de trabajo: como dicen los del oficio, “rinden”.

A veces es posible escribir un excelente reportaje con muy poca información. Se habla mucho de suerte, y la suerte existe; pero sólo la que uno busca, la que uno provoca y llama hasta que se digna responder. Y entonces hay que saber explotarla.

En julio de 1960, Yves Courrière estaba en el Congo. Hoy es un escritor que, sentado en su mesa de trabajo, pone en solfa todo lo que aprendió y descubrió en Argelia cuando era reportero de *R.T.L.* Recuerda que, en 1966, le fue otorgado el premio Albert Londres de periodismo y que en 1960 estaba en Léopoldville.

Salida de Orly a medianoche. Sólo iban dos pasajeros en el avión: Courrière y Philip Letellier. “Están ustedes solos –les dijo la azafata-, nadie quiere ir a aquel país”.

Bajo sus asientos, en el compartimiento de carga y en los asientos desocupados se amontonan las cajas de botes de leche condensada y mantas para los refugiados. Courrière sonrío: en Francia siempre que de refugiados se trata se hacen donaciones de mantas. ¡Aunque como ocurre en el Congo, el termómetro marque 50 grados!

Ambos pasajeros descienden del avión en Brazzaville.

* El libro, obviamente, apareció antes de la era del euro.

Primera operación: cruzar el río Congo, que tiene allí dos kilómetros de anchura. Las fronteras están cerradas; el ferry boat no funciona. Primera dificultad del reportaje: encontrar una embarcación al precio que sea...

Courrière y Letellier lograron su objetivo, no sin antes ver morir a un colega, atestiguar la masacre de media tribu, pagar cantidades millonarias por transporte, tomar “prestados” autos en las calles de las ciudades abandonadas y mil peripecias más, entre ellas las dificultades para hacer llegar sus reportajes a París. Pero a fin de cuentas demostraron que eran reporteros de cepa.

Hay que cuidar los detalles más insignificantes para dar a un reportaje una base firme. Gracias a este método, Yves Courrière logró otro gran éxito en Bombay, en ocasión del viaje de Paulo VI durante el Congreso Eucarístico. Una vez más, lo importante era conseguir en exclusiva unas palabras del papa. Courrière seguía trabajando para *R.T.L.*, es decir, que trabajaba con un micrófono en la mano.

Dejó París varios días antes del viaje organizado por el Vaticano para estudiar el itinerario del papa en la capital del Maharashtra. En el curso del trayecto había una pequeña exposición, poco interesante, en un local muy pequeño. El día de la llegada del papa a Bombay, Courrière abandona el cortejo oficial y se oculta en este local. El papa entra, seguido de cinco o seis personas de su séquito: no cabía nadie más en la minúscula sala...

El reportero se aparece, micrófono en mano y desde luego un guardia de seguridad se le echa encima. Courrière logra zafarse del gorilón y ante la sorpresa de los presentes, el Papa accede a decir unas palabras al tenaz periodista, quien así se alza con una exclusiva mundial.

Desconfiar de guardaespaldas, policías y de cualquier intermediario.

Los periodistas trabajan de acuerdo, a veces, con investigadores o con funcionarios de la justicia, pero raramente con los responsables del servicio de orden. Para el hombre encargado del orden el periodista representa precisamente el desorden. Por lo tanto hay que jugar al escondite con él, buscar cómplices o hacerse respetar. Gérald Géry descubrió un sistema infalible para domesticar a los gendarmes de Colombey-les-Deux-Églises...

En busca de unas fotos de De Gaulle en su bien resguardada casa, Géry se puso a cazar al jefe de seguridad hasta que lo pilló orinando en un muro. Tomó una serie fotográfica, reveló sus

placas y se presentó en la puerta principal. Cuando el genízaro intentó bloquearle el paso, Géry le mostró las fotografías...

Existe un principio periodístico que puede formularse así: “Para comprender los misterios de ciertos oficios, el reportero ha de ensuciarse las manos con aquellos que lo practican.”

Philippe Bouvard, periodista del *Figaro*, conductor de “Non Stop”, la emisión de *R.T.L.*, ha sido cartero (durante una huelga de los empleados de correos, telégrafos y teléfonos) y mozo en una pensión familiar de Trebeurden, en 1953. La limpieza, el servicio a la mesa y la vajilla no tienen secretos para él. El personal del hotel estaba integrado por un futuro médico, un futuro dentista y dos estudiantes de letras. Era durante las vacaciones.

Más tarde fue oficial panadero. Pero esta vez era una treta. Durante una conferencia en Ginebra los periodistas querían entrar en la residencia de Kruschew, una villa tan cuidadosamente guardada como Fort Knox.

Bouvard observó que la delegación soviética recibía cada mañana una gran bandeja de “croissants”. Inmediatamente sobornó al panadero, se disfrazó de pastelero y se metió en la villa con su bandeja. Al día siguiente aparecía en el *Figaro* un artículo titulado “Una hora en la villa de Kruschew”.

Si un oficio exige herramientas, la palabra es la única que tenemos los periodistas. La cargamos en un rinconcito del alma y echamos mano de ella para describir el mundo a nuestros semejantes. Un verdadero reportero es aquél que en el momento de su muerte lamenta que ya no pueda compartir algo nuevo que ha descubierto. Por ello es bueno que de tarde en tarde seamos nosotros objeto de crónicas y reportajes. Hawkings dice que no hay mayor placer para un físico que aplicar la mecánica cuántica para desvelar los secretos del universo. Lo mismo en el oficio nuestro: bien empleada la palabra que revela lo que se oculta tras la nota de ocho, el reportaje de primera, la crónica premiada, el artículo seriado...

Las hazañas que consignan Brincourt y Leblanch fueron apasionantes para mi generación por su contenido mismo y porque las pudimos contrastar con las de colegas nuestros de carne y hueso: Jorge Téllez, El Güero, disfrazado de enfermero para entrar al quirófano en donde agonizaba León Trotsky; Luis Spota en chaleco de camarero sobrecuchando la plática de políticos en el restaurante del Hotel

Regis; Natividad Rosales vestido de huichol; Ramírez de Aguilar preso en una cárcel de Chilpancingo para estar cerca de un militar perseguido...

El periodismo mexicano está lleno de hazañas dignas de contarse. Regino Hernández Llergo con Villa; su sobrino Pagés con Mussolini y Hitler; Jesús Blancornelas con Aburto; Raymundo Rivapalacio en Irak... historias que aguardan ser recogidas entre portadas. De reporteros fue, creo, un buen intento. Se necesitan más. Y mientras aparecen esas reseñas, regresemos al testimonio de Brincourt y Leblanch:

La exclusiva marca la consagración del reportaje

Tener una exclusiva significa poseer en privilegio una información, o sea haber llegado el primero a algún sitio.

Todo periodista se fija una regla de oro: debe luchar sin tregua, contra todo el mundo, especialmente contra sus propios colegas, aunque sean amigos.

Lucien Bodard, gran reportero de *France-Soir*, engañó de la manera que sigue a Max Clos, gran reportero del *Figaro* que trabajaba entonces en el diario *Le Monde*.

Después de la caída de Dien Bien Phu, el general Salan emprendió una gira de inspección por Indochina. Redactó un informe que se convertiría más tarde en el “caso de las filtraciones”, y convocó a dos periodistas, Bodard y Clos.

En presencia de ellos, Salan hizo alusiones a ciertos pasajes del informe pero... “Naturalmente, esto no hay que repetirlo”.

Después de haberse despedido de su interlocutor, Lucien Bodard empezó a dudar: el general Salan no era amigo de la cháchara. “Si ha convocado a los dos reporteros es porque desea oficialmente que este informe se conozca”, se dijo. Bodard se sienta delante de su máquina de escribir y comienza un artículo. En la habitación vecina, Max Clos oye el tecleo. Entreabre la puerta.

-¿Qué haces?

-Nada, una tontería...

-¡No metas la pata, no te vayas de la lengua!

-No te preocupes.

Al día siguiente, aparecían ocho columnas en *France-Soir* y ninguna en *Le Monde*.

Esta anécdota me recuerda lo que una vez me dijo Julio Scherer, mi director en Excélsior: “Nunca permita que le digan algo que no pueda publicar. El off the record no existe”. Conozco casos extremos: el reportero Miguel Ángel Velázquez, actual jefe de la sección del DeFe en La Jornada, se enteró de una información importante por la indiscreción de un político. Cuando éste se percató de su metida de pata intentó manipular a Miguel Ángel: “Como caballero, usted no utilizará lo que le acabo de decir...” A lo que el reportero respondió: “¿Y quién le dijo que soy un caballero? ¡Yo soy un patán!” Al día siguiente firmaba las ocho columnas en su diario. Dejo al lector que adivine con qué sobrenombre se conoce a mi tocayo desde entonces.

Para obtener una exclusiva hay un sólo secreto: encontrarse en el sitio preciso, en el momento oportuno. El lunes 26 de marzo de 1962, ocho días después del alto el fuego que siguió a los acuerdos de Evian, un grupo de periodistas se encontraba almorzando en el primer piso del Hotel Alberto I, en Argel. A lo largo de una semana habían asistido a todo el proceso que precede y acompaña a una descolonización. El poder establecido se va, mientras que el poder interino no acaba de ocupar todos los puestos. Sólo el ejército francés estaba en su puesto.

Bad-el-Oued se había declarado ciudad insurrecta. El ejército la bloquea. Para romper este bloqueo, la O.A.S. organiza una manifestación pacífica con objeto de que los distritos residenciales converjan hacia Bab-el-Oued.

A las 14:30 horas, los periodistas que almorzaban en el Alberto I escuchan los primeros ecos de la manifestación.

Los manifestantes siguen la Rue d’Isly y pasan por delante de la oficina central de Correos. En todo Argel se habían alzado barreras de C.R.S., pero en la Rue d’Isly el dispositivo comprendía, además, unos pelotones de tiradores argelinos que volvían de las zonas de lucha y a los que se había comunicado la noticia de la independencia. Estaban al mando de un teniente kabila*, que había recibido la orden de montar una barrera a las 15:30 horas.

Los manifestantes, para engañar a la policía, llegaron con una hora de antelación, ondeando banderas tricolores.

* Término de origen árabe utilizado para designar a las tribus del norte de África y al territorio donde se asientan.

El grupo de antiguos combatientes, de mujeres y niños, se dirige al teniente:

-Usted, como francés que es, debe dejarnos pasar.

La barrera de caballos de Frisia* debía cortar la Rue d'Isly, en la zona de la oficina central de correos; pero a las 14:30, la barrera aún estaba abierta.

Un poco más lejos, en la esquina del Boulevard Pasteur, en el chaflán de la Rue de Chanzy, algunos hombres estaban apostados con un fusil ametrallador. Los primeros manifestantes franquean la barrera y desembocan en la Rue d'Isly, en dirección a Bab-el-Oued.

René Duval, periodista francés de nacionalidad belga, trabajaba entonces en *Europa n.º 1* y para la *Radio Televisión Belga*.

Duval había enviado a su camarógrafo en seguimiento de los primeros manifestantes, mientras que él en persona se acercaba al teniente kabila.

“Me quedé allí porque en aquella serie de acontecimientos era necesario elegir. Pensé que era un buen lugar para un trabajo fotográfico.

“A las quince horas, el teniente recibe órdenes por radio de cerrar el dispositivo. Ordena colocar los caballos de Frisia a través de la Rue d'Isly. La manifestación queda cortada en dos.

“El teniente se excita, farfulla unas palabras. En este clima de nerviosismo oigo dos disparos de revólver, en la misma Rue d'Isly, a mis espaldas.

“Como si se tratara de una señal, el tirador argelino apostado en la esquina del Boulevard Pasteur aprieta el gatillo del fusil ametralladora y dispara contra la multitud, hiriendo incluso a un soldado de su compañía.

“Nos lanzamos todos a tierra, nos pegamos al suelo. El teniente repliega a sus hombres en el portal de una farmacia.

“Sólo se me ocurre una cosa: correr en dirección a nuestra oficina, que está muy cerca, en el Boulevard Pasteur; pero un hombre me agarra y me tira al suelo. Me ha salvado la vida, porque una ráfaga nos pasa por encima, rasante.

“Alguien me tira de las piernas para meterme en un portal. Mi máquina y mi magnetófono quedan en la acera. Arrastrándome, recupero la cámara; pero un soldado tira de mi magnetófono por la correa. Comienzo a grabar. Es un reflejo.

“La descarga de fusilería dura apenas seis minutos. Para mí, un siglo.

* Mejor conocidos como *caballos frisonos*, raza originaria de Holanda, de gran tamaño y apostura y color negro.

“Entre aquel alboroto, nadie oye al teniente gritar dos o tres veces: ‘Alto el fuego’. Pero el magnetófono lo registra.

“Hay 57 muertos y 150 heridos.

“Más tarde, mucho más tarde, escuchando la cinta magnetofónica con Julien Besançon y otros periodistas, me di cuenta de que poseía el gran documento de la jornada: ése ‘Alto el fuego’ que nadie oyó y que hubiera debido evitar la matanza”.

Compare el lector este hecho con los sucesos de poco más de seis años después, el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas en México. ¿Suena conocido?

¡Estar en el lugar preciso en el momento oportuno! A veces sucede incluso a pesar del periodista. Recuerdo el caso de un redactor de guardia en Excelsior allá por el 74 ó 75. De madrugada, a punto de cerrar la edición y anticipando botanas y tragos en “La Mundial”, le avisan que en la recepción unos campesinos quieren ser escuchados. ¡Unos campesinos! El joven finge demencia y sólo la instrucción del secretario de redacción logra levantarlo de su escritorio. Vuelve unos minutos después y vive la experiencia, reservada a unos cuantos privilegiados, de gritar: “¡Paren las prensas!”. En su libreta lleva la exclusiva del asesinato de Lucio Cabañas.

En otra oportunidad, también por aquellos años, los reporteros Miguel Ángel Rivera y Roberto Vizcaíno, irredentos calaveras, acudieron compungidos a cubrir una sosa conferencia agronómica por órdenes del feroz jefe de información que los traía en la mira. Se aparece el secretario de agricultura y ganadería del echeverriato. A los reporteros lo único que se les ocurre preguntar es: “¿Para qué está organizado el ejido, señor Secretario?”

Al día siguiente las ocho columnas del Diario de la vida nacional leían: “El ejido, organizado para votar, no para producir...”.

Aquel secretario vive ahora en Tlapacoyan. Un día nos encontramos en el restorán en donde unos migrantes italianos deleitan a la comarca. Platicamos. Pregunté. Me dijo que desde Nigeria, en donde estaba de gira, el Presidente Echeverría se comunicó por teléfono... Ya imaginará el lector la crisis política de aquella confirmación... que no revelación. Tal es una de las misiones del periodismo.

* * *

El reportero tiene una exclusiva. Falta poco para el cierre ¡y no hay cómo hacerla llegar a su redacción! No hay angustia mayor. Es de muerte, como diría Cristina Medina.

Gracias a las telecomunicaciones de hoy esa situación es rara, aunque no imposible. En mis tiempos se recurría a mil y una argucias para garantizar que el trabajo del día llegase a donde debía: la mesa de redacción o, en situaciones especiales, el escritorio del director. En urgencias no era inusual tocar la primera puerta al paso, exclamar: “¡Soy reportero!” y pedir prestado el teléfono. Quien hiciera eso hoy se expone a que le den con un bate en la cabeza, pero aquellos eran tiempos felices. En octubre de 1975 el reportero de Excelsior Hugo del Río fue enviado a cubrir la “marcha verde” organizada por el Rey Hassan II de Marruecos para recuperar el Sahara español. El gobierno ofrecía raquíticas facilidades a los periodistas de muchos países con quienes tenía una relación de amor-odio. Los necesitaba para dar a conocer su causa al mundo. Los detestaba por latosos, metiches, irreverentes, provocadores, bebedores y apóstatas.

Para transmitir, los ingenieros militares colocaban un aparato telefónico frente al cual los reporteros debían formarse previo sorteo. Cada uno disponía de tres intentos para conectarse o volver a la cola. Quienes lograban un enlace –en aquel 1975 ¡y desde el norte de Africa!- disponían de cinco minutos para transmitir, bajo la irritada mirada de un malhumorado oficial con pistola al cinto.

Hugo, un alto y ancho hombrón, por fin se encontró frente al aparato – hambriento, perdidos muchos kilos a la transpiración, y a 45 grados. Primer marcado. Nada. Segundo marcado. Nada. Tercer marcado... ¡aleluya! Entre el ruidero del cable submarino, se escucha al hueso de la redacción de Excelsior en el D.F. El reportero grita: “¡Es Hugo del Río, desde Marruecos; tóname la nota!” La respuesta llega entre chisporroteos: “¿Hugo del Río? No está. Anda de enviado especial en Marruecos”. Y cuelga. Las leyes contra la obscenidad impiden que relate lo que sucedió a continuación y lo que Hugo hizo al hueso a su regreso a México.

Vuelvo a la reseña de Los reporteros.

Michel Leblanc llegó a Skopje hacia las siete del día siguiente de una catástrofe sísmica, después de ocho horas de carretera en un taxi que había alquilado en una calle de Belgrado.

R.T.L. no tenía ninguna información procedente de la ciudad del siniestro. Después de dos o tres horas de deambular entre los escombros, recogió algunas entrevistas que le permitieron redactar unas primeras notas de ambiente.

Para transmitir por *Radio Belgrado* tenía que recorrer el camino en sentido inverso durante otras ocho horas.

Quedaba una plaza en un pequeño avión de turismo, pero demasiados periodistas la codiciaban. La suerte designó a Jaques Ourevitch, reportero de *Europa n.º 1*, que tomó la cinta magnetofónica de *Radio Luxemburgo* y, muy deportivamente, la expidió por radio a París.

Después de haber pasado una noche buscando un sistema de transmisión, al amanecer Leblanc descubrió a unos obreros encaramados en unos postes de teléfonos para tender dos hilos. Leblanc subió al poste siguiente; le pasaron los hilos, los colgó, los pasó al siguiente, bajó y se subió a otro poste.

Al cabo de un rato llegaron ante la derruida central de teléfonos. Leblanc conectó allí los dos hilos. Los yugoslavos, creyendo que era un especialista llegado de Belgrado, le miraban con los ojos desmesuradamente abiertos.

“Acciono la manivela y oigo:

“-Aquí Belgrado.

“-Póngame con Balzac 74-00

“-Volveré a llamarle.

“Loco de alegría, me siento en la acera con mi magnetófono unido al conmutador para poder transmitir por teléfono el reportaje registrado durante la noche. Espero una, dos, tres, cuatro horas.

“Me encuentro en un estado de nervios espantoso. De repente una clavija del conmutador se acciona. Yo había conectado mi casco y hablaba por el micro del magnetófono.

“-Le pongo con París –me anuncia la telefonista.

“-¿Luxemburgo?

“-Sí.

“-Buenos días, soy Leblanc; ponme con la redacción, en seguida...

“-Bueno...

“-¿Oiga?

“-Sí, buenos días, soy Michel Leblanc.

“-¿Cómo? Michel Leblanc no está. Está haciendo un reportaje.

“Y cuelgan.

“Nunca pude saber quién cometió semejante error. Pero sí recuerdo lo ridículo que estaba sentado en la acera, llorando a lágrima viva, con los nervios destrozados.

Cualquier parecido con el caso de Hugo del Río es una feliz aunque trágica coincidencia. Cosas de reporteros. A Leblanc le fue mejor, sin embargo:

“Felizmente, unos minutos más tarde la misma clavija conecta y escuché por mi casco:

“-¿Ha terminado ya con París?

-No, señorita, la comunicación se ha cortado. Póngame de nuevo con *Radio Luxemburgo*.

“Entonces pude transmitir mi primera crónica desde la destruida Skopje.”

Los propios servicios de socorro ignoraban que el teléfono había sido reparado. Al día siguiente, el ejército y unas jóvenes voluntarias se ocupaban del teléfono.

“En el curso de otra llamada di nuevamente con la misma telefonista, que me dijo desde su conmutador en París:

“-Señor Leblanc, hable más fuerte. Le oí ayer por la radio: no estaba mal. Pero hay que hablar más fuerte.”

Harold King, uno de los pilares de la agencia *Reuters*, vivió mucho tiempo en la Unión Soviética. Enviado a Moscú desde 1942, trabajaba en aquella capital durante la guerra.

Cuando Churchill acudió a entrevistarse con Stalin, el secreto fue celosamente guardado. El embajador de Gran Bretaña tenía que convocar una conferencia de prensa cuando el “Premier” partiera de Moscú; pero las informaciones no debían salir de la capital soviética mientras Churchill se encontrara al alcance de la *Luftwaffe*.

Esperando la luz verde, Harold King había tomado sus propias disposiciones.

“En la oficina de correos de Moscú sólo había dos taquillas. Coloqué a una secretaria delante de cada ventanilla. Las muchachas estaban provistas de gran cantidad de rublos y enviaban complicados telegramas a todas partes del mundo. Cuando veían a alguien de la competencia entrar, expedían otro y pagaban con un billete de mil rublos. Era necesario ir a

buscar el cambio. De esta forma la información de *Reuters* pasó antes de que lo hiciera la de ninguna agencia americana. Me vi obligado a ocultarme y a comer en mi habitación para escapar a la indignación de mis colegas.”

Hay siempre por parte del periodista una cierta participación personal, física y moral. Para algunos, también un compromiso político.

El *flirt* constante con la aventura, la continua necesidad de pegarse a la actualidad para palparla de cerca, obliga al reportero a “participar”.

Escuchando los rumores de una revolución, oyendo las declaraciones de los políticos más importantes, siguiendo a los militares en los caminos minados por la guerra, no importa dónde ésta se produzca, en todas partes se produce un torbellino que puede arrastrar al reportero.

Debe estar en todas partes y verlo todo. Por desgracia está constantemente vigilado y ha de pasar inadvertido.

El periodista, camaleón del suceso, a fuerza de aproximarse a la actualidad acaba por encontrarse en el interior de ella. Traspasa la barrera y, de simple observador, se convierte en actor.

Los grandes lugares de la vida y de la muerte tienen nombres: Vietnam, Laos, Biafra, Oriente Próximo, Chad, Praga... Y también imágenes: barro, campos de amapolas, hambre, bombas, odio, la primavera.

El mundo descubre la realidad de esas guerras, de esas revoluciones o de esas revueltas ante los televisores, en la primera página de los diarios o escuchando los transistores. Y eso gracias a la labor de un puñado de periodistas: los enviados especiales.

El nombre de Dien-Bien-Fu evoca el final de la Indochina francesa. En aquel infierno murieron demasiados hombres con las armas en la mano. Pocos regresaron.

En Dien-Bien-Fu los periodistas eran escasos. Entre ellos se contaba Daniel Camus, con 22 años en 1954, voluntario en los paracaidistas y perteneciente al *Servicio de Prensa Inter-Armadas (S.P.I.)*. El general De Lattre de Tassigny había creado ese servicio en el seno del Ejército para informar a los periodistas franceses y extranjeros, bloqueados en las grandes ciudades como Hanoi o Saigón.

Camus pertenecía, pues, a la sección de fotografía del *S.P.I.* Una mañana de abril de 1954, en Hanoi, se enteró de que tenía que lanzarse en paracaídas sobre Dien-Bien-Fu en compañía del cineasta Lebon y del fotógrafo Martinoff, ambos también del *S.P.I.*

Aunque soldados rasos, los tres hombres eran considerados corresponsales de guerra. Iban equipados como los militares, con uniforme de jungla, equipo y casco; pero no pertenecían a ninguna arma y no les distinguía insignia alguna.

En sus bolsas llevaban dos *Leica* y dos *Rolleiflex*. Lebon saltaría con su cámara...

Los reporteros cayeron en medio de una batalla. Martinoff perdió la vida casi al tocar tierra. Lebon fue herido en una pierna. Camus logró arrastrarlo a una trinchera en donde un médico militar le amputó la extremidad para salvarle la vida.

Un periodista –decía Raymond Castans, el director de *Paris-Match*- es un hombre a quien todo debe interesarle. Ha de verlo todo, leerlo todo y tener la noción de lo que el público espera. O sea el sentido del ritmo, de la imagen, de la información. Yo no creo en absoluto en las escuelas de periodismo. La formación profesional de los periodistas no existe. Existe, sí, en la Sorbona, cursando estudios de Filosofía, de Derecho, de Ciencias Humanas... Lo demás se aprende con la práctica. Hay que ir a la escuela de la calle y de las redacciones.

De hecho, el reportero vive como un millonario, pero nunca tiene un céntimo. Atraviesa todo el mundo con el dinero de los demás y se hospeda en los mejores hoteles para codearse con el mayor número de personas importantes.

Sus obsesiones son la información, el reportaje, los medios de transmisión con su redacción y... el comprobante de gastos.

La última misión,

Sergio Candelas

El 25 de enero de 1970 perdieron la vida, en un trágico accidente aéreo, quince reporteros y periodistas gráficos que cubrían la campaña presidencial de Luis Echeverría. El “avionazo de Poza Rica” –ciudad veracruzana a la que se dirigía la comitiva—diezmó y enlutó al periodismo mexicano, y resaltó otro de los peligros de la profesión: los frecuentes traslados, a veces en transportes en precarias condiciones de operación.

Sergio Candelas, entonces reportero de la revista Tiempo, escribió una extensa crónica del accidente, sin duda la más completa publicada en aquellos días y cuya versión abreviada se expone enseguida.

Llama la atención cómo, en medio de un intenso dolor, el periodista no sólo cumple con su deber de informar, sino que es capaz, incluso, de citarse a sí mismo, de ubicarse como un personaje más dentro de la crónica, sin que ello resulto chocante ni demerite el valor testimonial del trabajo.

Empezaba a clarear la mañana del domingo 25 de enero de 1970. Muy cerca de la entrada que conduce a la pista de carga de la Compañía Mexicana de Aviación, en el Aeropuerto Internacional de la ciudad de México, conversaban animadamente cinco personas.

Cerca de allí, en la acera, algunos vehículos depositaban maletas, bolsas de nylon para trajes, máquinas de escribir portátiles, grabadoras magnetofónicas y cámaras fotográficas. Más allá, a unos metros de distancia, Jesús Kramsky, reportero del *El Herald de México*, daba un abrazo a su madre y a su hermano que habían ido a despedirlo a la terminal aérea. Para Jesús, era su segunda gran oportunidad periodística; los directores de los diarios y las revistas de México ponen mucho cuidado al seleccionar personal para misiones importantes, y *El Herald de México* había reiterado su confianza en Kramsky –casi un adolescente, apuesto y poseedor de

excepcionales dotes reporteriles—para cubrir, con otros compañeros, la segunda etapa de la campaña electoral del licenciado Luis Echeverría, candidato a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

En la entrada de la bodega de Mexicana de Aviación, la charla continuaba. Rubén Porras Ochoa, reportero de *La Afición*; Adolfo Olmedo Luna, de *Ovaciones*; Miguel de los Santos Hernández Álvarez, de *Prensa Independiente de México, S.A. (PIMSA)*; Carlos Infante, de *Avance*, y Sergio Candelas Villalba, de la revista *Tiempo*, cambiaban impresiones sobre los treinta y cuatro días de trabajo que les aguardaban. Olmedo, lleno de orgullo, había presentado a los reporteros a su hijo Adolfo de veintiséis años, recién egresado de la Universidad. Porras Ochoa comunicaba a los demás su intención de invitarlos, cuando pasaran por Catemaco, Veracruz, a un pequeño rancho que había comprado allí, adonde pensaba retirarse con su esposa y sus tres hijos después de uno o dos años más de trajín periodístico. De los Santos, moreno, menudo, de ojos negros brillantes y expresivos, permanecía —como siempre— callado ante la plática de sus compañeros. Inundaba al grupo el ambiente de optimismo y fraternidad que es común entre los periodistas mexicanos antes de una misión durante la cual habrían de convivir por varias semanas.

En busca de mayor abrigo, porque el frío arreciaba, los periodistas se dirigieron a un lugar en donde se registra a los empleados de esa sección del aeropuerto. Llegaron más reporteros. Pepe Falconi, de *El Heraldo de México*, que saludó a todos con su acostumbrado “¿cómo estás hermano?”; Rafael Moya Rodríguez, jefe de redacción del mismo diario, que por esa única vez había dejado su escritorio para supervisar, durante algunos días, el trabajo de sus reporteros; Jesús Figueroa, de *La Prensa*, feliz porque a diez años de haber ocupado el modesto cargo de ayudante de redacción en ese periódico, sus méritos habían obtenido al fin un justo premio; la pareja invencible: Mario Rojas Cedeño y Hernán Porragas Ruiz, de *El Sol de México*, siempre unidos, siempre leída su ágil columna matutina “Diario de Campaña”.

No muy lejos, otros hombres hacían corrillo: los fotógrafos Eduardo Quiroz de *El Heraldo*, pulcramente vestido y con una abultada mochila de piel repleta de película, lentes, telefotos y dos o tres cámaras; Rodolfo Martínez, el *Pelos*, de *La Prensa*, que ya, a esa hora, empezaba a contagiar de buen humor a sus colegas con un gran repertorio de chistes; Jaime González Hermosillo, de *Excelsior*, y la presencia solemne del maestro Ismael Casasola,

fotógrafo de larga experiencia en el periodismo nacional, ahora al servicio del PRI, entre otros más.

Empezaban a calentar unos débiles rayos de sol cuando llegaron a aquel lugar el diputado Humberto Lugo Gil y Francisco Algorri, secretario de Prensa y jefe de Información, respectivamente, del Instituto Político de la Revolución.

En la pista había dos aeronaves para la comitiva de información: un *DC-3*, en cuya proa llevaba el nombre de *Ignacio Aldama* y un *Convair*, matrícula XB-DOK. Lugo Gil y Algorri se situaron al pie de la escalerilla del *Convair*, relación en mano y fueron nombrando uno por uno a los pasajeros, a la vez que marcaban con una señal el nombre de quienes subían al avión.

A bordo del aparato estaban ya los miembros de la tripulación: Leopoldo Ramírez Di Stéfano, piloto de treinta y seis años de edad; Luis Martínez, copiloto; Javier Eliseo Ríos, ingeniero de vuelo, y la señora Rosa María Pedroza, taquígrafa durante muchos años en la Cámara de Diputados, y habilitada esta vez como azafata en la campaña electoral.

Subieron al avión los reporteros Rubén Porras Ochoa, Miguel de los Santos, Mario Rojas Sedeño, Hernán Porragas, Adolfo Olmedo Luna, José Falconi, Rafael Moya, Jesús Figueroa y Jesús Kramsky; los fotógrafos José Ley y Lorenzo H. Barboa, de *El Sol de México*; Eduardo Quiroz, Jaime González, Rodolfo Martínez e Ismael Casasola. También abordó la nave el doctor Camilo Ordaz.

Detrás de ese grupo ascendieron por la escalerilla del *Convair* los reporteros Sergio Candelas y Carlos Infante, pero se percataron de que los asientos destinados a los pasajeros ya estaban ocupados. En ese lapso, mientras infante bajaba del avión y se dirigía a otro, Candelas intercambió algunas frases con quienes hubieran sido sus compañeros de vuelo. Pudo observar que Kramsky y Falconi se habían sentado juntos en un asiento lateral cercano a la cabina de la tripulación y charlaban mientras empezaban a sujetarse los cinturones de seguridad. Otro periodista, Guillermo Pérez Verduzco, era detenido en la escalerilla por el diputado Lugo Gil, quien le explicó que ya no había lugar.

Sergio Candelas bajó y en la pista se topó con Gregorio Ortega Molina, reportero de la *Revista de América*, quien le dijo: “¿A dónde vas? Vámonos que ya es hora de salir”. El reportero de *Tiempo* le explicó entonces que ya no había lugar en el *Convair*, ante lo cual Ortega hizo un mohín de disgusto y dijo: “Lástima, porque ese avión es muy rápido”. En ese momento

se acercó Moisés Martínez de *La Prensa*, y dirigiéndose a Gregorio expresó: “Véngase mi flaco; yo le disparo el desayuno”, y juntos se encaminaron a otro avión, en tanto que Candelas trataba de asegurarse de la aeronave en que viajaría él. Habló con Algorri, quien después de confirmarle que le tenía un sitio reservado en el *Ignacio Aldama*, le pidió por favor que llevara cuatro gafetes de identidad a otros periodistas que estaban a bordo del *Convair*. Así lo hizo Sergio, y por segunda vez subió a la nave. Descendió después de dirigir un cordial “hasta luego” a Porras Ochoa, a De los Santos y a otros más que ya aguardaban la hora de la salida.

El primer avión de la comitiva que despegó del aeropuerto fue el *Vicente Guerrero*, luego el *Convair* y otros dos aparatos con periodistas.

La ruta aérea México-Poza Rica cruza la Sierra Madre Oriental. Sobre ésta pasaron los aviones de la comitiva. Después de cuarenta minutos de vuelo, el *Ignacio Aldama* —en el que iba el reportero de *Tiempo*— estaba sobre la ciudad de Poza Rica. A esa hora, los vientos procedentes del Golfo de México habían acumulado dos capas de nubes sobre la región norteña de Veracruz. La más baja quedaba casi a ras de los cerros, y como el cielo estaba “muy cerrado”, la aeronave sobrevoló cincuenta minutos más tratando de hallar un hueco por el cual enfilarse hacia el aeropuerto de Poza Rica. Había inquietud entre los periodistas. De la cabina del avión salió el copiloto para comunicar a los pasajeros que había dificultades para aterrizar, y ante esa advertencia, Leopoldo Vázquez, fotógrafo de Cine Mundial, preguntó al tripulante: “¿Qué ¿no hay micrófono?” A lo que el copiloto con serenidad respondió: “¿Para qué quiere usted micrófono? ¿Piensa hablar?” Se hizo el silencio en el *Ignacio Aldama*. Algunos, para disimular el nerviosismo, tomaron algunos periódicos y trataron de leer; otros tomaban café e intentaban concluir con el desayuno que se les había servido a mitad del vuelo. Por fin, en un sitio sobre Poza Rica, el piloto encontró una zona despejada: descendió el avión, giro en semicírculo y volando debajo de la capa de nubes, enfiló al aeropuerto y aterrizó sin contratiempos.

En tierra ya estaban algunas aeronaves de la comitiva. Cuando los pasajeros del *Ignacio Aldama* se dirigían a las oficinas de la terminal aérea, Sergio Candelas lanzó su mirada sobre los demás aviones, y él, que había presenciado la salida de los aparatos en la ciudad de México, notó una ausencia que le oprimió el pecho: el *Convair* no estaba allí. Hizo partícipe de su inquietud a Gregorio Ortega, quien comentó: “No te preocupes; como está el tiempo, seguramente todavía se hallará sobrevolando la zona, o se fue a aterrizar a Tuxpan”.

Poco a poco se fueron reuniendo los periodistas y abordaron el autobús de prensa *Ignacio Allende*. La ausencia del *Convair* y de los compañeros que en él viajaban, llegó a intranquilizar. Lo que afuera era bullicio y júbilo, dentro del autobús era inquietud cargada de presagios que nadie se atrevía a exteriorizar. Algunos reporteros conminaron al entonces diputado Fausto Zapata, coordinador de prensa, a que enviara a una persona a las oficinas del aeropuerto para preguntar por el *Convair*.

Pasaron varios minutos cargados de tensión. Muy pocos periodistas se atrevían a hablar. Por fin llegó Cayuela corriendo hasta el autobús de prensa. Subió y pálido, con la voz ahogada por el nerviosismo, le gritó a Zapata: “Se estrelló!”

La sacudida emocional fue estrujante. Alguien, en medio de la confusión, preguntó: “¿Dónde fue?, ¿están heridos?” Y Cayuela exclamó: “¡Todos están muertos!”.

Humberto Aranda, joven reportero del *El Sol de México*, fogueado en las lides reporteriles, lloró como un niño; y con él lloraron muchos más. Buscaron entre sí y del doloroso recuento surgieron estos nombres: Falconi, Porras, De los Santos, Casasola, Rojas, Porragas, Quiroz, el *Pelos*, Kramsky, Olmedo, Moya, González, Figueroa, el *Chino* Ley, Hernández Barboa.

Poco después, los reporteros y fotógrafos solicitaron vehículos para trasladarse al lugar del accidente, distante cinco kilómetros del aeropuerto. Todos estaban invadidos de un vehemente deseo de ayudar, de cerciorarse, de salvar amigos.

Estruendo ensordecedor

A las 8:15 de ese día, Flavio Pérez, jornalero de un predio agrícola, propiedad del señor Aurelio Chino Hernández, situado en las faldas del Cerro del Mesón, se dirigía a la congregación ejidal Manuel Ávila Camacho –conocida por los lugareños como Poblado 52—en busca de una medicina para su hija gravemente enferma. De pronto, Flavio oyó un estruendo ensordecedor. Localizó el sitio del que había provenido aquel ruido y hacia él dirigió sus pasos. Subió a la pendiente del cerro hasta llegar al lugar del accidente: trozos de metal, cadáveres, grabadoras, cámaras fotográficas, máquinas de escribir, árboles destrozados y la cola de un avión. Tal fue la escena que contemplaron sus ojos. Creyó oír unos quejidos, se acercó más a la cola y cerca de ella pudo ver a un jovencito bañado en sangre derribado junto a un cuerpo inerte, que haciendo

acopio de fuerzas, sacó de entre sus ropas un boletín de prensa del PRI en cuyo reverso garrapateó las siguientes líneas “Yo, Jesús Kramsky, periodista del *El Heraldo de México*, pido auxilio a toda persona que me pueda ayudar. Agradezco todas las atenciones. Es urgente por amor de Dios”. Y todavía pudo escribir su apellido: Kramsky.

A esa hora, los periodistas de la comitiva ya habían llegado hasta las inmediaciones del Cerro del Mesón y subían a pie hasta el sitio del accidente. A eso de las 12:15 horas vieron sobrevolar un helicóptero a bordo del cual iban Luis Echeverría y el entonces gobernador del estado de Veracruz, Rafael Murillo Vidal. Arriba, entre los restos del avión, ya estaban algunas brigadas de rescate formadas por miembros del ejército, de la Cruz Roja local y de voluntarios.

Fotógrafos, camarógrafos y reporteros llegaron jadeando hasta los restos del avión. Pocos pudieron soportar la escena. Algunos sacaron fuerzas de flaqueza y ayudaron a la identificación de las víctimas. Sobre el herbazal, tendidos, cubiertos por sus propias ropas, estaban quince cuerpos. “Este es Mario Rojas”, dijo alguien entre sollozos al ver el traje de pana amarilla que solía usar el autor del “Diario de Campaña”.

Luis Echeverría, visiblemente consternado, con las mandíbulas apretadas, preguntó al licenciado Cayuela: “¿Están plenamente identificados los cuerpos?, ¿cuántos son?” Cayuela respondió: “Hay dieciséis identificados. Faltan cuatro.” Se dispuso entonces a buscar bajo la única parte intacta del avión: la cola. Para ello, un camión del ejército tiró de ella con un cable hasta ponerla de costado. Allí estaban los cuatro cuerpos que faltaban. Sergio Candelas se acercó al sitio en el momento en que algunos voluntarios cargaban a una víctima y no quiso ver más, sino que preguntó a Cayuela: “¿Quién es?” Cayuela contestó en voz baja, hecha casi un susurro: “Es Miguelito; es De los Santos”.

Casi una hora permaneció allí el licenciado Echeverría. En ese lapso giró instrucciones: que una funeraria de Poza Rica proporcionara los ataúdes, aunque fueran modestos; que se identificara plenamente a las víctimas; que se trasladaran a bordo de ambulancias hasta el aeropuerto de Poza Rica y que se facilitara desde luego un avión para llevar los restos a la ciudad de México.

Posteriormente, los féretros fueron colocados en el avión *Ébano*, de Petróleos Mexicanos (PEMEX). Y tras ellos subieron Echeverría; don Mario Rojas Avendaño, padre de Rojas Sedeño; el diputado Carlos Armando Biebrich Torres; Juan Pérez Abreu; el capitán Medardo Molina, jefe

de ayudantes, y el diputado Fausto Zapata Loredo. Dentro de la espaciosa cabina de la aeronave —despojada de asientos—estaban, en filas, los veinte ataúdes, modestos, de madera forrada con paño café y gris. Abajo quedaba un grupo de periodistas diezmados que aún no podían salir de su azoro ante la magnitud de la tragedia. Y en sus mentes brotaban sin cesar, en círculo interminable, nombres y más nombres: Miguelito, Rubén Quiroz, Olmedo, el *Pelos*...

Jesús Kramsky, único sobreviviente, había sido llevado, gravemente herido, al hospital de PEMEX en Poza Rica, en donde los médicos luchaban con denuedo por salvarle la vida. Tenía fracturas múltiples en ambas piernas y graves lesiones en la cabeza. Postrado, Kramsky dijo a la enfermera Guadalupe Urcid, primero, que estaba preocupado por su periódico. ¿Quién iba a mandar ahora las noticias a *El Heraldo*? Luego trató de calmar su inquietud profesional y confió en que Moya, su jefe de redacción, lo supliría. Al poco rato los médicos le enteraron de la verdad: él era el único sobreviviente. La tarde del 28 de enero, el director del hospital de PEMEX en Poza Rica informó que no había variado el estado de inconciencia en que había caído el paciente a raíz de un derrame cerebral; sin embargo, se apreció respuesta positiva a estímulos dolorosos y sensoriales.

En la ciudad de México, alrededor de las 15:00 horas, centenares de personas comenzaron a congregarse en el hangar de carga de la Compañía Mexicana de Aviación (CMA). Los pasillos del aeropuerto estaban atestados de periodistas, fotógrafos y camarógrafos con rostros tristes y lágrimas en los ojos.

El *Ébano* de PEMEX tocó tierra a las 16:40 horas, y cuando el avión detuvo sus motores en la pista de parque de la CMA, nadie pudo contener a la multitud que se arremolinó al pie de la escalerilla. Se abrió la portezuela y el primero en descender fue don Mario Rojas Avendaño, consternado por la muerte de su hijo. Le siguió Luis Echeverría.

Diez minutos después fueron bajados los féretros y colocados en carrozas fúnebres de la agencia Gayosso. Brotó el llanto incontenible. Algunas personas, animadas por un hálito de esperanza, preguntaban a los miembros de la tripulación por los nombres de los muertos y, obtenida la respuesta, prorrumpían en sollozos amargos.

En el momento en que estaban llegando los féretros a la agencia funeraria, y en presencia de don Martín Luis Guzmán, entonces director-gerente de *Tiempo*, don Julio Scherer García, entonces director general de *Excelsior*, expresó: “Mi voz es sólo una más entre todas las de la

prensa nacional que se siente consternada por la pérdida de un grupo de excelentes trabajadores en plena actividad. Si la muerte siempre es dolorosa, lo es aún más cuando toca a personas en plenitud, como es en este caso tan lamentable”.

La primera guardia en la Ciudad de México la había hecho el candidato del PRI acompañado por los directores de algunos diarios y revistas de la capital de la República.

Algunos cuerpos fueron trasladados a las calles de Sullivan, y durante toda la noche no hubo una sola capilla en que se notara la ausencia de amigos o parientes de las víctimas.

Los sepelios se efectuaron al siguiente día. El cuerpo de Miguel de los Santos fue enviado a San Luis Potosí, su tierra natal, para que allá fuera sepultado. El de Rafael Moya fue trasladado a la ciudad de Puebla. Los demás tuvieron su último descanso en diferentes panteones de la ciudad de México.

La noticia recorrió todo el mundo. La prensa, la radio y la televisión estadounidenses se ocuparon ampliamente de la tragedia. Periodistas y jefes de Estado de toda América y otros países del mundo enviaron su pésame a la prensa y al gobierno mexicanos.

En Poza Rica, los médicos que atendían a Kramsky le practicaron una operación durante la noche del lunes al martes 27, y su estado era muy grave aunque se confiaba en salvarlo. Más al sur del territorio veracruzano, la gira electoral continuó.

No es nada fácil hablar o escribir sobre la muerte, cuando con sus víctimas se ha disfrutado en plenitud de los buenos ratos que da la vida. No se puede tampoco teclear sobre la máquina para anotar un nombre -Porras, Falconi, Casasola, Olmedo, Figueroa, Martínez, De los Santos...- sin que al influjo del recuerdo de gratísimos momentos se haga un nudo en la garganta y las manos se resistan a continuar con la dolorosa tarea. Olmedo Luna dejaría inconclusos —a los cuarenta y siete años de edad—los estudios de abogacía que realizaba en la Universidad para obtener un título; Rubén Porras Ochoa no podría disfrutar con sus hijos ni con su esposa —su adorada Margarita—del refugio que había hallado en Catemaco después de años y años de trabajo, de esfuerzo, de privaciones y de entrega a su profesión; De los Santos no volvería a digerir —en silencio, porque él era muy callado—el sabor de la noticia; Rodolfo Martínez dejaría un profundo vacío en el periodismo gráfico y su risa franca y sus chistes —los buenos cuentos del *Pelos*—no volverían a escucharse en el avión o en el autobús de prensa, hacinado de periodistas que van a cumplir con su deber.

Y las viudas. Y los hijos. Como el menor de Pepe Falconi, que cuando veía a su padre en la televisión besaba la pantalla y decía: “Allí está mi papacito”. Y las esposas que al término de cada viaje iban al aeropuerto y recibían al reportero con el “¿Qué me trajiste?”, o el “¡bendito sea Dios que estás con bien!”

Los medios también anotan

Miguel Ángel Ramos O.

En abril de 1988, el vocabulario deportivo mexicano se enriqueció con un nuevo término: Cachirules. Durante los meses siguientes de ese año, dicha palabra estuvo en el centro de una serie de hechos que, en forma vertiginosa y ante el asombro y el desconcierto de los aficionados, pusieron al descubierto las irregularidades crónicas en las que se mueve el deporte “de la patada”. El día 20, Antonio Moreno informó en Ovaciones que la selección juvenil mexicana –en las eliminatorias centroamericanas para el Mundial de Arabia Saudita—había asistido con jugadores excedidos de la edad reglamentaria. De inmediato, algunos reporteros de prensa y medios electrónicos se dieron a la tarea de investigar el asunto. Pero fue gracias a la tenacidad del periodista de La Jornada, Miguel Ángel Ramírez, que los pormenores del cachirulgate se hicieron del conocimiento público. A continuación, Ramírez ofrece un testimonio de los hechos y narra el ambiente en que se desarrolló su labor reporteril, que provocó diversas reacciones; la más gratificante le habría sido, sin embargo, el aplauso con que sus compañeros de redacción lo recibieron a su retorno de la reunión de la Confederación Centro Americana y del Caribe de Asociaciones de Futbol (Concacaf) en Guatemala, la tarde del miércoles 22 de junio de aquel año.

Aunque el germen para descubrir a los *cachirules* se incubó en el *Anuario* de la Federación Mexicana de Futbol (FMF), el día clave para mí fue el 2 de mayo de 1988. Conseguir la primera prueba irrefutable, era como la copia del acta de *renacimiento* del jugador José Luis Mata, y tornó la tarea reporteril –antes marcada por la impotencia- estimulante y seductora. Por fin dejaron de dolerme los oídos con la palabra: “pruebas”. La punta de la madeja estaba ahí para ventilar ese futbol de mentira, de fraudes, que consumía cualquier acción noble. Para

entonces era inimaginable que el tratar de desenredarla me llevaría a Guatemala, a Zúrich, al Reclusorio Norte y hasta tener un *garganta profunda*.

-Estamos aquí desde las diez de la mañana, Miguel: tenemos casi doce horas. Yo creo que el doctor Del Castillo se imagina lo que le vamos a preguntar y por eso nos está evadiendo. Pero vamos a aprovechar la conferencia para preguntarle –dijo Antonio Moreno, el primero que descubrió lo de los *cachirules* en Guatemala, con los datos del *Anuario*. En esta ocasión, iba con la camiseta de *Imevisión*.

Era la noche del 2 de mayo y yo hubiera preferido tocar el tema con Rafael del Castillo – entonces presidente de la FMF—hasta el siguiente día, en que se publicaría el acta de Mata. Así ya no podría salirse con el “¡pruebas, pruebas!”, como finalmente lo hizo. Pero no sólo echó mano de ese recurso. De entrada amenazó y calumnió a Toño. Intervine cuando profirió la amenaza, no únicamente porque se tratara de Toño, sino porque el doctor tenía la costumbre de insultar a algún colega y a que se le festinara. La respuesta fue: “Es un asunto entre nosotros, o qué, ¿eres su papá?”

Poco a poco fue perdiendo la compostura. Creo que entonces recordó que días antes había amenazado con demandarme por la publicación de que el *Zully Ledezma* (portero del Guadalajara) no fue el primer caso de *doping* en el fútbol mexicano, porque abandonó su asiento y se dirigió a mí:

-¡Tú también tienes cola que te pisen!”

(Pensé: “Me va a calumniar como a Toño”, de quien dijo que había ido a proponer negocios con la Federación, aunque por más peticiones de precisión –incluso del mismo Moreno– nunca señaló cuándo ni cuáles).

-Sí, doctor—contesté.

-¡Sí, eres un calumniador: me has calumniado!

Y no paró ahí. Estaba fuera de sí, y como no obtenía respuesta, terminó gritando:

-¡A mí el que me llama ladrón, que vaya a chingar a su madre!

Ingenuo era preguntar a quién iba dirigida la mentada (ni modo, mamá). Un colega se acercó y me dijo:

-Ponle en la madre, Miguel, escríbelo todo.

-Sólo espero –repuse- que se desayune antes de leer el diario de mañana.

-¿Qué, vas a publicar un acta? –preguntó el reportero del *Esto*.

-Sí –respondí.

-Pásamela ¿no? –me pidió pero le dije:

-¿Para qué?, ¿no dices que a ti no te dejan publicar las dos que tienes?

El día 3, José Ramón Fernández aportó otras dos pruebas (las actas de Gerardo Jiménez y José de la Fuente), y yo pensé que la conmoción iría en aumento y se reflejaría en todos los diarios. No fue así. Luego me dije que no tenía por qué sorprenderme. Pese a que sólo trabajé en el *Esto* antes de llegar a *La Jornada*, sabía de los compromisos de varios reporteros de la *fuerza* deportiva con Del Castillo. Pero no sólo callaban, sino que lo defendían. Empezaron a decir que mi trabajo era únicamente para vengarme por los insultos del doctor. Sin embargo, las anomalías no las inventaba yo.

-Mira... -me dijo un ex seleccionado al tiempo que me mostraba tres credenciales de jugador: ¡las tres con diferente fecha de nacimiento!

-¡Eso es oro puro para mí! –exclamé.

-Sí, -respondió-, pero si te las doy para que las publiques me das en la madre, porque aunque ellos me arreglaron todo, yo soy cómplice por prestarme.

Las denuncias fueron subiendo de color, pero sentía que únicamente lo sabían mis amigos más cercanos, los compañeros del diario y en mi casa. “Nadie lee ese periódico”, me decían que comentaban en la Federación Mexicana de Fútbol. Los colegas: “Lo de los *cachirules* no es nuevo; ha existido siempre... Eso es puro chisme; no va a pasar nada”. Otros me aconsejaban que anduviera con cuidado, pues podría sufrir represalias. Pero nunca las tuve ni pensaba en eso. Ni cuando se quemó el coche me puse paranoico, no obstante que la manguera de la gasolina estaba cortada extrañamente. Ese domingo sólo pensaba en lo valioso que había sido el apoyo de dos niños limpiaparabrisas: sin sus trapos y su agua, el coche hubiera pasado a mejor vida.

Paranoia

La paranoia la tuve después. De la decepcionante junta de presidentes de clubes en Morelia, el 30 de mayo –donde en lugar de encarar el problema, decidieron darle apoyo incondicional a Del Castillo-, me trasladé a Guadalajara, con el propósito de ahondar en la investigación. En el aeropuerto –luego de unos días de estancia en la ciudad-, de camino a

Monterrey, dos hombres me detuvieron cuando pasaba a la sala de espera. Uno de ellos me preguntó a qué hotel llegaría en Monterrey; dijo que Héctor Huerta –quien me había invitado a su programa de radio la noche anterior para hablar del tema- le había informado de mi salida, y que sería bueno trabajar juntos, pues “ellos” tenían a una persona investigando. Yo recordaba que el hotel estaba en el centro, pero no sabía el nombre. Hablaron entonces a Monterrey y luego me comunicaron con un hombre que ya estaba investigando, y que me haría una reservación en el hotel Ancira.

-¿Cuánto cuesta? –pregunté.

-No te preocupes, ya está pagado.

Eso no me agradó nada. Llegué al Royalty, a donde por la tarde me buscó un señor de pelo cano, unos sesenta y cinco años, cerca de ochenta kilos y aproximadamente un metro setenta de estatura. Me dijo: “¿Qué pasó?, tenías tu reservación en el Ancira”. Platicamos y me confesó que era investigador privado, que casi traía ya todo el árbol genealógico de De la Fuente. Era muy activo y daba la impresión de ser de las personas a las que se les facilita todo con dinero, acostumbradas a mandar. En la iglesia donde investigamos a Jiménez dio muestras de los más de treinta años de experiencia en su oficio. La señorita se negaba a atendernos porque faltaban cinco minutos para cerrar, a menos que le diéramos los datos precisos. Él apeló a la conciencia religiosa de la chica, que inmediatamente fue por varios libros. “He levantado curas a las tres de la mañana”, me confesó. Y no lo dudé.

Al día siguiente, el investigador regresaría a Guadalajara, donde radica, y me advirtió que si yo iba a ir a Tampico tuviera cuidado:

-*La Quina* dijo que nadie va a ir a ahí a hacer desmadre. Dio órdenes de que no se facilitara ningún papel en el Registro Civil. Mejor busca con Pablo, el hermano gemelo de Pedro (Serrano, seleccionado juvenil). Ni modo que la señora se iba a tardar dos años en parir.

Me aseguró que seguiría investigando y que me proporcionaría todos los resultados. Le pregunté qué interés tenía él en el caso:

-Ninguno, pero me gustaría ayudar a limpiar un poco la asquerosa corrupción que hay en el país.

Después fui al Estadio Tecnológico, donde unos amigos me comentaron que Del Castillo andaba desesperado por encontrar algo para salvar la causa, y que incluso había contratado a

investigadores privados para encontrar algo turbio tanto en el pasado del entonces presidente de la Federación Nacional de Fútbol de Guatemala, como en el de Toño Moreno y en el mío. No me sorprendía que intentara buscar en mis antecedentes algo para tratar de detener las publicaciones, pero cuando escuché lo del investigador privado sentí que se me movió el piso. ¡Me acababa de despedir de uno! No hice ningún comentario. Repasé una y otra vez las conversaciones que tuvimos y no hallé nada anormal. Nunca trató de saber sobre mis confidentes. ¿Querría ponerme una trampa? Tan pronto pude, me comuniqué con Huerta. “No, Miguel, no lo conozco”. ¡Vaya que estaba paranoico! Los datos que el investigador me dejó se los di a un amigo. Los comprobó:

-No te preocupes, le ha hecho trabajos a gente que no simpatiza abiertamente con Del Castillo. Eso sí, le gusta el dinero, pero si te causa problemas llámale a este comandante y él lo para –me dijo.

El alivio no lo sentí únicamente yo, sino también mi esposa, que disfrutaba con todo mi trabajo. A las doce o una de la mañana, mientras cenábamos, me reporteaba. No era una costumbre disfrutar a esa hora de nuestros alimentos, sino que no había alternativa. En el periódico llegó a ocurrir que eran las once de la noche y la nota aún no estaba empezada. Sobre todo cuando buscábamos en el desordenado-organizado archivo de Hugo Cheix o cuando vino el investigador de la Concacaf, José Ramón Flores. Aunque pocos creían en el trabajo de este último (“Es como si anuncian que el Presidente va a ir a tal lugar y lo asean un día antes”), empezó sorprendiendo con el cambio de itinerario. Fue a Monterrey el 24 de mayo y pasó inadvertido. Hice hasta diez llamadas a amigos y colegas para seguirle la pista, pero sólo obtenía respuestas tales como: “Es seguro que estuvo aquí. Mañana si quieres te investigo más”.

Cuando conseguí todos los detalles de la visita, fue como anotar un gol decisivo. Claro que lo que era bueno para mí, no lo era para otros. Y esto no se limitaba a la gente de la FMF. Cuando se conoció la denuncia oficial de Guatemala el 5 de mayo, pensé que entonces sí el grueso de los diarios se tendría que abrir y abordaría el tema. Y lo hicieron, pero para defender a Rafael del Castillo. Unos sin reparos y otros con cierta cautela. Empezaron los calificativos de “traidores, antipatriotas y deshonestos” para quienes habían denunciado.

Casi al mismo tiempo, en otros diarios diferentes se acusaba que los mismos periodistas mexicanos habían llevado las pruebas a los guatemaltecos. ¿Coincidencia? Yo no lo pensaba así, y recordé la entrevista que tuve con un directivo de nivel medio:

-Me preocupa el tremendo daño que se le está causando al futbol. Como cuates, ya bájale ¿sí? Te lo pido así, porque si fueras otro, entrando te hubiera dicho: ‘¿cuánto quieres? Pide’ – expresó.

-Qué bueno que no lo hizo, porque se lo hubiera publicado –respondí.

-No, no, sólo estoy diciendo si fueras otro.

Esto, a su vez, trajo a mi memoria la ocasión en que un preparador físico me llamó al *Esto* para darme las gracias:

-Con la nota que publicaste (sobre la preparación del Oaxtepec, en la que mencionaba que el entonces portero Lavolpe, todavía activo, estaba fumando en pleno entrenamiento), corrieron al otro preparador y me contrataron a mí.

Pero le dejé en claro:

-No lo hice pensando en usted ni en nadie, sino porque es mi trabajo. Además, usted está contento porque salió beneficiado, pero nada más piense que de seguro al que corrieron me la ha de estar mentando.

Una lección

En Guatemala me ocurrió algo similar. Los periodistas de allá me felicitaban por mi trabajo y hasta me atribuían todo el mérito del descubrimiento. “No. Toño Moreno hizo la primera publicación, después vino otra del semanario *Por Escrito* de Guadalajara, cuyo responsable es Rafael Ramos, y luego mi investigación”, les decía. Los halagos los tomé como el agradecimiento del preparador físico. Además, verdaderamente estaba concentrado en la reunión de la Concacaf. No podía dejar de pensar en que el resultado de la investigación del salvadoreño Flores era adverso a la FMF, pero tampoco en que Del Castillo no sólo había ido regando confianza, sino que hasta llevó a un grupo de reporteros para que atestiguaran su triunfo. El “no va a pasar nada” lo seguí escuchando. Y yo pensaba: “Nada más quiero ver cómo desaparecen cuatro actas de nacimiento”.

Al conocer el fallo oficial contra la FMF, el 20 de junio de 1988, comprendí que en toda mi investigación había omitido el reglamento de Concacaf. Tal organismo no estaba facultado para decretar la sanción de dos años. Yo sólo me empapé de lo establecido por la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA). Me fui al segundo piso, antes de ir al primero. Fue

una lección. La sanción, sin embargo, fue suficiente para que algunos me declarasen triunfador. Mentiría si dijera que no me sentí satisfecho, pero desde antes de viajar a Guatemala tuve bien presente que el resultado estaría al margen de mi trabajo. Lo verdaderamente reconfortante fue el regreso. Dos días consecutivos mis notas aparecieron en primera plana, y una tras otra recibí felicitaciones de mis compañeros. Con un abrazo, un apretón de manos o una palmada en el hombro, ellos me hicieron olvidar lo aislado y rechazado que me sentí por un momento.

Mi alegría alcanzó su clímax cuando el entonces director de *La Jornada*, Carlos Payán, nos llamó a Hugo Cheix –jefe de la sección—y a mí para felicitarnos.

“Solamente aquí lo pude haber hecho”, fue algo de lo que dije. Y cuando me felicitó Cuauhtémoc Cárdenas –en su visita al diario- casi me pellizco para creerlo.

El culto al engaño

Cuando llegué a casa con la noticia de que iría a Zurich, mi esposa casi rompe mis tímpanos con sus gritos de alegría. “¡Lo presentía, lo presentía!” Mis padres y mis hermanos se emocionaron también y pensaban en la cara que pondría Del Castillo cuando me viera por allá. Pero el rostro que se descompuso en Zurich –en la *FIFA house*, para ser más precisos—fue el de Guillermo Cañedo al saber que *La Jornada* estaba ahí –el único diario mexicano en llegar hasta Suiza-. Con el doctor no pude toparme pues se regresó a la mañana siguiente de mi llegada. Y no esperó ni el veredicto de la FIFA del 30 de junio de 1988.

El día de la decisión, por cierto, no pensaba tanto en el castigo de dos años de suspensión internacional para el seleccionado mexicano, sino en el escándalo de aquí, en qué dirían ahora todos aquéllos que optaron por ocultarlo todo y decir que no ocurría nada. Siempre basaron su defensa y su confianza en lo que les decía el doctor. Entendían como patriotismo la complicidad en el fraude.

En Zurich sentía aún más la pobreza de nuestro periodismo deportivo. Algunos reporteros extranjeros que llegaron después del Congreso de la FIFA venían de un curso de actualización en Alemania y me platicaban de los que habían tomado con anterioridad. Sin alardes. Me preguntaba: ¿cuántos de los que en México cubrimos deportes podemos presumir de lo mismo? Nuestro medio está desprestigiado. Porque desgraciadamente hay quien piensa que barrer la redacción –con respeto para los que se dedican a esa tarea—y escribir sobre deportes es casi lo

mismo. En el medio es muy comentada la *hazaña* de un colega: cierta vez le pidieron que, como no había suficiente espacio, escribiera muy corta la crónica de un partido de fútbol. Así lo hizo: ¡sólo reseñó seis entradas!

Pero el culto al engaño es el que parece nunca acabará. Luego de la resolución de la FIFA, varios diarios se atribuían la advertencia del castigo. Gastaban tinta diciendo que siempre mantuvieron bien informados a sus lectores; y aquellos que habían defendido al doctor, le empezaron a dar la espalda. Incluso terminaron acusándolo de haber arreglado los documentos fraudulentos junto con el técnico Avilán. *Televisa* a su vez ofrecía pruebas del fraude, y empezó a buscar a los culpables, ilusionada con que la FIFA atenuara el castigo y así permitiera a México asistir al Mundial de Italia. Porque sin la participación del seleccionado nacional en el encuentro futbolístico mundial, la concesión de esa televisora para transmitir los partidos de México se convertiría en un puesto de papas fritas en el desierto.

Los “inocentes”

La petición de la FIFA para que se deslindasen responsabilidades en el fraude provocó que algunos de los integrantes del Consejo Nacional tuvieran la esperanza de seguir. Jesús Álvarez y Guzmán, el eterno presidente de la segunda división, pretendió salir limpio y dijo no tener ninguna culpa. Mi nota de que el intento de soborno al Comité Ejecutivo de Concacaf había salido de dirigentes de la segunda, los inquietó:

-Oye Miguel, me hablaron unos de la segunda y me dijeron que si sabía qué onda con tu nota. Que si necesitan ponerse a mano, nada más les digas cuánto. Yo les dije que dinero contigo nada, pero yo quiero saber por qué les diste el madrazo –me dijo un colega.

-Nada. Don Jesús dice que está limpio y a mí me confiaron eso y por ese motivo lo escribí –contesté.

Al siguiente día, otra vez me llamó el mismo compañero:

-Miguel, me volvieron a hablar los de la segunda: quieren saber quién te dio el *tip*, y siguen insistiendo en que nada más les digas cuánto quieres.

Me molestó y al mismo tiempo me dio risa:

-Mira, ni me preguntes lo del *tip*: sabes que nunca te lo voy a decir, y sabes también que de dinero, nada.

-Sí, yo lo sé Miguel, pero aquéllos están nerviosos, quieren saber si le vas a seguir.

-Pues diles que nada más no se les ocurra convocar a otra conferencia de prensa –le dije y me despedí.

Álvarez y Guzmán tuvo finalmente que aceptar su expulsión de por vida del futbol (como los demás integrantes del Consejo Nacional de la FMF), pero quiso irse con aplausos y para ello repartió mucho dinero. *Juan Lavandero**, en una de sus colaboraciones, apuntó que incluso don Jesús aumentó el *embute* para algunos reporteros hasta doscientos y trescientos mil (viejos) pesos.

-Tú fuiste, ¿verdad? Tú eres Juan Lavandero –me recriminó un colega.

-No –contesté.

-Entonces es Hugo.

-Tampoco.

-¿Quién es entonces?

-¿Por qué? ¿Acaso no es cierto?

Ya no hubo respuesta.

En la Federación Mexicana de Futbol el clima era tenso. A la confesión de Paul Moreno –publicada el 11 de julio de aquel año-, que reconoció haber sido *cachirul* y que los directivos le arreglaron sus papeles, se agregó al día siguiente el faltante de aproximadamente ciento veinte millones de (viejos) pesos en la auditoría que ordenó Del Castillo. Después de publicar esa nota fui allá. Me hicieron sentir incómodo con tantas atenciones. “Es que más vale ser tu amigo que tu enemigo”, ironizó un colega. Ahora los rostros no eran de reto, por mis notas, sino de angustia.

-Yo, la verdad, nunca me imaginé que esto creciera tanto –me confió el encargado de prensa, Rodolfo Sánchez Noya-. Ojalá y todo termine, porque nada más me levanto, leo el periódico y digo: ‘¡en la torre, ahora esto!’ ¿De dónde sacas tanto?

-Pues de aquí –le respondí señalando el edificio de la Federación.

El asunto del dinero se agudizó, principalmente cuando publiqué que el faltante se acercaba a los mil millones de (viejos) pesos. Para terrestres como nosotros esa cantidad es como las estrellas. Pero la fuente era confiable. La versión se reforzó después.

* Seudónimo empleado por el jefe de deportes del diario.

Cierta noche, en la redacción sonó el teléfono. Una voz femenina preguntó por Miguel Ángel Ramos.

-¿Ramos?

-No, no, perdón, Ramírez.

-Él habla.

-Mire, no lo puedo hablar muy fuerte, pero quiero decirle que investigue a Juan Acosta, el contador de la Federación, porque debe una cuenta de noventa millones de (viejos) pesos.

Cometió fraude. Además, es muy mujeriego y tiene una hermana, Teresa, que también trabaja en la Federación. Era secretaria de la tercera división. Ella salió por cometer varios fraudes, aunque le arreglaron todo y le dijeron que renunció. ¿Está bien?

-Perdone, me gustaría hablar personalmente con usted.

-¡No, de ninguna manera! Le digo esto para que investigue; le puedo contar más cosas, yo sé muchas.

-Pues soy todo oídos.

-¡No, no! Primero investigue eso.

-¿Cuál es el otro apellido de Acosta?

-García. Adiós.

“¡Esto es un desmadre!”, exclamé al colgar, y Hugo y Óscar me preguntaron qué pasaba. Les conté. Y empezó la burla: “Hasta un *garganta profunda* tienes ahora”. El asunto del dinero era real y grave. Investigando me enteré de que un empleado pidió doscientos mil dólares para que a él le echaran la culpa del faltante. Si eso pedía, habría que imaginar el faltante. La familiaridad de los auditores con Del Castillo me llevó a buscar información de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Me identifiqué y el encargado de prensa me contestó: “Aquí nada tenemos que ver con los *cachirules*, ni con Rafael del Castillo”. Yo aguante la risa, pero no Gerardo Arreola cuando se lo conté.

Hasta el reclusorio

La denuncia de la Confederación Deportiva Mexicana (Codeme) ante la Procuraduría General de la República (PGR) para que se investigara el fraude de documentos oficiales, llevó el caso hasta las últimas consecuencias. Pero fue poca la ración de esperanza de que se llegara a

todos los responsables. Se dijo que los culpables eran cuatro jugadores: José de la Fuente, Gerardo Jiménez, Aurelio Rivera y José Luis Mata; el técnico Francisco Avilán y el subdirector de la selección juvenil, Gerardo Gallegos. Los futbolistas se defendieron en el juzgado V de Distrito del Reclusorio Norte acusando a los agentes judiciales que los detuvieron. Se llegó a saber incluso que los amenazaron con violar a sus madres si no firmaban una declaración amañada.

El abogado de Rivera, Leopoldo López Estrada, comenzó la defensa atacando a la PGR. El 15 de agosto de ese año sostuvo que ya era hora de acabar con tanta basura en nuestras instituciones de gobierno.

-Se lanzó fuerte –apuntó un colega.

-Sí, pero nadie se lo va a publicar, es contra el gobierno –contestó otro. Ese día me llamó por teléfono –a la redacción—un amigo reportero:

-¿Qué hubo en el reclusorio?

Le conté:

-¿Tú lo vas a publicar? –preguntó.

-Sí. Lo dijo el abogado, no yo

-Yo si lo hago me corren –fue su respuesta.

Aunque Aurelio Rivera pidió la comparecencia de Del Castillo para demostrar que lo habían obligado a integrar la selección, no hubo confianza en que aumentara la lista de acusados.

Así pues, en el asunto de los *cachirules*, algunos reporteros le metimos goles al fraude y la mentira.

Crónica de una indiscreción empresarial

Alicia Ortiz

A mediados de mayo de 1988, una nota publicada en Unomásuno y firmada por Alicia Ortiz, entonces reportera de ese diario capitalino, sacudió la precaria estabilidad del Pacto de Solidaridad Económica (PSE). La nota en cuestión recogía algunos pasajes de la disertación de Agustín F. Legorreta, entonces presidente del Consejo Coordinador Empresarial (CCE), en torno al PSE en el marco del encuentro denominado “Excelencia Empresarial”, celebrado en la Universidad Anáhuac. Tal nota se hubiera perdido en la vasta corriente de declaraciones en torno al PSE de no ser porque, contra lo habitual, el Legorreta que aparecía en esas líneas estaba lejos de la imagen de “concertacionista” que había querido proyectar en declaraciones públicas previas. En efecto, el dirigente empresarial no sólo contrarió su anterior discurso, sino que hizo ostentación del poderío de los llamados “trescientos”: el grupo de hombres de negocios que controlaba en aquel entonces la economía nacional y era capaz de imponer condiciones gravosas al gobierno. La lógica de ese doble discurso –uno concertador para el consumo público y otro “fuerte” e incluso altanero destinado a círculos selectos—hubiera permanecido inalterable de no haber sido por la presencia de la reportera que, con oportunidad periodística, sacó a la luz esa información. El encendido debate que suscitó y que alcanzó las más altas esferas, acreditan la utilidad social y política del periodismo. A continuación la propia reportera narra su experiencia.

Decir que en México el poder económico y político se concentra en unas cuantas manos no es cosa nueva. Lo inusual es que sea un representante de esa élite quien lo declare y haga un retrato del poder desde el poder mismo y sea en forma tal que rebase el ámbito privado.

El 17 de mayo de 1988, me enteré casualmente de que en la Universidad Anáhuac se iba a llevar a cabo el foro “Excelencia Empresarial”, al cual no había sido invitada la prensa. Ese día a las 17:30 horas se presentaría como ponente el presidente del Consejo Coordinador Empresarial, Agustín F. Legorreta, para hablar sobre el Pacto de Solidaridad Económica.

El tema del PSE había sido tratado en repetidas ocasiones por los más prominentes representantes de todos los sectores, particularmente del empresarial, quienes de manera reiterada habían remarcado las “bondades” de dicho plan.

Decidí ir, pero en el trayecto me perdí durante casi una hora. La Universidad Anáhuac se sitúa en una zona residencial, prácticamente inaccesible para quien no se traslade en automóvil.

Varias veces estuve tentada a desistir. Después de todo ni siquiera tenía la certeza de que me dejaran entrar.

Finalmente, cuando hallé el auditorio confirmé mi buena suerte. Quizás el señor Legorreta no se había perdido como yo, pero el caso es que la conferencia apenas daba inicio. Alcancé a escuchar la última parte de la lectura del amplio currículum del presidente del CCE, en el que además de exaltar su participación como banquero –cuando la banca era privada-, se leyó una amplia lista de reconocimientos que le han otorgado gobiernos de otros países.

El boleto de entrada a la conferencia costaba la nada despreciable cantidad de cuarenta mil (viejos) pesos para todo el ciclo, que duró una semana; sin embargo, al decir que era de prensa tuve acceso sin mayor problema. Ya en el auditorio, me encontré con un reportero del noticiario radiofónico *Para empezar*. Por él me había enterado del foro. El compañero requería sonido para su información y, como de costumbre, colocó su grabadora en el podio.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando uno de los edecanes informó al compañero periodista que el señor Legorreta había pedido que no se permitiera grabar porque iba a “hablar fuerte”, según explicó, así que le retiraron su aparato cuidando que efectivamente lo guardara.

El ritmo de exposición del conferenciante, sin embargo, era lo bastante pausado como para tomar apuntes. Además, la Universidad Anáhuac contó con circuito cerrado, de manera que el contenido de la conferencia quedó íntegramente grabado, por si hubiera duda.

Desde el inicio de su ponencia, saltó a mi atención el cambio de tono con que se refería al tema del Pacto, en comparación con el de las declaraciones que había hecho anteriormente a la prensa.

Dijo que el pacto, aunque se negara, era un plan de choque, “de *choquesote* y muy mexicano como el tequila”. El contenido sustancial de su exposición, que duró más de una hora, se publicó el jueves 19 de mayo en el periódico *Unomasuno*, junto con un editorial firmado por Jorge Fernández, en el que ampliamente se cuestionaba el contenido de tan irresponsables declaraciones.

De manera sintética, algunos de los conceptos que planteó fueron los siguientes: presentó al gobierno como único y exclusivo responsable de que en México exista inflación “por el excesivo gasto público” que tiende a incrementar el circulante. Sostuvo que los empresarios, ante esa situación, elevan los precios como un acto de “legítima autodefensa”. Ejemplificó en forma por demás burda ese fenómeno reduciéndolo a un simple problema monetario.

Destacó el riesgo político que para el gobierno de esa época representaba llegar a las elecciones con una hiperinflación, la conciencia que de ello tenían las autoridades y, por tanto, la importancia que concedieron a negociar con el poderoso sector que —ahí lo ratificó de viva voz— controlaba la economía y que se reducía a nada menos que trescientos hombres de negocios que controlaban igual o mayor número de empresas.

Aseguró que ante la imposibilidad de ese sector de verificar en forma directa la efectiva reducción del gasto público, el gobierno convino en presentar pruebas contundentes e inobjectables, como haber declarado en quiebra o haber puesto en venta empresas paraestatales “de significación nacional”.

Además, reconoció que tradicionalmente se critica al sistema presidencialista que domina en el país por la excesiva concentración de poder político que supone. En esa ocasión, sin embargo, exaltó sus bondades por lo cómodo que resultaba negociar con tan selecta cúpula de trescientos individuos que se acreditaban el mando sobre la voluntad de ochenta millones de mexicanos.

Antes de concluir su ponencia, imitó peyorativamente la voz del indígena mexicano (como si hablara el entonces Primer Mandatario) para decir a esos trescientos: “Juan, México te necesita”. “A ese llamado —dijo—acudimos. Ya concertamos: ahora el Presidente se puede

enredar en la bandera y lanzarse gritando que ya salvó al país del cáncer de la inflación”. Para cerrar, calificó a los demás sectores firmantes del Pacto como simple “música de comparsa”.

Los aplausos sellaron su ponencia. Legorreta se sentía como en casa y la confianza con que se dirigió al auditorio fue acogida con júbilo. Posteriormente se abrió una breve sesión de preguntas y respuestas donde abundó sobre el tema y ratificó los conceptos expuestos. Finalmente hubo un brindis para festejar “tan brillante exposición”.

Cuando en todos lados se hablaba de concertación y buena voluntad de todos los sectores de la sociedad, tales declaraciones cayeron como balde de agua fría. Al día siguiente de la publicación de mi nota, hubo algunas críticas a la actitud del “máximo representante de la cúpula empresarial” quien, al hablar de su calidad de “ex banquero”, y no economista –como se autodefinió-, había cambiado por completo el tenor de su actitud “concertadora”.

Ese mismo día, Agustín F. Legorreta acompañó al entonces candidato del PRI a la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari, durante una gira como parte de su campaña por San Luis Potosí. En esa oportunidad, la cronista de *Unomasuno*, Teresa Losada, se le acercó para preguntarle sobre su conferencia en la Universidad Anáhuac. Breve fue su diálogo.

-Ya sé quién es usted –le dijo Legorreta a mi compañera-. Su periódico publicó declaraciones mías fuera de contexto.

-¿Se publicó algo que usted no haya dicho?

-Al contrario: dije muchas cosas más.

-¿Cómo cuáles?

-Sería echarle más leña al fuego.

Esa fue su lacónica respuesta para cerrarse al diálogo. Tenía razón. En dos horas dijo muchas cosas, pero en la nota que publicó *Unomasuno* tuvo que condensarse lo más posible. Entonces me pareció importante aclarar dos cosas. Primero: que yo no había sacado absolutamente nada de contexto; y segundo: que sí, efectivamente, había dicho muchas cosas más que no entraron en la nota periodística y que creía importante que las conociera la opinión pública. Por ello escribí una carta que se publicó el lunes 23 de mayo de 1988. Antes de su publicación, el sábado 21, apareció una carta *aclaratoria* de Agustín Legorreta, en la que brevemente sostenía que sus declaraciones no habían tenido el sentido con el que aparecieron en las páginas del diario. *Explicó* que era prácticamente imposible que el gobierno pudiera concertar

con todas y cada una de las empresas que había en el país, y que por eso había optado por concertar con las “empresas líderes del mercado que son más o menos trescientas”, las cuales *jalarían* a las demás en la regulación de precios “por la fuerza de la competencia”. Ratificó, además, que la citada conferencia había tenido un carácter *privado*, dato que nunca negué. En suma: no aclaró nada.

En las semanas siguientes hubo reacciones de representantes de diversos sectores, y el tema fue analizado y debatido por articulistas y líderes de opinión en varios foros.

El empresario, por su parte, optó por remarcar las “bondades de la concertación”, y salvo una ocasión –cuando se refirió a notas periodísticas de una reportera “que tergiversó con saña mis declaraciones” y que “tiene la intención de amarrar navajas”-, prefirió dejar el asunto a nivel declarativo.

Quizá por haberse tratado de una información que solamente publicó *Unomasuno*, la mayoría de los reporteros de la fuente empresarial también optaron por no alentar declaraciones en torno al tema, y cuando en alguna ocasión llegaron a surgir, pronto se desvió la atención hacia otros aspectos. Así, entre los empresarios –cuando menos ante la opinión pública- privó el silencio, quizás para otorgar. Legorreta nunca se dirigió a mí para hacer alguna aclaración. Usó las páginas de otro diario para publicar, en un desplegado pagado, su ponencia expuesta en Puebla, en la que reiteró su postura “concertadora”.

Ahora, con el paso del tiempo, se podrá decir que no pasó nada. De hecho, dos semanas después de la publicación de la nota, Agustín Legorreta fue ratificado como presidente del CCE por un año más, luego de haber sostenido en audiencia privada con el entonces presidente de la República, Miguel de la Madrid, durante la cual –según trascendió—le entrego el casete de la conferencia en la Universidad Anáhuac. Desde mi punto de vista, tal grabación fue reeditada, a juzgar por los informes sobre su contenido de otros dirigentes empresariales que se acercaron a mí, unos con incredulidad y otros con sorpresa e indignación por la actitud de Legorreta.

No obstante, creo que el balance es positivo. De alguna forma se puso en evidencia el carácter abiertamente antidemocrático del sistema que domina en nuestro país, así como los estrechos nexos que existen entre esa “cúpula empresarial” –o “los trescientos”. Como se dio en llamarla—y el gobierno.

Se reavivó además el debate sobre el tema de la estructura oligárquica del poder en México: en pleno proceso electoral, el tema fue retomado por candidatos en campaña, así como por luchadores sociales, periodistas e intelectuales, quienes reflexionaron públicamente sobre la trascendencia que tiene para nuestra sociedad la presencia de ese sector oligarca que controla la riqueza en nuestro país.

Como periodista, queda la satisfacción de haber contribuido a estimular el debate sobre la democracia y a crear conciencia social al ofrecer a la opinión pública una pequeña faceta de las cumbres del poder económico. Ese es, después de todo, nuestro compromiso.

Entretelas de una telenovela universitaria

Omar Raúl Martínez

El interés de la televisión de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por recrear la diversidad sociocultural del país e introducir opiniones diferentes, se hizo patente en la producción de La casa dividida, primera telenovela de esa entidad académica. Transmitida durante agosto de 1989, la serie de cuatro capítulos plasmó una interesante faceta de nuestra vida social: la migración. Su hechura surgió a partir de las vivencias y testimonios recogidos por Rosa Martha Fernández, entonces directora de TV UNAM.

En el presente texto –confeccionado gracias a una larga entrevista-, la realizadora narra su periplo profesional que estuvo plagado de inusuales experiencias: desde vivir y compartir las dificultades propias de una comunidad michoacana con alto índice de migración, hasta cruzar la frontera con ayuda de un pollero.

La casa dividida resulta una valiosa reflexión sobre este problema vivido por numerosos mexicanos que orillados a emigrar hacia Estados Unidos, afrontan problemas de desarraigo, aculturación y pérdida de identidad.

JUAN: ...y a cada rato sale en los periódicos que ahora sí nos van a sacar a todos los que no tenemos papeles y que no van a dejar que los patrones de allá ocupen personas mexicanas...pero eso vengo oyéndolo uuuuh...yo digo que son puros hocicones...nomás hacen eso pa' asustar al gobierno de aquí de México.

MANUEL: Huy sí...¿y pa' qué bían de hacer eso?

JUAN: Pos pa' que el gobierno de aquí haga lo que quiere el gobierno de allá, y en lo que se jalonean, a nosotros nos llevan entre las patas de gratis porque la verdá es que si no juéramos todos los alambres a trabajar allá, ahí nomás se les bían de quedar en los files sus alcachofas y sus fresas y sus espárragos, sin quien los levantara.

La emigración de México hacia Estados Unidos es un problema creciente cuyas raíces y ramificaciones económicas y políticas son muy serias para el país, pues muchos de nuestros mejores hombres son los que se van y porque se trata de una palanca de presión política hacia nuestro gobierno a fin de que se pronuncie en favor de los intereses estadounidenses. El juego de Estados Unidos respecto a tal asunto es apretar, pero nunca ahorcar ya que se estrangularían ellos mismos. Así pues, en apariencia impiden el paso, pero en realidad lo toleran totalmente pues los granjeros y comerciantes del sur de Estados Unidos necesitan de mano de obra barata. Incluso cuando de verdad obstruyeron el flujo migratorio, pidieron subsidios a su gobierno para poder levantar las cosechas.

La migración constituye una importante fuente de divisas para México y el sostén productivo de gran parte de la población norteamericana que vive gracias a ese fenómeno.

A nosotros nos interesa entender y exponer esa problemática que desangra a México.

¿Una telenovela de TV-UNAM?

Al elegir esta problemática, se preveía a la vez el perfil de espectadores tentativos. Es importante concientizar a los propios protagonistas, es decir, a los indocumentados, para que sepan la trascendencia de su trabajo, su ubicación en el marco de la economía nacional y su relación con el vecino país del norte. Además, es elemental difundir tal fenómeno al resto de la población no a nivel macroeconómico, sino a nivel humano y vital: quiénes emigran, por qué lo hacen y cuál es el impacto en los sitios de partida.

Con el gran cúmulo de información y testimonios obtenidos pudo armarse un documental, pero creímos necesario incursionar en otros géneros cuya recepción fuera más favorable. Por ello recurrimos a la telenovela. Si nuestro receptor prioritario eran los campesinos, entonces consideramos que ese género podría tener mayor alcance, interés y penetración.

La televisión comercial ha hecho de la telenovela un recurso completamente *sentimentaloid* para distorsionar la realidad, las emociones, las concepciones y las formas de pensar y sentir de la población. Sin embargo, consideramos que podríamos utilizar el melodrama —que para mí es muy respetable, pero ha sido degradado— moldeando un contenido y un

tratamiento acordes con nuestros objetivos. Así, el planteamiento general de la producción contemplaba el contenido, el tratamiento del mensaje, el canal y el receptor.

Manos a la obra

¿Cómo se trabajó? Pues nos abocamos a dos aspectos que acabaron conjuntándose: por un lado, TV-UNAM carecía de presupuesto suficiente; y por el otro, teníamos la convicción de que si intentábamos reflejar algunos segmentos de nuestra realidad, de entrada era indispensable involucrarnos y comprometernos con esa realidad, lo cual nos conducía fácilmente a los escenarios reales para conocer a la gente, interaccionar con ella y solicitar su apoyo. En otras palabras: TV-UNAM no iba a producir el programa sola, sino con la colaboración de los protagonistas de la migración. Esto tuvo dos grandes ventajas: el que económicamente pudiera producirse y la posibilidad de garantizar la verosimilitud del planteamiento temático, en el que los protagonistas –reales—iban a identificarse en ese producto audiovisual, lo cual para nosotros era básico.

Entonces realizamos una investigación documental que duró aproximadamente cuatro meses. Se trató de una labor conjunta entre TV-UNAM, el Colegio de Michoacán y el Colegio de la Frontera Norte (COLEF), el cual tiene una cantidad extraordinaria de información sobre dicho fenómeno.

El plan funcionó de la siguiente manera: primero (y esto entra aparte de la metodología de trabajo), era esencial instrumentar el sistema de vivencias personales; a partir de éste me informé –con material teórico—del asunto; o sea, antes de leer sobre el problema, quise vivirlo. Por eso me fui a Tijuana.

Al borde del cañón

JUAN: ¡Oh sí!... ni que fuera pa'tanto... Es como si te fueras a trabajar a otro rancho nomás que más lejos, onde pagan más. Allá nomás vamos a juntar los dólares, pa'venirlos a gastar acá...

Fui allá a recolectar material bibliográfico y a entrevistar a inmigrantes. La primera impresión me la llevé al bajar del avión. El aeropuerto se encuentra pegadito a la franja fronteriza, y desde ahí uno mira cómo nos separa una alambrada repleta de agujeros a través de

los cuales puede pasarse con facilidad. De inmediato me pregunté: ¿dónde está aquí el control? Me di cuenta de la farsa esa del control migratorio.

Después me trasladé al Cañón Zapata y empecé a platicar con indocumentados sobre su procedencia, por qué se iban, cómo cruzarían, cuáles eran sus expectativas en el otro lado, si ya lo habían intentado antes, en fin.

Lo que nos divide de Estados Unidos es justamente un canal de desagüe, el cual puede atravesarse por un puentecito donde al otro extremo –zona estadounidense ya—hay centenares de personas aguardando la caída de la noche para cruzar el cañón. En ese sitio hay toda una vendimia donde despachan fritangas, canelitas, tequilas (para darse valor), zapatos, ropa para el camino, etcétera. Y ahí mismo se encuentran varios grupos de ilegales con su respectivo *pollero*.

Tras recibir la información de la gente inmigrante y ver cómo se bajaba por las colinas para alcanzar el paraje opuesto, sentí cómo esas vivencias se me tornaban inaprehensibles. Por ello, al día siguiente le planteé al director del Colegio de la Frontera Norte, el doctor Jorge Bustamante, la necesidad de irme de bracera, de lo contrario no podría consumir el trabajo, pues no sentía que dominara la experiencia como para poder transmitirla. Él dijo que eso era una locura porque correría riesgos, pero finalmente aceptó. De esa suerte me fui de indocumentada con dos colaboradores del COLEF.

Bajo el trajín de los mojados

JUAN: Sí sacan a muchos, pero luego dejan entrar a más... pa'reponer los que salieron, ¿no?... Es como me decía un amigo chicano que se metió de migra: “Mira, es como jugar a los *cow boys* y los indios... ustedes se meten y nosotros los perseguimos, pero los dejamos pasar porque si no, pos se acaba la película... ¡*Cow boys and indians!*”.

Nos conectaron con un *pollero* confiable y seguro con el que acordamos el precio y nuestro destino (si pasas únicamente la línea fronteriza te cobran cien dólares; si vas hasta Los Ángeles, debes pagar trescientos dólares). Concertamos la cita en la entrada del Cañón Zapata al despuntar la noche. Este cañón es un árido tramo de montaña que atraviesa la línea fronteriza y tiene muchos árboles y cuevas donde uno puede esconderse. Al otro extremo se observan las carreteras gringas.

Nosotros tres íbamos supuestamente disfrazados de mojados, pero uno de los investigadores tenía una enorme barba y aire de intelectual que a leguas lo delataba. Ello hizo que no pudiésemos pasar en el anonimato. Inclusive nuestros compañeros indocumentados nos preguntaban por qué pasábamos de esa forma si podíamos hacerlo con nuestro pasaporte.

Es muy curioso: el sentido del humor del mexicano se manifiesta incluso ahí; por ejemplo, cuando oscurecía, desde el pie del Cañón, entre las colinas comenzaron a verse a los ilegales que trepaban hacia Estados Unidos. Entonces, acosadoras, las camionetas de la migra hicieron su aparición al tiempo que una corretiza se desparramaba en todas direcciones; de repente, la vendedora de las canelitas con tequila comenzó a gritar:

-Regrésense *pollos*, regrésense que no he terminado de vender mis canelitas!

Pero también está lo trágico. Mientras íbamos camino abajo, en medio de las colinas, una fuerza reanimadora como que se apoderó de nosotros, pues éramos centenas. Sin embargo, al anoecer cualquier persona es una amenaza, inspira temor, pues el mayor peligro no era ni siquiera la migra, sino los *bajapollos* (asaltantes mexicanos), quienes con frecuencia hieren o matan por despojar de los dólares a los ilegales. Un día antes habían asesinado a siete personas. Con los agentes de la migra uno sabe a qué se expone: te llevan, te enjaulan, te regresan y sanseacabó.

Cuando las penumbras nos acompañaban cuesta abajo como posibles cómplices o enemigas, súbitamente aparecieron a poca distancia unas personas y de inmediato dijimos “¡*bajapollos!*” Entonces todos nos tomamos de las manos –como para expresar una irresistible solidaridad—y permanecemos a la expectativa... Era un *pollero* que nos preguntó:

-¿No vieron de casualidad a una señora corriendo cuando vino la camioneta de la migra?

-No –respondimos.

-Tengo un problema –agregó el *pollero*-: cuando nos iban a atrapar, corrimos todos y tengo aquí a sus dos hijos. No encontramos a su madre.

Esto es una tragedia muy común porque hay cantidad de infantes que se pierden de esa manera y luego sus padres no logran encontrarlos, lo cual hace que haya asilos para los niños, tanto del otro como de este lado de la frontera.

Los agentes fronterizos de los Estados Unidos patrullan toda la zona del Cañón a caballo, en motocicleta, en camionetas y en helicópteros desde donde echan sus reflectores bajo el trajín de los mojados, quienes entre la confusión escuchan un eco cual si fuera la voz de Dios que dice:

-¡Mexicanos, regresen a su país porque están infringiendo las leyes de Estados Unidos...!

Para llegar al otro lado del Cañón, normalmente se requerirían dos horas, pero se hacen de diez a doce horas por tratar de eludir a la policía fronteriza y a los *bajapollos*.

Cada uno de los grupos con su *pollero* al frente —que en verdad lo es, pues los braceros vamos formaditos, como pollitos detrás de él—sigue una ruta que es respetada entre ellos: corren un poco por su camino y buscan el escondrijo más cercano.

En tanto la migra se ocupaba de perseguir y pescar a otros, nosotros tuvimos tiempo de escondernos y ganar trecho. De esa manera nos fue posible alcanzar el otro lindero del Cañón. De ahí todavía necesitamos atravesar, durante hora y media, el monte y malolientes canales del desagüe.

Más adelante tuvimos que meternos en un laguito donde el agua nos llegaba casi hasta el cuello. Después cruzamos la carretera para llegar a una casa que los *polleros* tienen especialmente para esto; en ese lugar pasamos el resto de la noche. Al amanecer, tras pagarle al *pollero*, uno es dueño de moverse con toda libertad hacia donde quiera y pueda.

Fue frustrante haber regresado a México por la puerta giratoria. Yo esperaba tener la experiencia completa: que me hubieran agarrado, deportado y llevado a una jaula para así reunir todas esas experiencias como material de trabajo. Pero tuve la suerte de contar con un buen *pollero*.

El escenario de la telenovela

A partir de todas esas vivencias uno se forma una sólida infraestructura teórica; no obstante, para no quedarnos sólo en lo anecdótico y tener un buen nivel de profundidad y explicación del problema, se requirió hacer un estudio bibliográfico de todas las investigaciones referentes a la migración.

Entre otras cosas, encontramos una tesis sobre Gómez Farías, Michoacán, la cual nos aportaba un avance sustancial en el conocimiento del fenómeno migratorio, pues exponía una serie de datos económicos, políticos y demográficos que permitían aproximarnos a esa realidad.

Tal investigación versa sobre un poblado ubicado en las inmediaciones de Zamora donde persiste un alto índice de emigración hacia el país del norte, y cuya tónica resulta espectacular respecto a sus contrastes: no hay una sola calle pavimentada, pero se encuentran casi diez antenas parabólicas y unas arquitecturas verdaderamente surrealistas. Además existe una profunda diferencia entre los ex braceros que ya legalizaron su situación y ocupan una posición económica y social privilegiada en el pueblo y los vecinos no emigrantes.

Otra cuestión es que al regresar, los jóvenes inmigrantes agrupados en bandas de cholos, no sólo llevan consigo una nueva vestimenta, un lenguaje diferente y una forma distinta de ver el mundo y su vida, sino también mariguana, cocaína y hasta *crack*.

En esa localidad, el noventa por ciento de la población juvenil se va. La desestructuración cultural es sumamente terrible y todo ello se planteó en *La casa dividida*.

Inmersión y rescate de esa realidad

Ahora, ¿cómo me aproximé al poblado? Pues fui y empecé a platicar con el señor de la tienda y a enterarme quién era quién: hablé con el cura, con terratenientes que alguna vez fueron ilegales; conversé con las mujeres y les expliqué el proyecto, al principio con dificultad y rechazo porque creían que era emisaria de la migra; había cierto temor y recelo pero poco a poco fuimos vinculándonos con la gente. Fue entonces que conocí a una señora maravillosa: doña Esther, quien me invitó a vivir en su casa. De esta forma conocí personalmente todos los lados penosos de esa realidad, así como sus cotidianidades y subterfugios.

Inmersa ya en la atmósfera de Gómez Farías, recopilé los diálogos, los gustos y pesares de los jóvenes y de la gente mayor, sus formas de relacionarse, sus problemas, en fin. Todo eso fue incorporándose a ese inmenso costal de información que después constituyó la materia prima para confeccionar el guion.

Incluso para enriquecerlo, instrumentamos la improvisación como método de trabajo. Es decir, ganada la confianza de los lugareños, marqué pautas conforme a lo que me interesaba desarrollar a nivel dramático. Por ejemplo, les planteaba una circunstancia determinada referente a la historia: “Tú eres la novia de este galán que no quiere emigrar, por lo cual estás contenta pues si se va seguramente no regresará. Pero de pronto él decide irse al otro lado”.

A partir de ahí, ellos improvisaban esas situaciones, de las cuales –ya grabadas—salía una riqueza impresionante del lenguaje, experiencias y elementos argumentales cuyo germen fue definiendo la estructura dramática del libreto, en el cual se fusionó la información teórica, las vivencias de los moradores y el conjunto de mis experiencias. En otras palabras: para escribir el guion de *La casa dividida* se necesitaron conjuntar dos procesos: a) hilvanar un conjunto de información ordenada y progresiva sobre la problemática; y b) delimitar la temática emotiva interna de cada uno de los personajes.

Así, en concordancia con nuestros objetivos, se trazó la estructura del mensaje con la profusión de toda esa materia prima. Se esquematizó la información interna, se definieron dramáticamente los personajes, y se organizó el desenvolvimiento argumental.

¿Y el argumento?

MANUEL: ¡La maldita migración nos dejó sin padre!, ¿no te das cuenta?... fue la migración la que dividió esta casa, la que hizo que mi padre se largara dejando a mi mamá preñada contigo... y... que... allá se encontrara otra vieja... y que luego... lo mataran... por eso no me voy... ¿te queda claro ahora?

Para tener un desarrollo dramático interesante, necesitábamos plantear un personaje antagónico a la realidad histórica; o sea, si ésta manifiesta que más del noventa por ciento de los jóvenes de ese poblado emigran hacia Estados Unidos, el personaje principal de *La casa dividida* no quiere hacerlo: él desea quedarse a trabajar su tierra y vivir y morir en ella.

Por tal razón nos interesaba ver las circunstancias que lo orillan finalmente a irse de bracero. Se le presenta una sarta de desaguisados con el banco, se le echa a perder la cosecha y se endeuda con todo mundo. También le abruma la presión social de los amigos, quienes le presumen y le preguntan por qué no se va al otro lado. Además, él tiene una historia personal: su padre los abandonó para irse de mojado. Por ello detesta no sólo la memoria de su papá, sino el fenómeno mismo de la migración.

Corre videotape

Conforme los lugareños de Gómez Farías nos fueron creyendo y se dieron cuenta de que esto podría ser útil para ellos –pues había una buena intención al pretender comunicar la realidad

como un problema social-, también comenzaron a abrirse efectivamente y a darlo todo. Incluso ya después, con frecuencia nos invitaban a comer.

De esa manera, todo el vestuario para la producción salió de los baúles de las abuelitas y las señoras de la localidad. Sus propias casas nos sirvieron como locaciones (si acaso les hacíamos pequeñas modificaciones). Los bueyes, las camionetas, su propia tierra, los instrumentos para el arado: todo nos lo prestaron sin pedir nada a cambio.

Vimos la posibilidad de que ellos mismos actuaran en la telenovela, pero resultaba difícil porque es una población continuamente fluctuante. Si requeriáramos grabar hoy y volver a hacerlo en un mes, la gente ya no estaría: no eran variables controlables. Entonces opté por meter un núcleo de actores –variables controlables-, quienes habrían de aprenderse los diálogos y estructurar todo el desarrollo dramático dentro de un ambiente de variables no controlables, pues trabajaríamos en escenarios reales.

Aun así, buen número de gente del pueblo participó en la grabación, pero desde luego en partes mínimas y haciendo lo que habitualmente hacían, no se les podía exigir más.

Algo muy importante fue llevar a los actores a la comunidad y decirles: “Mira, ese es tu personaje, obsérvalo, platica e identifícate con él, compenéttrate y trata de sentir lo que siente”. De ese modo comenzaban a conversar con quienes era los arquetipos que yo había seleccionado para cada uno de los actores.

Así se armó la telenovela: con una serie de actores inmersos en la realidad de aquella localidad michoacana.

Finalmente, nos pusimos a grabar con la aceptación de la comunidad y la seguridad de que iban a facilitarnos cantidad de cosas. Todo ello hizo que *La casa dividida* saliera casi regalada.

La telenovela se realizó bajo la combinación de recursos cinematográficos, teatrales y televisivos; es decir, la preparación del trabajo actoral se hizo a través de técnicas teatrales y la forma de registro se realizó con el equipo televisivo, pero demarcándole a la vez un lenguaje cinematográfico.

Epílogo

JUAN: ...y mientras que allá nos necesiten y paguen con dólares y que aquí cada vez vaya pa'pior la vida del campesino, pos nos seguiremos yendo... y tú también vas a acabar yéndote Manuel, no te va a quedar otra.

Antes de transmitir *La casa dividida*, la llevé a Gómez Farías. Puse los monitores en el kiosco del jardín y mandamos avisar a los lugareños para que acudieran a verla. Para mí era fundamental evaluar si en realidad ellos se habían logrado identificar con los personajes de la serie. El resultado fue bastante satisfactorio: la gente se identificó totalmente con lo que ahí pasaba.

Además, el hecho de que gran parte del pueblo se viera en la televisión fue muy interesante, pues despertó una singular reacción vinculada con la posibilidad de ir logrando que la gente participe de alguna forma en sus medios de difusión y sienta que puede colaborar en ellos y hacerlos suyos.

Misión: reportear en panamá

Luis Humberto González

Enviados por el diario La Jornada para cubrir la invasión estadounidense en Panamá, el 20 de diciembre de 1989, el fotógrafo Luis Humberto González y el reportero Carlos Fernández Vega estuvieron entre los primeros informadores en llegar a la capital del país agredido. Tres meses y medio después, la editorial José Martí de La Habana publicó el testimonio del fotorreportero, bajo el título Que el mundo lo sepa, de donde se extrajo el siguiente resumen.

U nas horas después del bombardeo e invasión de las tropas estadounidenses a Ciudad Panamá, el reportero Carlos Fernández Vega y yo habíamos encontrado dos espacios para viajar a San José de Costa Rica. Imposible volar hacia Panamá. El aeropuerto Omar Torrijos había sido tomado y semidestruido. La cuestión era acercarse lo más rápido posible al lugar de los hechos.

Ese mismo día, 20 de diciembre a las 20:15 horas, pisamos suelo tico. En el aeropuerto encontramos a los enviados de *Imevisión*. Juntos intentamos hablar a la embajada de México en Costa Rica en busca de información y ayuda para cruzar sin problemas la frontera con Panamá. Nunca nos contestaron.

El día 21 a las ocho de la mañana, los enviados de *Imevisión* y del periódico *La Jornada* volamos de San José a Paso Canoas, frontera con Panamá. La caseta fronteriza, todavía en manos de panameños, estaba rodeada de periodistas que no podían cruzar. A las cinco de la tarde pasamos a territorio panameño.

En el poblado de Concepción, cuarenta y cinco kilómetros dentro, encontramos a los enviados de *Televisa*. La reportera Rita Ganem y los camarógrafos, asustados, nos dijeron que ya no avanzáramos, que más adelante los habían esposado y llevado a una cárcel clandestina donde les robaron equipo de trabajo, documentación y dinero.

-Nosotros ya no seguimos. Nos regresamos a Costa Rica –nos dijo angustiada la reportera de esa televisora.

Los enviados de *Imevisión* también decidieron quedarse en el poblado...

Carlos y yo decidimos seguir el viaje.

En ese momento, como “caído del cielo” apareció un taxi. Platicamos con el conductor para que nos llevara a Panamá.

-Está muy peligroso el camino en la carretera que lleva a Ciudad Panamá. Hay muchas barreras de soldados gringos y hay enfrentamientos con los Batallones de la Dignidad. Si quieren, me contrato con ustedes hasta Palo Hato que está a seis horas de camino, y de ese poblado hasta Ciudad Panamá son dos horas más.

Al pasar el poblado de Palo Hato, un poco antes de las once de la noche, sobre la carretera encontramos una barrera con alambre de púas. De la selva saltó un soldado gringo “de color” con un fusil en las manos.

-¡Alto! –nos gritó al tiempo que nos indicaba detenernos.

Carlos se bajó del taxi para explicarle que éramos periodistas mexicanos. El soldado no quiso entender, le puso el fusil en el pecho y cuando Carlos subió las manos, se escucharon dos disparos que nos estremecieron. Otro soldado yanqui, detrás del taxi, había disparado al aire. Yo le grité a Carlos.

-¡Regresa al taxi! ¡Vámonos!

Con las manos en alto, Carlos regresó al taxi. Subimos y nos regresamos a Palo Hato. Allí, cuatro panameños que estaban junto a una casa con mucha luz, la única, nos hicieron señas de que nos detuviéramos.

-Quédense aquí, nosotros somos amigos. El otro camino para llegar a Ciudad Panamá es atravesando la montaña, por Valle Antón. Se hacen seis horas porque el camino es muy malo. Se necesita un vehículo de doble tracción. Pero si de día es peligroso, por la noche es peor. Además, ésta es la única casa del pueblo con gente porque los soldados gringos amenazaron con revisar casa por casa en busca de armas. Dijeron que esa acción la harían al filo de la medianoche y si es así, ya faltan unos minutos.

A la media noche, los soldados gringos no habían pasado a hacer el cateo. A lo lejos se escuchaban disparos y el vuelo de alguna avioneta. Un poco más tarde, ya en confianza, como a

las dos de la mañana, los panameños me contaron que por miedo a represalias de las tropas invasoras, mujeres, niños y ancianos de Palo Hato habían abandonado sus hogares para ir a dormir en los salones de la escuela del pueblo. Y me invitaron a tomar unas fotos, siempre con el peligro de que fueran descubiertos.

-Pero si algo le pasa a nuestra gente, *que el mundo lo sepa* –dijo don Justino muy indignado.

En la casa de ese singular personaje pasamos la noche platicando, tomando café, escuchando música mexicana y cumbia panameña. A ratos dormitamos en el taxi, pues habíamos convencido al chofer para que se quedara.

El viernes 22, al amanecer, pasaron autos con periodistas que intentaban ir rumbo a Ciudad Panamá. Imposible. La barrera de soldados estadounidenses lo impidió. Tampoco se les permitió el paso a ciudadanos panameños que querían cruzar portando una bandera blanca.

En la camioneta de un matrimonio panameño atravesamos Valle Antón, durante siete horas de brecha a través de la montaña. Al atardecer, alrededor de las 17:30, hora local, los comercios de esa población estaban saqueados: las puertas y cortinas metálicas destrozadas. Casualmente nos topamos con el cuartel Victoriano Lorenzo. Decidimos entrar rápidamente a tomar unas fotos.

Instantes después de haber salido del cuartel, irrumpió en el camino rumbo a Panamá una enorme hilera de tanquetas con ametralladoras. Una nueva barrera de soldados gringos nos retuvo.

-Por este día no pueden pasar. Ya empezó el toque de queda. Vengan mañana como a las diez de la mañana. Quizás pasen.

A las siete de la mañana del día 23 de diciembre, nos despertó el ruido de helicópteros y aviones que sobrevolaban la población. Arrojabán papilitos con el siguiente mensaje:

“Este pasaporte es para uso de miembros de la FFDD, Batallón de la Dignidad y la CODEPADI. Si se presenta este boleto de Estados Unidos, le garantizamos seguridad, acceso a facilidades médicas, comida y un lugar de descanso y recuperación. Recuerden: no hay que sufrir más. Firma: General Marc A. Cisneros: Comandante de Tropas del Ejército del Sur.

A las diez horas intentamos cruzar otra vez la barrera para llegar a Ciudad Panamá.

-No se puede. Hay maniobras sobre la carretera. Quizás pasen por la tarde –le dijeron los soldados a Carlos.

Nos regresamos al mismo hotel donde habíamos pasado la noche.

Alrededor de las cinco de la tarde, Carlos me localizó y me dijo:

-Luis Humberto, desmonta todo tu laboratorio. Parece que nos van a dejar cruzar.

Al llegar a la barrera e identificarnos por tercera ocasión, un soldado yanqui le respondió a Carlos:

-Tú y el fotógrafo sí pueden pasar. Pero tendrían que irse arriba, en ese camión con plátanos, con esas tres personas que también van a Ciudad Panamá.

Arriba del camión, nos presentamos a las tres personas que nos acompañaban: un periodista argentino, bien vestido, de corbata; una muchacha rubia; y un muchacho panameño. La jovencita decía que le urgía llegar a Ciudad Panamá porque allá estaba su hijo y lo tenía que ver.

En el camino nos detuvieron varias barreras de militares estadounidenses.

De La Chorrera salimos aproximadamente a las 18:00 horas. Al llegar a la entrada de la ciudad, otra barrera de soldados gringos nos bloqueó el paso. El camión se dio vuelta para retornar a La Chorrera. Yo, sorprendido y un poco enojado, le grité al chofer pero no me escuchó. Le aventé unos plátanos a la cabina para que me hiciera caso. Unos minutos más tarde detuvo el camión y preguntó qué se me ofrecía.

-¡Información! Y que nos digas qué platicaste con los soldados gringos y por qué nos llevas de regreso a La Chorrera.

Las demás personas que nos acompañaban me dijeron que me calmara, que el chofer nada tenía que ver en esto, que la orden era que todos nos regresáramos a La Chorrera.

Aproximadamente una hora después, en plena oscuridad, nos detuvo otra barrera de soldados gringos y con una lámpara de manos nos iluminaron las caras. Uno de ellos me preguntó:

-¿Y tú qué haces aquí?

-Somos periodistas mexicanos y vamos a Ciudad Panamá. En La Chorrera ya nos dieron permiso para pasar, pero cuando íbamos llegando a la ciudad no nos dejaron.

-¿Y quiénes no los dejaron pasar? –preguntó el soldado.

-Los gringos –contesté.

De un jalón en la camisa me bajaron del camión de plátanos y el soldado me gritó:

-Tírate al suelo boca abajo y pon las manos atrás.

En ese instante comenzaron a encenderse lámparas de mano y pude ver entonces que varios fusiles me apuntaban. El soldado hizo señas para que me esposaran. Se acercaron dos militares y uno me sujetó las dos manos con plásticos y el otro, con un aparato pequeño, selló bien las dos partes del plástico y lo cortó.

Inmediatamente se acercó una camioneta de color azul marino descubierta, con unas bancas de madera y en las puertas unas siglas: USA.

Los tres acompañantes del camión me ayudaron a subir a la camioneta estadounidense.

-Ahora tú –le dijeron a Carlos-, tírate en el suelo boca abajo y pon las manos atrás.

Lo esposaron y también lo ayudaron a subir al vehículo.

Luego de veinte minutos de camino, la camioneta se detuvo y bajaron al panameño y a la muchacha rubia, quienes se perdieron entre unas casitas apenas iluminadas.

La camioneta siguió su camino con el periodista argentino, Carlos y yo. Adelante, a un lado del chofer estadounidense, iba una muchacha morenita, muy alegre. Unas horas antes también había pedido en La Chorrera que la dejaran pasar y yo vi cómo se lo impidieron, y se quedó en aquel lugar. Extrañamente, ahora reaparecía en la camioneta.

Diez minutos después de que bajaran la muchacha y el panameño, se detuvo otra vez la camioneta, se bajó la muchacha morenita y se dirigió al supuesto periodista argentino:

-Bájate papaíto, que esta vaina ya se acabó.

El periodista argentino casi bajó de un brinco. Carlos y yo no decíamos ni una palabra. Prácticamente estábamos solos.

Cuando el chofer encendió el motor de la camioneta y empezó a caminar, el temor por nuestras vidas surgió. Bien podían desaparecernos. Asesinarnos. No había testigos, y seguíamos atados de las manos. Un pequeño dolor comenzó a circular por las entrañas de mi estómago. El aire tibio de la noche era reconfortante, pero metidos en la selva con sus típicos ruidos y la incertidumbre de nuestro destino inmediato, empezaba a producir en mí algo de miedo y rabia al mismo tiempo. Me daba coraje pensar que ni siquiera podríamos llegar a la ciudad invadida. Era frustrante.

Para no pensar tanto me puse a tararear *Carmen* con toda mi voz, hasta que se me cerró la garganta sin poder tragar saliva.

Por tercera vez en ese día cruzábamos el puente de Las Américas, y antes de llegar a la ciudad, un grupo de soldados gringos detuvo la camioneta y platicó algo con el chofer. Los soldados encendieron una lamparita y se dirigieron a mí.

-Echa las manos atrás –me dijo.

Yo estaba sentado en la banca de madera y Carlos sobre el piso de la camioneta. Con unas pinzas me cortaron el plástico.

-Ahora tú –me dijo el soldado-, bájate con esa maleta.

Se refería al veliz negro donde cargaba mi laboratorio fotográfico. Y desde arriba, con el laboratorio en una mano brinqué al piso firme y el peso del veliz me hizo dar dos o tres marometas. Me levanté y ayudé a Carlos a bajar el resto del equipaje.

La camioneta estadounidense aceleró y desapareció. Allí, en la oscuridad y junto a los soldados, nos abandonó.

-Ahora recojan sus cosas y caminen ahí derecho. Enseguida está la ciudad –nos dijo un soldado.

Caminamos sin hablar, pensando que en cualquier momento nos dispararían, pues la circunstancia era propicia.

Un poco más adelante, efectivamente, se veía la ciudad, sólo que para llegar hasta la parte donde había luz, tendríamos que atravesar por lo menos un kilómetro entre oscuras calles con edificios semidestruidos que todavía echaban humo.

Nos sentamos en el cruce de la carretera y la amplia avenida Colón.

-¿Qué hacemos hermanito? –le pregunté a Carlos.

-Esperar un taxi.

-No bromees, ¿cómo un taxi? Son las once de la noche. Estamos en toque de queda.

-Tranquilo –me dijo Carlos-. Si hubieran querido matarnos ya no estaríamos ni hablando, y si nos van a matar, también lo harán. Tú, estate tranquilo.

A unos cien metros sobre la carretera, asomó una tanqueta con ametralladoras y un vehículo que lo seguía.

-Putá –dije-, estos son los que nos vienen a matar.

Y como todo estaba oscuro, me arrastré pecho en tierra y me dejé rodar entre el paso y la yerba.

Los dos vehículos pasaron de largo y doblaron por el lado contrario de donde nos encontrábamos.

Entonces me regresé caminando y le di un jalonazo a Carlos que hasta se golpeó las rodillas y la cabeza.

-¿Qué te pasa? Ya me golpeaste. No te pongas nervioso –me dijo.

-Tenemos que movernos de aquí. Nos van a disparar de cualquier lado y no vamos a saber ni de dónde.

-Ya te dije que por aquí tiene que pasar un taxi y aquí me quedo a esperarlo. Yo sé lo que te digo –me respondió. Y sacó un cigarrillo, lo encendió en plena oscuridad, se lo fumó y se volvió a acostar.

A no mucha distancia de donde estábamos, se escuchaban ruidos de fusiles y pisadas de soldados. Pensé en abandonarlo todo y esconderme en la maleza hasta que amaneciera.

Reflexioné: si a doscientos metros habíamos dejado una barrera de soldados gringos, lo más seguro es que nos estuvieran observando. Tenía razón Carlos: si nos iban a matar, ya lo habrían hecho o podrían hacerlo aunque nos moviéramos hacia donde fuera.

Tiré las maletas al piso. Saqué una cámara fotográfica de mi mochila, me la amarré en una mano y me recosté sobre el camellón a mirar el cielo neblinoso. Cerré los ojos. Diez minutos más tarde, los soldados gringos ya nos estaban echando luz en la cara.

-¿Qué hacen aquí? –preguntó uno de ellos.

-Esperando un taxi que nos lleve al hotel Veracruz –contestó Carlos.

-Lo siento, no pueden quedarse aquí. Carguen sus cosas y caminen –y se pararon de tal manera que nos hicieron caminar de frente, por donde estaban los edificios oscuros y semidestruidos.

Caminamos dos o tres cuadras recorriendo casas y edificios en ruinas, oscuros, de donde emergía un penetrante olor a muerto y a quemado. De esas ruinas y paredes incendiadas se escuchó una voz.

-¡Alto! –y como veinte fusiles cortaron cartucho.

-Pongan las manos en alto y tírense al suelo –ordenó el de la voz, quien se notaba que no pronunciaba bien el español.

Soltamos las maletas y nos tiramos al piso, pensando: “ahora sí, hasta aquí llegamos”.

-¿Adónde llevan ese parque que traen ahí?

-No es parque. Es ropa y equipo fotográfico. Somos periodistas mexicanos –les respondimos a gritos. Carlos en inglés y yo en español.

-¿Y a dónde van? –preguntó el soldado.

-Al hotel Veracruz –dijimos.

-¡Pues recojan sus maletas y sigan caminando!

-Vámonos hermanito –le dije a Carlos con el miedo de que, en cualquier instante, esos hijos de puta nos pudieran disparar, o que por los nervios se les saliera un tiro.

Seguimos caminando hasta llegar a una esquina iluminada. Ahora sí, la mayoría de los edificios estaban habitados. Mucha gente nos miraba desde sus ventanas. Seguían escuchándose los disparos en la ciudad.

Eran cerca de las doce de la noche.

Frente a una gasolinería, me introduje apresuradamente al primer edificio que vi y toqué en las dos primeras puertas. Todos los vecinos salieron armados.

-¿Qué quieren? –preguntaron.

-No se asusten. Somos periodistas mexicanos. Queremos posada. Aquí están nuestros pasaportes y credenciales. Lo que queremos es pasar la noche, aunque sea en el pasillo de algún departamento. La calle es peligrosa, y es toque de queda...

Un señor interrumpió mi desesperado monólogo.

-Vengan a mi casa. Mi hijo les ayudará con sus maletas.

Entramos en la casa del señor Roberto, trabajador de correos. Nuestras maletas las llevaron a otra recámara. Nosotros nos quedamos en la sala. Don Roberto preparó café y nos presentó a su familia.

Por la mañana, el trabajador de correos nos aclaró:

-Estos edificios quemados que ustedes atravesaron anoche son nada menos que el Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Defensa, llamado El Chorrillo, bombardeado por los gringos. ¡De suerte están vivos! Y el olor a muerto es de los soldados fieles a Noriega que resistieron el

ataque del invasor. Y los hicieron polvo. Al igual que al cuartel. ¡Quién sabe qué tipo de armas usaron!

-No sabíamos. De verdad, no lo sabíamos. Lo que sí sabemos es que nos costó tres días entrar a Ciudad Panamá –contestamos.

-Ahora verán una ciudad saqueada, destruida, con soldados yanquis patrullando las calles y custodiando barreras y alambradas. Los acompañé al hotel a donde se van a hospedar, para que no les pase nada. ¿A qué hotel dijeron que iban?

-Al hotel Veracruz –respondimos.

Estábamos cansados. Muy cansados. Pero vivos. Y apenas se iniciaba nuestro trabajo periodístico.

Un reportero gráfico en el golfo pérsico

Luis Humberto González

Es muy grande el anecdotario existente sobre las peripecias de los corresponsales en conflictos armados. No obstante, siempre hay algo diferente: pareciera que la tensión y el miedo nunca se viven de igual manera. Máxime en el caso de los fotógrafos de guerra. Luis Humberto González, reportero gráfico, confirma el hecho con el siguiente testimonio. Enviado por la revista Siempre! en septiembre de 1990 a Medio Oriente, González experimenta una vez más la condición general del ejercicio periodístico: raras vez las cosas son fáciles, y siempre implican una buena dosis de riesgo.

Cuando el amanecer apenas despunta, la primera oración del Corán se escucha desde las mezquitas. Son las cuatro de la mañana y en el aire de Ammán, Jordania, fulguran frío y rezos que se filtran hasta la habitación del hotel. Es hora de alistarse para intentar, por tercera vez, cruzar la frontera con Irak rumbo a Bagdad. Ya tengo permisos para fotografiar y pasar la frontera.

El taxista, Shema-Fie, timbra el teléfono de mi cuarto, bajo y en diez minutos partimos hacia el desierto.

Durante el trayecto, Shema-Fie sintoniza la radio en el noticiario: el entonces presidente de Estados Unidos, George Bush, insiste en impedir que Saddam Hussein, presidente de Irak, logre su propósito de anexar Kuwait a Irak y hace un llamado al resto del mundo para evitar tal acción. Hussein, por su parte, dice estar preparado para responder al poderío estadounidense instalado en la zona del Golfo Pérsico (claro, con la ayuda de Alá) e insta a los pueblos árabes a enfrentar con la Guerra Santa al demonio bélico de Occidente. Jefes de Estado y líderes de varias naciones se pronuncian por la búsqueda de una solución pacífica del conflicto.

A Shema-Fie, quien es jordano y palestino, le pido su opinión sobre las noticias. Primero responde con parsimonia y luego sucumbe a la exaltación.

-El desierto será la tumba de los estadounidenses. No dudo que en poco tiempo puedan destruir con misiles la ciudad de Bagdad, incluso que atrapen a Saddam Hussein, pero la respuesta islámica será inmediata. Por lo menos la mitad de los soldados yanquis estacionados en suelo árabe morirán. Se iniciará la guerra. Bush sabe que habrá tocado a los pueblos árabes, no al mandatario iraquí. Y que el desierto, el petróleo y Alá todopoderoso nos pertenece. No tenemos prisa: nosotros estamos con nosotros.

Le pido detenga en auto para captar el bello amanecer en el desierto. Enfoco la lente y aprehendo un instante donde cuidadores de borregos y camellos duermen en la arena envueltos en una frazada.

Más adelante, junto a unas tiendas de campaña y tres camiones estacionados que cargan bultos y maletas, un numeroso grupo de refugiados de origen hindú se forman detrás de un tambo a fin de tomar agua para beber y lavarse la cara. Otros se reparten trozos de una sandía tras haberla partido golpeándola con unas piedras. Seguimos nuestro camino y en un área de alrededor de doscientos metros cuadrados, cercada por alambres de púas y vigilada por la policía jordana, encontramos un campamento donde más de trescientas familias de origen palestino que vivían en Kuwait hasta antes de la invasión iraquí, el 2 de agosto, se preparan para seguir su itinerario. Las mujeres disponen el desayuno a base de humus, pan árabe y agua. Los niños salen de los vehículos a asolearse y los hombres planean el viaje. Cuando trato de capturar estas imágenes, los policías palestinos me lo impiden, me lo prohíben. De nada sirve que muestre mi permiso del Ministerio de Información.

Minutos más tarde, sobre la carretera avistamos a un grupo de egipcios y pakistaníes que caminan con sus maletas auestas. Su camión se desbieló a unos kilómetros de la aduana. Durante el recorrido se ven varios cuarteles del ejército jordano en activo. Cuadrillas de soldados hacen algunas prácticas y movilizan vehículos. Hay también otro tipo de cuarteles enclavados en pleno desierto: son subterráneos. Y sobre montones de arena hay tanquetas con cañones que apuntan al cielo. Por el camino van y vienen vehículos con militares armados.

Al llegar a la frontera jordana, los uniformados nos sacan de la carretera. Tras obligarnos a volver a pagar los derechos del taxi, del conductor y míos para cruzar la frontera, nos hacen

esperar un momento. Pasamos pero somos detenidos de inmediato en unas oficinas. Aprovecho para tomar fotos de los miles de refugiados que esperan tramitar su permiso para internarse en suelo jordano.

A los lados de las carreteras fronterizas hay largas filas de camiones y autos particulares que aún no obtienen autorización para cruzar. Cerca de ahí, egipcios, hindúes, pakistaníes o kuwaitíes, se pelean por los pasaportes que ya tienen el sello de pase. Y miles más, con sus pertenencias a un lado, esperan sentados o acostados sobre los pasillos alambrados o en las calles laterales.

Un recio olor concentrado a sudor de días, barba crecida, mugre de pies, manos y cara, caracterizan a esos hombres que visten deshdash, kofia (turbante) y sandalias. Casi todos cargan una especie de rosario y rezan para sus adentros.

Por fin nos autorizan pasar a territorio iraquí. Pero antes es necesario caminar un trecho de tolerancia entre ambas naciones, de más de sesenta kilómetros, y por donde alcanzo a ver aviones de guerra iraquíes. Por si las dudas, escondo todos los rollos que ya tengo tomados.

Luego, dos kilómetros adelante de la aduana iraquí observamos a unos quinientos metros un enorme campamento de refugiados donde fácilmente podrían estar instaladas cerca de ochocientas familias. Soldados del ejército jordano custodian el lugar. Desciendo del auto y con el teléfono tomo dos fotografías. Mientras enfoco la tercera, me sorprende un jeep del cual descienden tres militares jordanos, vienen hacia mí y me quitan la cámara y la mochila con el resto del equipo fotográfico. Reclamo y me identifico. Les muestro el permiso para fotografiar y les digo que voy rumbo a Bagdad.

-¡Arréglalo con el militar responsable de esta zona! –me responden y se marchan.

Pido a Shema-Fie que los siga. Diez minutos más adelante se detienen y le entregan mi equipo fotográfico a un militar que habla por teléfono en otro jeep. Los soldados le dicen que seguramente fotografié a militares. Me pide el pasaporte y mientras lo revisa, le explico que sólo retrataba a refugiados del campamento (aunque de manera inevitable aparecen algunos militares). Me contesta que espere un rato, que telefonará a sus jefes.

A unos cuantos pasos de ahí, hay otro campamento. De vez en cuando ese jefe militar, obeso, mediana estatura, uniforme verde olivo con pistola al cinto y gesto duro, a gritos ordena detener o dejar pasar a la gente que viene de Kuwait o de Irak. A espaldas del campamento hay

dos camionetas, dentro de las cuales van refugiados que intentan burlar la vigilancia y avanzar por el desierto. Pero son descubiertas: un jeep los acosa y detiene con disparos al aire. Son las dos de la tarde y todo el ambiente se viste de sol.

Una hora después, el militar mal encarado me devuelve la mochila con mis cámaras, pero todavía no puedo irme. Ordena a un soldado me lleven a un cuartel donde se decidirá si me quedo o me liberan. Al conductor y a mí nos trasladan en un camión en el cual van iraquíes con permiso especial para cruzar ambas fronteras. Sesenta kilómetros adelante nos bajan frente a un cuartel militar. Nos conducen a una oficina ataviada de retratos, en todos los tamaños, del rey Hussein. Tras revisar mi pasaporte, el permiso del Ministerio de Información y mi credencial de periodista, levantan un acta. Posteriormente me presentan ante el Sheriff (así le dicen al general) quien, tirado en un pequeño colchón y tomando Pepsicola en lata, me dice que él no puede decidir si me quedo o no y que habrá que esperar el cambio de turno a las siete de la noche. Pregunto si podemos retirarnos o si se me permite hablar por teléfono al Consulado Mexicano en Ammán:

-Lo siento, no puedo hacer nada en ese sentido. Eso lo decide el otro Sheriff –me responde el general antes de darle un sorbo a su Pepsicola.

En esta oficina donde aguardamos detenidos, cada diez o quince minutos entra gente de varias nacionalidades a denunciar robos, estafas, agresiones y colisiones automovilísticas. Algunos llegan muy mal heridos. Tres de cada diez son encerrados en pequeñas celdas. En tales circunstancias y a falta de permiso para utilizar la cámara, tengo que reprimir mis deseos de captar esas imágenes.

Pasadas las seis de la tarde, el jefe militar pide el radio de transistores y llama –creo yo— a cuatro capitanes. Los cinco se ponen alrededor del aparato para escuchar las noticias en árabe. Veinte minutos después, el comentario entre los soldados (me traduce Shema-Fie en el poco inglés que entiendo) es que el ejército jordano debe estar preparado para un posible ataque militar de Israel. Es decir, en caso de que las tropas estadounidenses decidieran atacar Irak, en ocho minutos la aviación israelí estaría bombardeando la ciudad de Ammán y cuarteles militares. Se supone tal posibilidad por el vínculo entre los Hussein y la alianza entre Israel y el gobierno estadounidense.

Mientras la tarde se desvanece en el desierto, de una mezquita cercana al cuartel se escucha el canto de una de las cinco oraciones del día. El taxista me jala a las oficinas y se pone a cantar la oración. Me insta a hacer lo mismo para salir librado de ésta, pero me excuso diciéndole que aún no la he aprendido.

A las siete aparece, por fin, el otro Sheriff. Entro a su oficina y expresa que mi permiso de fotografiar es para la ciudad de Ammán, no para el "bordo", por tanto él no puede tomar la decisión de dejarme ir. Sugiere que espere al jefe de todos los Sheriff y que si en adelante le quiero comunicar algo, lo haga en su lengua: en árabe.

-Siéntate a ver la televisión, no te preocupes –me dice el jefe militar.

Ahora sacan un televisor y lo acomodan en el patio. Invitan a soldados y a jefes militares a ver las noticias y luego, claro, la novela de las ocho de la noche.

Para mi desgracia, durante el noticiario informan que los periodistas jordanos han entregado una carta de protesta a los periodistas occidentales. A estos últimos los acusan de manejar la información desde el punto de vista de los intereses estadounidenses y de provocar, con sus comentarios, un ataque bélico contra Irak, sin pensar en la tragedia humana, en la sangre derramada de muchos inocentes.

-Los periodistas occidentales –dijeron los representantes de la prensa jordana-, antes de pensar en los derechos humanos, en una salida pacífica del Golfo Pérsico, piensan en filmar, fotografiar y escribir a partir de la destrucción, de la muerte, de la sangre derramada... Los periodistas jordanos pidieron a los occidentales manejar la información de esta crisis de los árabes con más profesionalismo y objetividad. Finalmente, se entregó una carta firmada a la prensa extranjera.

Lamento el momento en que emiten esa información. Los militares me ven como un periodista occidental.

¡Increíble! Entre los militares reverbera un comentario.

-¿Es periodista mexicano? Bueno (con mapa en la mano), veamos dónde está México.

-México pertenece al continente americano y todo América es de Bush –señala enfático un soldado.

Otro, en una actitud más absurda y kafkiana que árabe, aclara:

-¡No! México pertenece a América Latina y en ésta decide Fidel Castro...

Y aunque esta última idea les satisfizo más, yo seguía representado a la prensa occidental.

Cuando la luna se asoma a plenitud, el líder de los jefes y todos los militares le envían besos a la misma. El alto jefe militar es delgado, moreno, alto, trae bastón y cojea. Ya sabe de mi caso. Ordena darme una botella con agua fresca y me pide esperar. Solicita todos mis documentos y me comunica que antes de irme, hablará por teléfono con el Jefe de las Fuerzas Armadas de Jordania (¿Con el rey Hussein?, me pregunto). A estas alturas no sé si reírme o preocuparme. Sólo espero.

Shema-Fie se las arregla para que por doscientos dólares lo lleven a recoger su taxi que dejó a sesenta kilómetros de ese cuartel. Le digo que se apure, porque en su auto está mi saco y en él mi boleto de regreso a México. A las dos de la madrugada retorna con su vehículo. Esa noche la pasamos en el cuartel.

A las ocho de la mañana del día siguiente, un policía de Ammán trae órdenes de llevarnos a la jefatura de policía de esta ciudad. Atravesamos el desierto en taxi. Hacia las dos de la tarde, el jefe de la policía secreta de Ammán revisa mi material fotográfico y me pregunta si he retratado militares. Respondo que no. Por si las dudas, se queda con mi pasaporte y cuatro rollos –dos en color y dos en blanco y negro, estos últimos vírgenes-. Dice que podemos irnos y que dos días después –tras revelar mis rollos—me regresarán el pasaporte.

Y por aquello de las ocurrencias regreso a mi hotel, recojo todo mi material fotográfico ya trabajado y me lo llevo al Marriot para que los reporteros mexicanos Rubén Álvarez y Rafael Aceves me lo guarden hasta que salga de Jordania.

El Golfo Pérsico –ahora lo sé—puede ser un escenario complicado.

Reporteando la guerra

Raymundo Riva Palacio

En un país con una pobre tradición de enviados especiales, es natural que los testimonios sobre esta fase del ejercicio periodístico se cuenten con los dedos de la mano. De ahí el valor del siguiente relato de Raymundo Riva Palacio, uno de los pocos informadores mexicanos desplazados al teatro de operaciones durante la guerra del Golfo Pérsico iniciada en agosto de 1990.

Desde el primer momento en que Carlos Ramírez, entonces coordinador de información de *El Financiero*, me informó que debía partir inmediatamente hacia el Golfo Pérsico, empecé a investigar sobre el lugar al cual iría y acerca de las posibles rutas. Años atrás, hubiera tomado el primer avión rumbo al otro lado del Atlántico, en una carrera desenfrenada por estar en el lugar de los acontecimientos, y después de aterrizar físicamente, trataría de aterrizar profesionalmente.

Las cosas tenían que ser diferentes ahora. El mismo lunes que me comunicó Carlos Ramírez que debía partir, inicié las gestiones de visa para Arabia Saudita e Irak, y le pedí ayuda a varios amigos de la Secretaría de Relaciones Exteriores en busca de un trámite expedito. Ese mismo día le hablé a un viejo amigo español, Antonio Caño –que era corresponsal en México del diario *El País* y estaba cubriendo el conflicto en Ammán, Jordania-, para preguntarle cómo se encontraba la situación en el área, qué posibilidades había de entrar a Irak, y para que me hiciera una reservación en el hotel donde se hospedaba.

No tenía duda que Jordania era el lugar adonde había que viajar primero. Como en la guerra Irán-Irak, Jordania era la puerta del mundo a Irak, y en donde más fácil podía obtener la visa. El Reino Jordano no tiene embajada en México, pero hay un vuelo para Ammán desde la urbe neoyorkina. El martes terminé de arreglar documentos y dinero, y el miércoles por la tarde salí a Nueva York. El jueves por la mañana, en veinte minutos, saqué la visa para la capital

jordana, y antes de tomar ese vuelo por la tarde, pasé a hacer algunas compras, casi todo de la misma lista de artículos necesarios en zonas de conflicto.

Lo primero que busqué fue una máscara antigás para llegar preparado ante la eventualidad de un ataque con armas químicas. “No sabemos si sirva”, dijo el empleado de la tienda en la calle Cuarenta y dos, “porque nunca se han usado. Se supone que sí sirven. Ya hemos vendido dos mil de ellas”. Pagué cuarenta y seis dólares por ella, y le quité la pequeña caja en que venía, porque era de manufactura israelita y yo iba a países árabes. Luego proseguí las compras: una pequeña lámpara con suficientes baterías, pilas para mi radio de onda corta y mapas. Lo único que no encontré fueron pastillas para purificar el agua, porque ya no las fabrican.

Todavía me alcanzó el tiempo para hablar con algunos diplomáticos acreditados en Naciones Unidas, quienes me proporcionaron informes valiosos que después habría de utilizar, y para comer con una pareja de amigos mexicanos que me había encontrado en el vuelo hacia Nueva York. Partí al aeropuerto Kennedy con tres horas de anticipación, ya que las medidas de seguridad estaban sumamente restringidas. No fue en balde, pues tardé casi noventa minutos en atravesar los diferentes cordones de seguridad que habían establecido en prevención de ataques terroristas.

Salí rumbo a Londres, adonde llegué con el inicio del día. Tenía que tomar la conexión con un avión jordano para Ammán, y aún sin salir de las zonas reservadas para pasajeros, tuve que pasar, como todos, otros tres puestos de inspección. Desde el aeropuerto hice otro par de llamadas a unos amigos en Londres en busca de más datos que me pudieran servir al llegar a Jordania, y tomé el avión, en el cual íbamos sólo doce pasajeros.

Normalmente, el vuelo es directo a Ammán, pero como toda la aviación estaba trastornada, pasamos primero a París, luego a Viena, y finalmente a Ammán. Para cuando aterrizamos en la capital jordana, el avión iba lleno de periodistas.

Pasé algunos problemas en la aduana jordana, donde veían el fax portátil que llevaba como un objeto extraño, más propio de un espía que de un periodista. En situaciones de guerra, la paranoia y la desconfianza llegan a niveles extremos, y en cada cara desconocida se ven enemigos.

Cuarenta y cinco minutos después estaba ya en los pasillos del moderno aeropuerto jordano. Sin perder más tiempo, tomé un viejo Mercedes Benz que manejaba un taxista palestino y me dirigí al hotel donde Caño me había reservado una habitación.

Sin problemas me registré y bajé al comedor. Ya era noche. Ahí estaban Caño y dos asesores del ex presidente Daniel Ortega, quien buscaba encontrar una solución pacífica al conflicto. Me senté con ellos a cenar. Platicamos sobre Nicaragua y otros temas. Me sentí tranquilo.

A la mañana siguiente, Caño me condujo por la miserable antesala a fin de obtener la visa para Irak. “No entregan formas en la embajada, sino en la esquina”, dijo, mientras procedía a guiarme. Efectivamente, en la esquina de la embajada iraquí, unos palestinos hacían su negocio. Por cuatro dólares sacaban fotografías para la visa, y por otros cuatro proporcionaban la forma, la llenaban y dejaban listo el trámite burocrático.

Más de ochocientos periodistas pasaron frente a su lente y llenaron papeles en los escritorios improvisados sobre la banquetta. Claro, esa no debía de ser la única vía. Cada periodista buscaba formas adicionales para conseguir la visa. Unos recibieron el apoyo de los diplomáticos palestinos, sin éxito alguno. Otros invirtieron varios cientos de dólares en llamadas trasatlánticas e intercontinentales en busca de apoyos fuera de la región, también sin éxito alguno. Los menos invirtieron algo más tangible: dinero. Un equipo de la televisión japonesa, se llegó a decir, pagó ciento cincuenta mil dólares en visas, y las obtuvieron de manera permanente. Otros japoneses, también se comentó, pagaron cinco mil dólares por una visa para cada uno, pero no las consiguieron.

La embajada de Irak se convirtió en una especie de escenario doble, donde la mayoría generaba ahí sus frustraciones, y la menor minoría, sin que esto se tome como pleonismo, era agraciada con una visa. Pocos entraron a Irak en esos momentos: algunas televisiones, ciertas agencias de noticias, y un puñado de menos de diez representantes de periódicos.

Nadie podía dejar de envidiar a quienes les habían entregado visas. Como todo faltaba en Bagdad, se tenían que montar verdaderas caravanas, particularmente para los equipos de televisión. Alquilaban una camioneta para el personal, una más para el equipo, y otra con víveres, decenas de botellas de agua, cerveza, refrescos, comida, plantas generadoras de energía eléctrica y litros y litros de gasolina en tambos de plástico.

Una de las innovaciones de la tecnología periodística en la guerra del Golfo Pérsico fueron los teléfonos satelitales, puestos de moda por la cadena de televisión CNN. Durante el primer bombardeo estadounidense sobre Bagdad, nadie sabía cómo CNN podía seguir su transmisión ininterrumpidamente. En México, inclusive, se llegó a sugerir por televisión que tenían arreglos con el gobierno de Saddam Hussein para no tener problemas de comunicaciones.

La peregrina afirmación no podía estar más alejada de la verdad. Desde el inicio del conflicto en agosto, la CNN estudió las diversas formas de cómo podría mantener su comunicación ininterrumpida en caso de que estallara el conflicto, y la mejor solución que halló fueron los teléfonos satelitales. De un tamaño tal que caben en un veloz normal, el equipo de los teléfonos comprende una pequeña parabólica y el aparato para transmitir por satélite.

El teléfono satelital se puede armar en menos de media hora, y puede transmitir desde cualquier punto del mundo, conectándose, obviamente por satélite, desde los lugares más inhóspitos, con el número telefónico deseado. El costo de esa llamada es el mismo que el de una local, y el equipo cuesta unos sesenta mil dólares. Tan valió la pena, que posteriormente todas las organizaciones periodísticas adquirieron en suyo.

La parafernalia de los enviados que lograban la visa, incluía otro tipo de gastos, y eran aquéllos que era preciso erogar para recorrer la llamada Carretera de la Muerte, entre la frontera jordana y Bagdad. Normalmente, los seiscientos kilómetros se recorren en unas cuatro horas y media, por una supercarretera de seis carriles (en el cercano Oriente, las carreteras son soberbias por las necesidades militares de desplazamientos rápidos), pero debido a los bombardeos sobre la ruta, el viaje se tornaba muy peligroso y largo —en ocasiones hasta de más de dieciséis horas.

No era fácil conseguir transporte, pero como en todo conflicto, con dinero las cosas se vuelven mucho menos difíciles. Cuando comenzó la guerra, no se podía alquilar un vehículo por menos de veinte mil dólares, y el chofer cobraba dos mil quinientos dólares por día, más alimentación y hospedaje en Irak. Para un medio con recursos limitados, si iba colectivamente, era de seis mil dólares. Las cosas fueron cambiando conforme avanzaba el conflicto. Así, hacia el final de la contienda bélica, un par de arrendadoras puso al servicio de periodistas, por quinientos dólares diarios, automóviles, choferes y tractores, aparte de gasolina, hospedaje y comida.

La visas para Irak se convirtieron en una obsesión para centenares de periodistas, aunque el trabajo dentro de Irak estaba bastante limitado. Las restricciones comenzaban desde la frontera con Jordania. Los periodistas con permiso para ir a Irak tenían que viajar toda la noche hasta Ruweished, el puesto fronterizo, y de ahí atravesar setenta kilómetros de tierra de nadie a la frontera iraquí. Allí debían esperar a que los fuera a recoger un funcionario del Ministerio de Información, pues no podían ingresar en ese país sin vigilancia. Ya en Bagdad, todos los periodistas eran alojados en el hotel Al-Rashid, ciento ochenta dólares la noche y sin duda uno de los más lujosos del cercano Oriente. En esta ocasión, no había agua caliente ni energía eléctrica. Aquéllos que no tuvieran planta generadora de energía, necesitaban escribir por las noches a la luz de las velas.

Los periodistas no podían salir del hotel sin escolta. El gobierno iraquí organizaba recorridos diarios, pero breves, a las zonas afectadas por los bombardeos. El Ministerio de Información había instalado una oficina de prensa en el mismo hotel, y prácticamente cada periodista tenía asignado un oficial que lo acompañaba de manera permanente. Asimismo, sus textos tenían que pasar por los ojos del censor. En el caso de los latinos, los censores se portaron tan bien, que casi no revisaban lo escrito.

De cualquier forma, los periodistas trataban de sacar información o datos delicados sin que los censores se dieran cuenta de lo que estaban haciendo. En un caso, por ejemplo, Rafael Croda, enviado especial de la agencia *Notimex*, se las ingenió bien para informar a sus colegas fuera de Irak que las cosas no pintaban bien para Hussein en su país. Para ello, envió el siguiente mensaje: “Hay mucha grilla aquí adentro, y principalmente contra el Preciso”. Los censores, por supuesto, no conocían los modismos mexicanos, y el mensaje pasó sin llamar la atención.

Más difíciles eran las cosas en Arabia Saudita. Primero controlaron enormemente las acreditaciones. De unas ochocientas que entregaron los sauditas, alrededor de seiscientas fueron para estadounidenses. En mi caso, los sauditas mostraron gran deficiencia burocrática y, primero, perdieron los primeros trámites que realicé en México. Después no hicieron caso de los segundos. A través de la embajada mexicana en Raid, donde tenía un amigo diplomático que había conocido en Madrid, se hicieron nuevamente los trámites.

Me encontraba en Israel cuando me informaron, desde la redacción de *El Financiero* en México, que el embajador les había dicho que podía recoger mi visa para Arabia Saudita en El

Cairo. Viajé catorce horas por carretera entre Jerusalén y El Cairo, recorrí el Sinaí y sus huellas de la guerra de los Seis Días, y atravesé el Canal de Suez en una panga, pero en la embajada saudita no sólo desconocían todo trámite, sino que su trato fue algo menos que cortés. Hablé con el embajador mexicano en Raid, y éste se comunicó con el Ministerio de Información, donde le dijeron que la visa estaría colocada, ahora sí, en Ammán.

Aproveché el día para recoger datos y hacer entrevista acerca de cómo vivían los exiliados kuwaitíes en la capital egipcia, con sus despilfarros y excentricidades, y por la noche tomé el avión a Ammán en compañía de Marta Anaya, periodista de *Excelsior*, con quien me había topado en El Cairo. Regresé al mismo hotel donde Caño y otros colegas seguían esperando la visa para Irak. Pensando que yo tenía una parte resuelta, fui a la embajada saudita en Ammán, pero ni siquiera pude cruzar la puerta. Tampoco tenían conocimiento de mi visa.

Volví a llamar por teléfono a Raid, y el embajador mexicano a su vez se comunicó al Ministerio de Información y luego al del Exterior. Desde la redacción de *El Financiero* hicieron lo mismo. Desde Ammán busqué intermediarios en la cancillería mexicana, pero el resultado era el mismo. Los dos ministerios se responsabilizaban uno al otro de la visa y, en ese peloteo, todos los trámites se fueron por el despeñadero. A los sauditas no les interesaban los mexicanos. No fue algo personal: igual sucedió con unas gestiones que había iniciado *Televisa*.

Los sauditas estaban entregados a los estadounidenses, quienes creían que podían controlar todo. Invitaron, costeadando los gastos del transporte aéreo —en los *Hércules C-130*, que tienen todo menos comodidad—, a un elevado número de periodistas de pequeños medios de la Unión Americana, pensando que podrían moldear su información de manera más fácil que con los grandes medios de difusión.

No les resultó tan sencillo. Tuvieron los mismos problemas que con varios de los grandes medios a los cuales se les cerraron las vías de información. En una ocasión, James Le-Moyne, de *The New York Times*, se peleó con el general Norman Schwarzkopf por la manera como estaban manejando la información. El militar le respondió con una soberbia inconmensurable. “Tú puedes escribir lo que quieras, pero las encuestas están conmigo”.

Con más del ochenta y dos por ciento de los estadounidenses que decían que las restricciones a la prensa no eran suficientes, los militares las acentuaron. Chris Hedges, un joven y bravo corresponsal del diario neoyorquino, fue encarcelado en dos ocasiones por intentar hacer

su trabajo. Los militares estadounidenses, no conformes con ese tipo de represión, buscaron controlar no sólo con quién se hablaba, dónde se visitaba, sino también los medios por los cuales se transmitía la información.

Así pues, uno podía entregar su material, y no sabía a ciencia cierta cuándo llegaría. A ello se añadía el enorme volumen de propaganda que estaba distribuyendo el Pentágono, y que llegó a tales niveles que un corresponsal de *The Washington Post*, indignado por la forma como su periódico estaba cubriendo la guerra, estuvo a punto de renunciar.

La censura en Arabia Saudita fue —a decir de todos los corresponsales en el área—la peor durante la guerra del Golfo Pérsico, mucho más enérgica que en Irak o Israel, donde la censura es una parte del paisaje periodístico de esa nación.

En Israel, Miguel Ángel Velázquez, quien fue enviado por *Notimex* a la región, estaba transmitiendo una información por teléfono, desde el Hilton de Jerusalén, cuando un censor militar le interrumpió el dictado y le indicó que parte de lo que decía, no podía difundirlo. No a todos les sucedió lo mismo. Enrique Muller, un viejo amigo de varias batallas, corresponsal del diario *El Correo Vasco*, admitió jamás haber tenido ese problema.

Muller, como buena parte de los periodistas españoles e italianos, estaba hospedado en un hotel estadounidense en el lado árabe de Jerusalén, donde todos los empleados eran palestinos. Virtualmente, por explicarlo de alguna manera, los empleados del hotel eran cómplices de los periodistas y sus informaciones.

Ese era el hotel para llegar. Allí se habían quedado Lawrence de Arabia y Peter O'Toole, o Winston Churchill, en el lado árabe de la ciudad sagrada para los musulmanes —el lugar más seguro frente a los *Scud* iraquíes—. El único problema fue cuando se incendiaron tres automóviles en el estacionamiento del hotel y la policía se llevó a todos los cocineros. Nos quedamos dos días sin alimentos.

Los israelitas entregaron acreditaciones de prensa sólo después de que cada periodista se comprometía, mediante la firma de una especie de acuerdo de reglas generales, a no difundir información militar o de seguridad, si ésta no había sido revisada previamente por un censor. Pocos periodistas lo hicieron. Los israelitas, de cualquier forma, no disponían de todos los recursos para vigilar todo aquello que se difundiera en el exterior.

También para ellos, lo que dijeran o dejaran de decir los estadounidenses era lo importante. Por eso, cuando un corresponsal de la cadena *NBC* identificó al aire el lugar donde había caído un *Scud*, que ya había sido precisado por la prensa local, el gobierno israelí interrumpió abruptamente la transmisión por satélite, y no la reanudo hasta que la *NBC*, también al aire, ofreció disculpas. Ya no volvió a suceder.

Trabajar en Israel, pese a todo, no era tan complicado. Con un poco de suerte, en un taxi con placas palestinas o en un auto rentado a arrendadoras árabes, uno podía trasponer los retenes militares y entrar a los territorios palestinos. Era como en Jordania, donde para ir a todo lugar había que pedir un permiso, que nunca negaban y que entregaban rápidamente.

Los periodistas, sin embargo, no buscaban esas comodidades (hablar por teléfono de Ammán o Jerusalén a México es más fácil que llamar de México a Toluca, por ejemplo), y querían entrar a Irak o Arabia Saudita. Pero las fronteras estaban cerradas. En un momento de desesperación, se abrió la posibilidad de entrar a Irak de manera clandestina por el desierto con los beduinos, pero ni siquiera los traductores vinculados a la Organización para la Liberación de Palestina quisieron probar suerte. En otra ocasión, uno pensó viajar a Teherán, pero en esos momentos era tanto o más difícil obtener la visa iraní.

Ya había pasado el momento de las crónicas de aquellos que huían de la lluvia de bombas en Bagdad y venían desesperados desde Kuwait, de los iraníes que habían caminado durante ocho días y comido sólo dátiles porque para ellos no había punto de retorno, de los campamentos de refugiados, de los campos de palestinos, de la vida cotidiana, del desencanto de Hussein, de los sesudos análisis sobre los equilibrios de fuerzas, y de las tradiciones y la furia árabes.

Todo eso había que dejar atrás para consignar lo que realmente sucedía en la guerra. Pero ya fuera en Israel o en Jordania, en Irak o en Arabia Saudita, la guerra más tecnológica iba a quedar también como la guerra más encubierta de todas. Y para los periodistas, a sus frustraciones habrá que añadir el signo de la derrota frente a las circunstancias.

El día que me dieron la noticia

Francisco Barradas

El 26 de febrero de 1993, el periódico El Economista dio a conocer en primera plana una información que desencadenaría un sonado debate en torno al perfil del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y al financiamiento de los partidos políticos. Bajo el título de “Fija el PRI cuotas para grandes empresarios”, el reportero Francisco Barradas consignó sin citar fuente alguna: “Veinticinco de los más importantes empresarios del país se comprometieron a realizar, cada uno, aportaciones al Partido Revolucionario Institucional por un mínimo de veinticinco millones de dólares, equivalentes a setenta y cinco millones de nuevos pesos.

“El compromiso empresarial para la campaña financiera del PRI fue asumido el martes pasado en una cena a la que fueron convocados por el dirigente del PRI, Genaro Borrego Estrada.

“El encuentro —añadía la nota— se realizó en el domicilio particular de don Antonio Ortiz Mena y a él asistió el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari”. Respetando fielmente el off the record, el entonces editor de la sección política de El Economista, originario de Playa Vicente, Veracruz (1966), a continuación relata las circunstancias personales que rodearon el hecho de haber difundido tal noticia cuya excepcionalidad e impacto —del cual no se percató en un primer momento— lo harían acreedor del Premio Nacional de Periodismo 1993 en ese género.

■ ¿Sabes lo que tienes en las manos?

No respondí, pero claro que lo sabía. Sostenía el tenedor con la mano derecha, mientras que con la izquierda aferraba una hogaza de pan. Y allí frente a mí, colocado sobre la mesa, un plato de puntas de filete a la mexicana. Lo acompañaba todo con una cerveza. Las notas tristes de un piano inundaban el ambiente... hasta que aquel argentino abrió otra vez la boca, otra vez y muchas más. *¡Hey, tipo, deja escuchar la música!*

Era viernes, uno de mis días de descanso. No recuerdo la hora en que me levanté, pero tan pronto lo hice, me arreglé y fui al periódico. Necesitaba sacar dinero del banco, y el edificio de *El Economista* es punto intermedio. Platicaba con Gloria Arizaga en la hemeroteca del diario, cuando sonó el teléfono.

-¿Es usted Francisco Barradas –escuché por la bocina-, el que publicó hoy la nota de la cena de los empresarios con los priistas?

Pensé que se trataba de un lector, pues suelen llamar de vez en cuando para aclarar alguna duda. Pero éste hablaba como si le jalaran las comisuras de los labios hacia atrás: “¿é uté...?”, decía con voz aguda.

Pidió verme. “Claro”, le respondí de inmediato, otro día. Era un periodista. Andrés Oppenheimer, dijo que se llamaba. No lo conocía, evidentemente. ¿Andrés Oppenheimer? Si me hubiera dicho Aurelio Ramos, algo más nuestro, hubiera aceptado la solicitud de entrevista sin reparos. ¿Pero quien era Oppenheimer? Y no sólo pretendía importunarme en un día de descanso, sino que hablaba como... argentino.

Para quitármelo de encima le comenté que aún no comía –”y ya son las seis de la tarde”-. Insistió en verme. Me negué. Le dije que el lunes. Pronunció entonces dos frases que provocaron un giro de vértigo en mi decisión. “Reportaje para *Miami Herald*”, fue una de ellas; y “te invito a comer”, la más poderosa.

Acudí. Se lo advertí al tipo: era mi día de descanso. El restaurante de un hotel era el lugar de la cita; en el elevador renegué todavía de mi suerte, pero me propuse ordenar rica y suficiente comida como para satisfacer a un tigre. Si ese argentino estaba dispuesto a robarme dos horas de mi viernes, le iba a costar muy caro. Nunca pensé tomarlo en serio.

-¿Sabes lo que tienes en las manos? –me preguntó luego de casi una hora de charla.

Él únicamente bebía café. A mí me preocupaba el postre más que nada. La verdad es que cuando leo o como, atiendo poco a otra cosa. Por cortesía lo miré a los ojos.

-Vamos a ver cómo reaccionan -respondí.

-¿Cómo reaccionan quiénes? –preguntó con prisa.

Continué ingiriendo mis puntas de filete, suaves, jugosas, ardientes. Antes de ordenar otra botella de cerveza le respondí, con natural gesto:

-¿Cómo que quiénes?, pues los priistas.

Guardó silencio. Parecía que calculaba el peso de mi alma.

-¿Sabes lo que tienes en las manos? –preguntó otra vez, pero en esta ocasión él respondió-: tienes la mejor nota periodística publicada en los últimos veinte años en México. Te lo digo en serio. En todo ese tiempo he leído los periódicos de este país, y nunca nadie había revelado algo así.

Dejé de comer, y eso ya es mucho. Me limpié los labios con la servilleta. Y ya ni siquiera le pregunté si estaba seguro de lo que decía, pues Andrés manifestaba tal firmeza que era ocioso hacerlo.

El Impacto

El sábado 27 de febrero me enteré de que la mayoría de los noticiarios radiofónicos habían comentado la noticia publicada por *El Economista* un día antes. “Fija el PRI cuotas para grandes empresarios”, fue el encabezado principal.

Por la tarde, durante el festejo de una boda, platicué horas con Luis Enrique Mercado, director del periódico. El hombre, simplemente, brillaba de felicidad.

Y aunque Luis Enrique, desde Monterrey, había controlado la publicación de la noticia, ordenando que se insertara como información principal en la primera plana, me pidió detalles abundantes sobre lo ocurrido en la redacción del diario la tarde del jueves. También quería saber qué reacciones había provocado la revelación exclusiva de que treinta empresarios habían sido conminados, la noche del 23 de febrero, a donar cada uno veinticinco millones de dólares para el Partido Revolucionario Institucional.

Le informé acerca de los comentarios en la radio. Relaté mi comida con Andrés Oppenheimer.

-¿Ése quién es? –preguntó de inmediato.

Mercado todavía fumaba y ya para entonces llevaba tres cigarrillos, uno tras otro.

-Es un reportero del *Miami Herald* –respondí.

No manifestó asombro por esto, así que proseguí:

-Dice que es la nota más importante publicada en los últimos veinte años.

Esto último ya no lo soportó. Adquirió un tono bondadoso, pese a todo.

-¿No te das cuenta? –me dijo- ¡La nota es un escándalo!

Agregué un dato más sobre Oppenheimer, quería probar que era un tipo inteligente.

-Es un premio Pulitzer, vale la pena escucharlo.

-¿Un Pulitzer? –repetió.

-Sí señor –informé-. ¿Recuerdas el escándalo Irán-Contras? Pues él participó en su descubrimiento. Por eso ganó el premio Pulitzer.

A partir de ese momento le simpatizó Andrés Oppenheimer a Luis Enrique Mercado. Meses después se conocerían, y la simpatía se hizo recíproca. Al parecer, el argentino preparaba un libro sobre la realidad política mexicana.

Durante la comida, Mercado continuó celebrando la publicación de la nota. Finalmente me contagió su optimismo. No brindamos por el éxito, aunque sí decidimos cuál sería el contenido de la nota del próximo lunes, para continuar con el asunto.

Ignorábamos entonces el efecto que provocaría lo publicado en *El Economista* el viernes 26 de febrero. La revelación de la *cena de la charola* –como fue llamada popularmente semanas después—habría de sacudir a México, hasta cambiar, incluso, el curso de la reforma política que por esos días preparaban los partidos en el Congreso.

La decisión de participar en el concurso del Premio Nacional de Periodismo no se tomó esa tarde. Sucedió una vez que el huracán del escándalo político se alejaba de la memoria pública. Grandes días fueron aquellos.

La noticia

Fue un lunes de mayo, no recuerdo cuál. Sentía tierra en los ojos, porque no había dormido bien las últimas noches. Los periódicos y las estaciones de radio continuaban ocupándose de la reunión de empresarios y priistas. En días anteriores, en medio del escándalo, se había acordado introducir en la ley electoral algunos capítulos para regular el financiamiento privado a los partidos políticos.

La frase resulta común, pero estábamos en boca de todos. Los reveladores del secreto éramos ahora carne para los periodistas. Nos buscaron por esas fechas: querían más información sobre la cena.

Una tarde me llamaron de la BBC de Londres: no lo creía. Poco después me entrevistó un reportero proveniente de Japón. Luego un italiano, del diario *La Repubblica*. Llamábamos la

atención. Oppenheimer mantuvo permanente contacto desde Miami; por esos días habían publicado su libro *La hora final de Castro*.

El mundo se enteró de la noticia. Diarios importantes la repitieron. En España, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Estados Unidos y en toda América Latina sorprendieron los términos de la alianza de empresarios y priistas. *The Washington Post* hizo eco del asunto...

En México, es común, la especulación ganó a la información. Un columnista llegó a decir que todo se trataba de una conjura contra Televisa y el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari. Miguel Alemán Velasco, *Miguelito*, quien ocupaba entonces la Secretaría de Finanzas del PRI, perdió el puesto debido al escándalo. Ni a *Novedades* ni a Jacobo Zabludovsky les agradó mucho el asunto.

El Presidente de la República se vio obligado a aclarar lo ocurrido. Toda la clase política habló. Sacaron a Genaro Borrego del PRI. Don Fidel Velázquez se enojó en serio. Perujo se dio vuelo haciendo cartones. Se armó una bola de chismes... Lo debatieron en el Congreso. El Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) protestaron públicamente. A muchos les preocupó. Otros lo vieron como algo natural. Hasta chistes se hicieron.

Golpeamos fuerte. Nos leían. Llegamos a la cima. Besamos el cielo. Y la verdad es que un esfuerzo así agota. No dormía bien, y ese lunes de mayo, ese lunes en que sentí tierra en los ojos, fue el día que me dieron la noticia.

¡Qué puto día!

Me habló el *Negro* Guzmán, de la Secretaría de Gobernación. Eran como las siete de la noche. Me reunía con mis reporteros y discutíamos el trabajo por venir. El teléfono estaba alejado, y esa vez me tocó contestar.

-¿El señor Barradas? –me dijo meloso el *Negro* cabrón.

-Sí –contesté.

-¿Ya se enteró de la noticia? –meloso, meloso, meloso.

-¿Cuál? –pregunté seco.

-¿No se ha enterado?, ¿de veras no se ha enterado?

Empecé a sospechar algo.

-*Negro*, dímelo –apresuré.

-¿A poco no lo sabes? –creo que él también se sorprendió.

-¿Qué cosa? ¿A poco ya salió...

-¿Qué no sabe, señor Barradas, que es usted el Premio Nacional de Periodismo?

Grité.

Volvió a hablar:

-Muchas felicidades. Pero no pegaron sólo uno...

Me anticipé:

-¡Perujo también ganó!

Aquello fue una locura. Luis Enrique se quedó un rato en silencio, y luego, cuando finalmente entendió lo que ocurría, también externó su emoción. El director lo anunció a toda la redacción. Algunos gritaron, otros aplaudieron. Más tarde llegó Perujo. Le jugamos una broma pesadísima, y también, cuando finalmente se enteró de su premio, no supo qué hacer, le dio frío.

Recuerdo a todos los que me saludaron. Martín Casillas me dio un abrazo. Le hablé a mis padres. Mi madre lloró: la escuché por la línea telefónica.

Muy pronto yo también tuve ganas de llorar.

No queremos prensa en Altamirano

Ulises Castellanos

Reportear un levantamiento armado como el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el estado de Chiapas, depara vivencias que por sí mismas revelan los indefectibles riesgos del oficio periodístico. El desconcierto ante lo imprevisto o lo imaginado e incluso la descarnada y celosa disputa por la información. Todo ello queda de manifiesto en el testimonio de Ulises Castellanos, reportero gráfico de la revista Proceso y colaborador de la Revista Mexicana de Comunicación, quien durante los dos primeros meses de 1994 cubrió los sucesos del sureste mexicano. Ulises platicó su aventura a Omar Raúl Martínez.

Cuando la “caravana universitaria Ricardo Pozas” entró al pueblo de Altamirano el 18 de febrero de 1994, casi veinte periodistas mexicanos y extranjeros se encontraban reportando en plaza, calles y albergue locales. La caravana –compuesta por dos vehículos: un camión con toneladas de provisiones y un autobús con cerca de treinta estudiantes, la mayoría mujeres- había partido días antes de la ciudad de México con destino al ejido Morelia, donde víveres, ropa y medicinas serían entregados a indígenas de esa localidad. Ello quedaría en nobles deseos, pues justo frente a la nueva e improvisada Presidencia Municipal –local del Partido Revolucionario Institucional (PRI) hasta el primero de enero de ese año en que los zapatistas destruyeron a mazazos la sede del presidente de Altamirano-, un grupo de veinte ganaderos les bloquearon el paso intempestivamente.

Algunos reporteros notaron a lo lejos un diálogo que tomaba matices de discusión entre los universitarios y los robustos hombres con sombrero texano, botas vaqueras y navaja al cinto. Extrañado, Hermann Bellinghausen, cronista de *La Jornada*, acudió a ver lo que ocurría en torno del camión con provisiones. Al regresar pocos minutos después, nervioso, Bellinghausen advirtió a Ulises Castellanos, reportero gráfico de la revista *Proceso*:

-Ni te acerques: la cosa está de la chingada. Ya me amenazaron. Mejor vamos por otro lado.

Estimulado por su curiosidad, Ulises se aproximó a tomar fotos. De pronto, cuando enfocaba una escena del aparente altercado alrededor del cual empezaban a arremolinarse varios indígenas, volvieron la vista cuatro ganaderos que de inmediato se acercaron para coparlo contra la pared, gritarle improperios y tomarle fotos con una cámara *instamatic*.

-¡Oye! –protestó Ulises desconcertado-, ¿por qué me tomas fotos?

-Pues tú también nos estás tomando fotos y no sabemos para qué –respondió el repentino fotógrafo y continuó oprimiendo el obturador.

En el momento que intentaban arrebatarse su equipo fotográfico, otros dos ganaderos se acercaron para tratar de calmar los ánimos. Antes de zafarse escuchó que uno de los hombres le gritaba atropelladamente:

-¡Ustedes, pinches periodistas, no dicen la verdad! ¡Pinche prensa vendida! Nosotros también estamos sufriendo. Los guerrilleros están robando nuestro ganado. Y esos cabrones –refiriéndose a la caravana—todavía quieren ayudar a los zapatistas.

A unos cuantos pasos de donde se encontraba Ulises, salió de la farmacia un señor gritando encolerizado:

-¡Váyanse, no queremos prensa en nuestro pueblo!

Un enardecimiento contra universitarios y periodistas empezó a contagiar a los pobladores de Altamirano.

Pensando que el conflicto era exclusivamente con los de la caravana, tres informadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuatro de la cadena televisiva CBS y dos de otros periódicos, intentaron retirarse para pedir ayuda. Pero cuando se acercaron a sus autos, les cercaron el paso:

-¡Ni madres! Ustedes no se mueven de aquí. Les vamos a revisar sus coches.

Tras una hora de alegatos entre estudiantes, reporteros y ganaderos, alguien sacó un sonido de la Presidencia Municipal para convocar al pueblo en su propia lengua. Los micrófonos atraían cada vez más indígenas enardecidos.

Al detectar las posibles salidas, los periodistas advirtieron que tanto estudiantes como ellos estaban rodeados: los ganaderos los custodiaban. Ahora eran rehenes de una muchedumbre que los hostilizaba y empezaba a vaciar el camión de la caravana.

Empujado por la turbación y el miedo, Ulises pudo acercarse presuroso a una caseta militar donde dos soldados rasos observaban, pacientes e inamovibles, la situación a escasos diez metros de distancia.

Atrás del pequeño cuartel se veían jeeps, una tanqueta y tropa:

-Oiga oficial –dijo alarmado el fotorreportero-, ¡por favor ayúdenos, porque la gente está encendida, muy encendida! ¡Nos van a matar!

Casi trescientas personas congregadas alrededor del camión escoltaban a reporteros para intimidarlos. Los pobladores parecían magnetizados por una inquina irracional que en cualquier momento podría superar gritos, insultos y amenazas para explotar en la violencia física.

Ulises insistía:

-Ustedes pueden intervenir...

-No, no. Nosotros no podemos meternos. Ustedes y Derechos Humanos nos ataron de manos –respondió fríamente uno de los soldados y agregó:- ¿quién los entiende?

-Oiga, pero nos van a partir la madre...

-Pus aquí tenemos servicios médicos por si los necesitan.

-Pues cuando menos reporte el hecho a los altos mandos, afuera hay retenes militares.

-Ya están avisados –respondió seco y hastiado detrás de la reja.

Por otro lado, a los periodistas les inspeccionaban automóviles, videos, cámaras, tripiés, grabadoras, quizá con la intención de requisar armas para los zapatistas o de impedirles utilizar su equipo.

Mientras tanto, indígenas y ganaderos ordenaban a los jóvenes descargar todos los víveres, que colocaban a un costado del Palacio Municipal. Y convencidos de que los estudiantes iba a apoyar al EZLN, revisaban minuciosamente página por página de sus libros y cuadernos.

Luego de casi dos horas, varios periodistas pudieron percatarse que quien orquestaba todo era un robusto ganadero, no mayor de treinta y cinco años, alto, de tez blanca y bigote tupido, llamado Jorge Constantino. Era precisamente del PRI local. Daba instrucciones rodeado de otros cinco hombres que iban y venían.

En otro momento, cuando el reportero gráfico de *Proceso* se obstinó en captar imágenes, se le acercaron otros ganaderos y con lujo de violencia trataron de arrebatarle la cámara.

-Ya tomaste muchas fotos: danos tu cámara.

-Mejor –resolvió el fotógrafo en medio de su soledad—tomen los rollos.

Y aceptaron, pues las imágenes eran lo que les preocupaba.

A tres horas del amargo recibimiento, los universitarios atestiguaron desconsolados el hurto de toneladas de provisiones que tenían como destino original el ejido Morelia. Pero ni concluida la descarga les fue permitida la salida de Altamirano ni a ellos ni a los reporteros. Parecían solazarse al amedrentarlos.

A unos cien metros de donde se hallaba el camión de la caravana totalmente vacío, frente al Palacio Municipal, Jorge Constantino invitó, cortés, a la reportera de *Macrópolis*, Eva Bodenstedt, a tomar un refresco en una pequeña fonda. Al observar la escena, Ulises Castellanos se acercó con el propósito de hablar con él para solicitarle dejar salir del pueblo a la prensa y a los estudiantes.

-Yo no mando aquí –dijo en tono amable el ganadero, y añadió:- yo sólo soy parte del pueblo. Siento no poder hacer nada. El pueblo del Altamirano está muy cansado de que los zapatistas se roben sus vacas... Todo ese desmadre no hubiera pasado si desde hace años hubieran eliminado a Samuel Ruiz...

-Pero los estudiantes sólo llevaban víveres para la gente del ejido Morelia, no a los guerrilleros –comentó Ulises.

-Pero –saltó irritado Constantino-, si todos en ese pinche lugar son zapatistas.

En ese instante sonó el teléfono de la fonda. Era Manuel Camacho Solís. Quería hablar con el presidente del PRI de Altamirano. Antes, quizás las monjas o algún reportero habían logrado comunicarse a San Cristóbal con Samuel Ruiz, quien le informó al Comisionado.

El ganadero explotó:

-¿Por qué me habla el licenciado Camacho a mí? –reclamó a los periodistas:- ¿Ya fueron de rajones, verdad?

-No sé –respondió Ulises-, pero sería bueno que tomara la llamada.

-¿Ese señor es un sabio? ¿Por qué me busca a mí...?

Transcurrió casi un minuto antes de que se levantara a contestar con un gesto de enfado:

-¿Sí, licenciado?... no... no se preocupe licenciado... No, no han sufrido ningún daño... El camión está entero... Claro, los estudiantes... también los periodistas... No, no los estamos deteniendo... No hay ningún problema... Sí, sí, sí... no... Por supuesto...

El fotorreportero de *Proceso* pidió hablar con el Comisionado para la Paz.

-¿Quién habla? –preguntó Camacho.

-Ulises Castellanos, de *Proceso*.

-No digas nada comprometedor. ¿Cuántos periodistas son?

-Como veinte.

-¿Y universitarios?

-Cerca de treinta.

-Cerca de treinta.

-No se preocupen, ya estamos informados. Ya hablé con el General y también están informados en la ciudad de México. Va una patrulla militar por ustedes. ¿Necesitan algo?

-Necesitamos irnos...

-Pásame al señor Constantino.

El ganadero tomó una vez más el auricular:

-Sí, sí... muy bien... hasta luego.

Luego de colgar y sentarse con parsimonia pero con exasperación controlada, sostuvo:

-Pues yo no mando aquí. Yo no sé qué vaya a pasar.

Pocos minutos después salió del restorán. Con paso firme se dirigió a la plaza. La gente del lugar, en una actitud de respeto y temor engarzados, se hacía a un lado ante su robusta presencia. Llegó a la Presidencial Municipal y, a petición de la gritería estudiantil, hizo traer el autobús de los universitarios.

Lo llevaron ante sus ojos. Bajo un tupido bigote se arquearon sus labios al leer a un costado del camión: “Filosofía y letras”.

-Tengo un hermano filósofo, pero –entre una falsa sonrisa estampada de ironía, añadió:- hace mucho que no se para por Altamirano. Él sabe por qué.

Finalmente se resistió, quizás por flojera, a inspeccionar el vehículo. Y con fastidio grito:

-¡Ya súbanse y váyanse!

Los altamiranenses, vestidos de hoscos gestos, despidieron en tropel a los extraños machacándoles, en su limitado castilla, infinidad de insultos. Vehículos de reporteros y universitarios salieron del pueblo cuando la noche caía a plenitud. Y liberados de la tensión, retornaron en caravana a San Cristóbal de las Casas.

El Diálogo por la Paz se había visto amenazado cuarenta y ocho horas antes de su inicio.

Periodistas en zona muerta

Pocos días antes de darse a conocer la declaración de amnistía y formalizarse el cese al fuego —a mediados de enero de 1994—, cinco periodistas de distintos medios impresos partieron en dos autos, de San Cristóbal rumbo a Guadalupe Tepeyac con la idea de encontrar guerrilleros.

Al llegar al último retén militar de Las Margaritas, fueron advertidos por miembros del Ejército Federal de que en adelante corrían riesgo. No obstante, los reporteros persistieron en su empeño por un camino que los llevaría a lo que se conoce como *zona muerta*: la zona de nadie, porque se ubica entre los fuegos de los dos ejércitos.

Luego de avanzar durante dos horas bajo el sol inclemente, sobre una vereda de terracería, justo en la cañada de La Soledad, a su paso encontraron una familia con la neutralidad de unas banderitas blancas en sus manos y el cansancio y las huellas de pesadumbre en su rostro indígena.

No saben a ciencia cierta lo que ocurre. Quieren resguardar su desamparo lo más lejos posible de ráfagas y ejércitos. Una de las señoras había abortado un día antes, abatida por el calor y el cansancio. Otra mujer no quería perder al niño que llevaba en su vientre y suplicó a los periodistas que la alejaran del peligro. Aceptaron sin chistar.

Medio kilómetro adelante se toparon con cerca de cuarenta niños que, con sus miradas templadas de sorpresa, rodearon los dos automóviles hasta obligarlos a detenerse. Los fotorreporteros aprovecharon para captar gráficas e intentar hablar con la gente.

Habían llegado a un rancho llamado La Floresta en donde se hallaban refugiadas familias enteras que para salvar sus vidas habían huido despavoridas —con sus pocas pertenencias a cuestas— de las comunidades cercanas a Nuevo Momón, donde días previos la fuerza armada había desplegado una lluvia de *rockets*. Pero ahora, quizá sin saberlo, estaban en medio de dos

fuegos. Algunos ya tenían varios días durmiendo hacinados y compartiendo las desventuras paridas del conflicto entre el EZNL y el Ejército Mexicano.

Ya casi a punto de retirarse del lugar, al identificar a la señora embarazada que iba dentro del Tsuru, varios indígenas reclamaron de inmediato su derecho a ser trasladados también.

-No vamos a caber... -arguyó uno de los informadores.

Pero no le dieron tiempo de terminar la frase. Ante las sorprendidas miradas de los periodistas y sin su venia, mujeres, adultos y niños se arrojaron desafortadamente hacia el interior de los coches. Vaciaron sus enseres domésticos y costales dentro de las cajuelas, y acomodándose entre codazos y empujones perfilaban en sus gritos de esperanza de distanciarse de las turbulencias.

-No podemos llevarlos a todos –insistió un fotógrafo.

Ya no había espacio ni para los choferes. Los indígenas –más de ocho en cada auto—sólo esperaban la partida.

-Miren, para llevarlos yo necesito sentarme en ese lugar para manejar –trató de hacerse entender Ulises.

Pero en su limitado español un indígena respondió con humor involuntario:

-Sí, gracias, pero no es necesario.

La desesperación comenzó a tensar el ánimo de los periodistas.

-Miren –propuso uno de ellos a la gente con el afán de hallar una salida-, como únicamente hay dos coches, sólo llevaremos a los enfermos.

Y en ese momento –en un corto castellano—manaron de La Floresta las afecciones centenarias que ilustran amargamente la situación del pueblo chiapaneco:

-Duele panza, echo todo fuera –dijo un hombre con voz apagada.

-No puedo mover pierna, duele mucho –clamó un viejo al tiempo que se alzaba el pantalón para que constatará su pierna inmóvil, casi fosilizada, cuyo tono verduzco evidenciaba que los hongos estaban comiéndose su piel del tobillo a la rodilla.

-Mire lo que me ha salido –mostró un joven brazos, pecho y espalda donde le nacían manchas blancuzcas, quizás producto de su desnutrición.

-Voy a tener hijo –se hizo escuchar una señora en evidente estado.

-Mi niño tiene fiebre, está mal –dijo otra indígena con su hijo en brazos.

-Me arde mucho, vea –indicó doliéndose otro hombre repleto de llagas en piernas y brazos que amenazaban una infección desde su carne viva.

Lo que en realidad urgía en ese rancho era la Cruz Roja.

Ante la impotencia de auxiliarlos de inmediato, los reporteros propusieron:

-Cuando regresemos a San Cristóbal, avisaremos a la Cruz Roja y a Derechos Humanos para que vengan por ustedes.

-Sí, gracias, pero no es necesario.

Los indígenas acomodados en los coches no se movieron. Debieron pasar quince minutos para que saliera el número de personas suficiente para dejarles espacio a los reporteros.

El Tsuru y el Volkswagen arrancaron con casi veinte individuos dentro, y enseres domésticos, cobijas y costales en cajuelas.

Los pasajeros irían quedándose en diferentes poblados.

Al día siguiente, comisiones de la Cruz Roja y Derechos Humanos saldrían en auxilio de los refugiados de La Floresta, donde el cruce de fuegos y el desamparo asolaban la perplejidad indígena.

Lucha por la exclusiva

El cese al fuego había sido decretado. Los reporteros se impusieron, entonces, el compromiso de recoger la voz e imágenes de los guerrilleros. Con un mapa turístico en sus manos y mucha *fe*, enviados de *Le Monde*, *El País*, *Excelsior*, *La Jornada* y la revista *Proceso* salieron antes del amanecer, en tres autos rentados, rumbo a San Miguel para de ahí internarse en las inéditas geografías de la selva chiapaneca.

Dos horas después de pasar Ocosingo llegaron a la llamada *zona muerta*. Nadie daba razón de los zapatistas. La monotonía del camino hacía el recorrido todavía más pesado. Atrás dejaron cuatro retenes militares. Los pobladores de San Miguel aseguraban ni siquiera conocer a los miembros del EZLN. Las distancias se alargaban sin certidumbre alguna.

Cuando el desgano los amenazaba, en la comunidad de La Garrucha fueron interceptados por una docena de hombres jóvenes.

-¿Hacia dónde se encaminan? –les preguntaron en tono amable.

-Buscamos a los “compañeros”... a los zapatistas, pues... -dijo uno de los periodistas.

Un silencio incierto se apoderó del momento hasta que un indígena pidió:

-Anótenme en este papel sus nombres y en qué medios trabajan. Hay que pedir autorización.

Obtenidos los datos, el hombre se introdujo a una choza, desde donde solicitó el permiso mediante un aparato de radiocomunicación. Salió alentador:

-Están autorizados. Sólo déjenos revisar sus coches.

Mientras registraban, un reportero quiso saber dónde hallarían a los otros compañeros.

-Ellos los encontrarán en algún punto del camino –respondieron.

Minutos después de reiniciar la marcha, toparon con una camioneta donde, aparentemente frustrados, retornaban los enviados del periódico *Reforma* y de la agencia fotográfica *Cuartoscuro*. Decían desistir de su intento:

-No encontramos nada. La gente ni siquiera quiere hablar. Mejor no se arriesguen: el camino es muy malo. No desperdicien su tiempo, nunca van a encontrar zapatistas –expresaron poco convencidos los informadores.

Los periodistas de *Le Monde*, *Excelsior*, *La Jornada* y *Proceso* intercambiaron miradas de recelo, confundidos. Por un momento dudaron. Pero la terquedad diluyó el desconcierto inicial. Además, tenían luz verde para continuar.

Casi tres kilómetros adelante, los automóviles se atascaron en medio del lodazal. Se vieron obligados a proseguir el camino a pie. Transcurrida una hora, entre los densos matorrales, un sujeto apareció repentinamente.

Tras preguntarles por sus autos, los reporteros le explicaron lo que había ocurrido. La caminata continuó muchos minutos más hasta que llegaron a otro poblado colmado, ahora sí, de zapatistas desarmados de todas las edades. En ese paraje, donde veíanse a poca distancia vacas, cerdos y pollos, debieron esperar otra autorización.

Los rayos solares de las tres de la tarde hacían todavía más penosa la marcha cuyo destino sintieron cercano cuando oyeron barullos entre el inmenso follaje, de donde surgió una voz:

-¡¡ALTO!! –gritaron dos encapuchados armados con poderosas metralletas.

Los enviados levantaron su bandera blanca clamando:

-¡Somos periodistas!

Uno de los guías que los acompañaba se acercó a los guerrilleros para ponerlos al tanto. Los miembros del EZLN, a su vez, pidieron a los visitantes se internaran en la maleza que se avistaba a un costado del camino, donde humedad, sombras y lodo envolvían el entorno. A unos pasos aguardaban diez zapatistas armados y el *Mayor Mario*. Luego de pedir identificaciones y cerciorarse de su autenticidad, el *Mayor* suavizó su actitud para externar su disposición a ser entrevistado. Ese encuentro sería su segunda entrevista de prensa de la jornada. En los días subsecuentes, el desfile de reporteros por esa zona sería intenso. Y la guerra descarada por la información también se intensificaría.

En busca del “cuatro vientos”

Edmundo Valadés

El martes 20 de junio de 1933, el pueblo de México aguardaba expectante la llegada del “Cuatro Vientos”, primer avión en cruzar el Atlántico bajo el comando de los aviadores hispanos Mariano Barberán y Joaquín Cóllar.

Luego de realizar la hazaña de atravesar el océano sin escalas en un tiempo de cuarenta horas, desde Sevilla hasta Cuba, los pilotos ibéricos volarían de la isla a la ciudad de México, donde recibirían un homenaje.

Sin embargo, las más de sesenta mil personas que acudieron al Aeródromo de Balbuena para darles una cálida recepción, esperaron durante horas sin éxito.

Ante la angustia y expectación del pueblo mexicano y, en particular, de la colonia española, la Armada Militar rastreó por aire, tierra y mar las zonas de Tlaxcala, Huamantla, Orizaba, Guerrero, Cuernavaca, La Malinche, Puebla, Tabasco y Chiapas, donde según los rumores habría caído el “Cuatro Vientos”. Al no hallar nada, la búsqueda se intensificó: treinta y dos aviones y diez mil soldados exploraron diversas zonas, pero tampoco encontraron rastro alguno de los heroicos aviadores españoles ni del artefacto. Se los habían tragado los misteriosos aires del sur mexicano.

El suceso volvió a las primeras planas de los diarios cuando, en septiembre de 1941, la revista Hoy, dirigida por Regino Hernández Llergo, decidió costear una expedición hacia las intrincadas selvas del norte de Oaxaca y del sur de Puebla, por donde se aseguraba habrían de localizarse los restos del famoso avión y de sus infortunados tripulantes.

Edmundo Valadés, entonces jefe de redacción de ese semanario, encabezó esa emocionante misión con la euforia de sus veintiséis años. Así, durante poco más de tres meses, junto con dos colaboradores de Hoy, guías y varios hombres, Valadés se

sumergió en las profundidades de la selva para contar, semana a semana, su aventura a los lectores. A continuación se publica una versión abreviada del total de esos reportajes en cuya sustancia y ritmo ya se anunciaban los genuinos visos de un escritor.

La investigación hemerográfica corrió a cargo de Verónica Trinidad Martínez.

Con un pie en los últimos vestigios de civilización y otro donde se inicia el tremendo misterio de la selva, la expedición de *Hoy*, después de una aventurada jornada remontando la sierra hasta la primera parte del viaje, se prepara para la incursión definitiva tras la pista del más sensacional misterio de la aviación ocurrido en el mundo: la tumba de los dos aguiluchos españoles que hace ocho años, después de atravesar el Atlántico, cayeron en lo más boscoso de la sierra de Oaxaca y Puebla.

El recibimiento que nos hizo la sierra fue impresionante. Habíamos recorrido varios días una dura jornada a lomo de caballo, entre senderos abiertos a través de una tupida maleza; atravesando ríos de corriente impetuosa y traicionera, que corren desaforadamente; pasando desfiladeros donde una pisada en falso arroja a uno hasta el fondo de simas cuyo fin no se presiente. Tras horas y horas de interminable caminata bajo un sol que incrusta sus diez mil rayos en el cuerpo, o recibiendo feroces chaparrones que calan hasta los huesos, nuestro guía, Manuel Reyes, Jr., simpático y cordial rancharo muy conocedor de todos los atajos, nos llevó hacia Río Sapo, la ranchería enclavada a la mitad de la sierra: el fin de la primera jornada. Las bestias arreciaron el paso y todos lanzamos un suspiro de satisfacción a la vista del caserío arbitrariamente desparramado.

El gordito Enrique Díaz (fotógrafo estrella de *Hoy*), sobre *Huevito*, su caballo, lanzó un revolucionario grito de júbilo:

-¡Aquí vienen y son muchos! ¡Y que viva Pancho Villa!

Humberto Olguín (redactor de la revista), en la *Tecolota*, su activa mula que siempre nos llevó la delantera, le hizo eco con interjecciones enciclopédicas; mientras yo, sobre el bueno de *Lucero*, ni siquiera alcé la vista, pues estaba “envarado” por lo corto de los estribos.

A una vuelta del camino divisamos a la gente que venía a recibirnos. Don Julio Díaz Ordaz y un piquete de indígenas. La cosa fue como a unos diez metros antes de encontrarnos.

Con la vista en el suelo por la fatiga del viaje, la vi a un lado, enroscada sobre sí misma, con la cabeza al aire, amenazadora, lista para el ataque. Era una enorme víbora que empezó a deslizarse hacia los caballos enseñando diabólicamente la mortífera lengüeta. Tratamos de recular, pero ya estaba sobre nosotros. Yo creo que no hay nada más emocionante, más espeluznante para una gente de la ciudad como nosotros, que toparse con una víbora en el campo, sobre todo cuando en la región abundan las especies más venenosas y terribles. Pero la gente que venía se había dado cuenta y había corrido con los machetes en la mano. La víbora, sin decidirse por fin, pasó entre las patas de los caballos y se metió en un montículo. Todos se fueron tras ella, y con una tranquilidad asombrosa, se pusieron a escombrar hasta dejarla a la vista, enroscada entre las piedras.

-Acérquense –nos dijeron-, es muy bonita. Tienen ustedes suerte: encontraron víbora en viernes...

Con una horqueta le pescaron la cabeza y pudimos observarla. Hasta nos animamos a tocar su tersa piel, mientras Díaz, repuesto del susto, se puso feliz sacando fotografías. Estábamos en la sierra y la sierra nos había recibido con honores.

* * *

Julio C. Díaz Ordaz, el autor de la carta revelando los sensacionales hechos sobre el “Cuatro Vientos” y que fue publicada en *Hoy* junto con la narración del viaje del fotógrafo Díaz, es el tipo clásico del hombre campero: hospitalario, malicioso, buen conversador, conocedor de todos los secretos de la tierra en que vive. Flaco, nervioso, con su revólver al cinto, nos dio amablemente la bienvenida cuando arribamos al rancho de su padre, “El Palomar”, enclavado en la ranchería denominada Río Sapo, en la villa de Chilchota, Oaxaca.

Como buen oaxaqueño, ama su tierra y conoce hasta los dialectos indígenas de la región. Gran cazador –su diversión favorita-, recorre los cerros de la región y en sus correrías ha robustecido su versión original acerca del trágico fin de los aviadores españoles. Sentados muellemente en uno de los corredores de la casa que dan al patio en que se asolea el café, a un lado de la molienda, mientras al fondo se yerguen majestuosos los incommensurables cerros por los que hemos de trepar, me fue contando cómo se decidió a escribir la carta a *Hoy*, en su deseo de aclarar el denso misterio que, despedazado en toda región, se ha regado en mil partículas, formando desde las más lógicas versiones hasta las más absurdas.

-Mire –me dice—esto del “Cuatro Vientos” ha dado origen a las más descabelladas versiones. Hubo quien afirmara que unos indios habían atrapado a los aviadores, y que habían escondido el avión en su casa, donde lo tenían todavía. La primera noticia que yo tuve del asunto fue a raíz de la pérdida de los aviadores, cuando yo estaba en Oaxaca. Mi madre le escribió a mi padre una carta diciéndole que por acá habían oído el ruido del avión y que todo el mundo afirmaba que había caído por estos cerros.

Después de chupar su cigarro, mientras se acomoda la pistola jalando la funda, prosigue:

-Mi padre le leyó esa carta al piloto León, pero no le dieron importancia, pues creían tenerlo localizado por otro lado. Dos años después, una vez que arreglé unos asuntos con Julio Avendaño, que vive por la región donde estoy seguro que cayeron, me señaló con un brazo hacia un punto de la serranía y me dijo: “Allí, en ese cerro de Tlacotepec, es donde cayó el aparato. Nosotros lo vimos”. Poco después, don Antonino Avendaño me confirmó lo mismo: “Sí, vea usted (señalando el mismo rumbo), por allí cayó. Yo llevo un diario donde tengo apuntados todos los pasos de los aviones por la región y mis apuntes concuerdan con la fecha en que debió haber pasado el ‘Cuatro Vientos’”. Poco después, un señor, Lorenzo de León, creo que patrocinado por miembros de la colonia española en Puebla, llegó por acá buscando los restos del avión. Pero ciertas gentes lo desviaron premeditadamente del rumbo y lo abandonaron en el cerro, en donde estuvo a punto de morir de hambre. Cuando pudo regresar milagrosamente, se desanimó mucho y dejó la cosa pendiente, pues además le robaron el dinero.

Una vez –agrega don Julio-, por interpósita persona de mi confianza, supe de un indio que afirmaba que él había oído el ruido que rezumbaba recio de repente y luego se apagaba. “El avión cayó en un lugar muy feo que le dicen La Guacamaya. Allí los mataron a los dos. Al más flaquito le dieron un balazo y luego al otro le dieron de machetazos. Despedazaron el avión y lo metieron en un agujero con los cadáveres, que luego llenaron de piedras”.

Más tarde otras versiones me confirmaron lo anterior, nada más que recaen sobre un tal Bonifacio, concordando con el sitio y en los principales detalles.

Don Julio continúa su plática. Cuando él oyó todas estas versiones y confirmó que dos o tres coincidían; con la cosa de que su familia y muchos del pueblo oyeron el motor; cuando uno de sus peones le afirmó haber visto al aeroplano que volaba como los “zopilotes cuando hay

viento” y cuando a otras personas que saben -y quién sabe porque razones han callado—les sacó más cosas, su certeza fue absoluta. Él espera confirmarlo ahora que iniciemos la búsqueda.

El asunto del “Cuatro Vientos” es todo un lío complicado por las diferencias y las disputas de los distintos bandos que existen en la región. Mientras no aclaremos la verdad, no podemos saber cuál es el hilo de toda la maraña que a través de los años se ha enredado más y más, convirtiéndose en parte, por un lado, en cosa política, en la que han tratado de mezclar a altos funcionarios públicos. Pero de todo lo que hemos averiguado, lo más lógico son dos cosas: que hay gentes interesadas en ocultar a los que se presume fueron los asesinos, y otros que quieren ganar el asunto por simple codicia de obtener dinero que suponen darían los españoles cuando se encuentren los despojos de quienes fueron sus paisanos. Pero de toda la maraña, día a día, en nuestro ánimo se afirma la conjetura de que efectivamente el “Cuatro Vientos” cayó por aquí, y de que Barberán y Cóllar fueron asesinados. Aquí a la mano tengo una carta recién llegada de Antonino Avendaño –quien junto con Julio Díaz Ordaz, va a ayudarnos en la expedición—donde comunica que después de la venida de Díaz, gente de Mazatzongo, Zacatepec, Ovatero y Cayomeapan –lugares entre los que está el sitio donde cayó el avión—ha tomado medidas para impedir que nadie vaya por allá. Avendaño asegura que habrá necesidad de pasaportes oficiales para evitar que la expedición sea recibida por la mala. Parece que la gente de por ahí quiere ser la que localicé el avión antes que nadie, y están dispuestas a evitar, como sea, que se entremetan otros.

Mientras el calor y los mosquitos se dan gusto con nosotros, tendidos en cómodas sillas de campaña, recordamos todo lo que nos ha sucedido desde la salida de México. Fue un miércoles por la noche. Había de tomar el Ferrocarril Mexicano hasta Córdoba; allí transbordar al del Istmo hasta Tezonapa para seguir a caballo hasta Río Sapo, en la sierra de Oaxaca y Puebla; proseguir otra jornada a pie y a caballo más arriba de la sierra, para adentrarse allí en la jungla, hasta el lugar en que según todos los indicios cayó el “Cuatro Vientos”.

Nuestra odisea empezó cuando arrancó el tren. Íbamos equipados perfectamente con todo lo necesario: bagaje de excursionistas, medicinas, armas y una decidida voluntad.

Amanecemos en Córdoba. Un cafetín en la fonda de la estación, y ya estábamos a bordo del Ferrocarril del Istmo, rumbo a Tenozapa. Empezamos a meternos en donde esplende la vegetación, profusa, rica; pero la gente es pobre. Medran a la sombra de tanta riqueza, malbaratándola. Todo se da allí: café, cacao, maíz, todas las frutas. Por todas partes la tierra germina generosamente y por todas partes abunda la miseria, el paludismo, un nivel de vida bajísimo. Olguín, expresando su asombro ante tan generosa tierra, exclamó:

-¡Aquí uno arroja piedras y nacen árboles con mangos!

A Tezonapa llegamos en unas horas. Un pueblo como todos los pueblos fuera de la ciudad de México: un caserío desparramado, gente de huaraches...

Nos recibió don Samuel Alonso, un español con quien Díaz había hecho contacto, y que fue el primer signo de la hospitalidad que nos ha seguido en todo el viaje. Había que partir hasta Monte Alto y el hombre, en un gesto que sólo quien haga este viaje puede comprender su valor, nos había arreglado que un camión nos llevara hasta Monte Alto, por los malísimos caminos, evitándonos hacerlo a caballo. El gordito se puso feliz y sin más trámites nos arrastró a que subiéramos. Dejamos a Díaz con el chofer, y Olguín y yo nos fuimos en la plataforma platicando con un ayudante. A nuestra vista seguía una vegetación exuberante.

-Ya ve usted todo esto –nos empezó a decir nuestro acompañante-, quién sabe cuándo se podrá aprovechar como se debe. La tierra es buena, pero no hay quien la trabaje. Sí, repartieron las tierras, pero los agraristas no tienen con qué. De nada les sirven las tierras. Si antes tenían las tiendas de raya que no los dejaban liquidar sus cuentas, al menos no les faltaba qué comer. Ahora el banco los explota y cuando llegan a recoger su cosecha, siempre quedan debiendo más. La vida es muy dura y hay que ganársela a punta de balas. Y cuando repartieron tierras, a éste porque le tocó menos, a aquél porque le tocó más: empezaron las disputas y no tienen fin. Y mientras, la tierra pudriéndose. Quién sabe qué vamos a hacer. Cuando hay elecciones, vienen los políticos con grandes cartelones y nos echan discursos, prometen el oro y el moro. Y cuando salen electos, nunca más los volvemos a ver. Mire amigo, lo que se necesita es que den garantías: al que trabaje, que lo apoyen; al que no, que lo echen fuera. Así habría trabajo, riqueza... ¡pero eso no lo vamos a ver!...

Una violenta sacudida cortó su palabra: las mismas palabras de todas las gentes del campo. El carro se había atascado en el accidentado camino, lleno de lodo. Nos bajamos a

ayudar. Al filo del mediodía, cuando hacía un calor infernal, llegamos a Monte Alto, a la tienda de don Ignacio Hernández, un simpático jarocho, otra de las amistades del ya muy conocido por la región, Enrique Díaz, y que tenía preparadas las bestias para llegar a Río Tonto.

En dos famélicos caballos y dos mulas llenas de mataduras arreglamos nuestros arreos, nos despedimos y, acompañados de un silencioso ranchero, *El Güero*, don Ricardo Castillo, tomamos el camino a Río Tonto, para atravesarlo y seguir rumbo a la sierra.

En casa de don Manuel Reyes pasamos toda la noche. Nos despertó al amanecer la sinfonía campirana que tanto detesta el gordito: el mugir de las vacas, el quiquiriquí de los gallos, los ladridos de los perros, las mujeres en la cocina platicando a media voz. En el cielo todavía habían quedado trasapelados algunos luceros. La mañana estaba húmeda.

Nos ensillaron dos bestias y acomodaron nuestros equipajes sobre las cabezas de las sillas. Y como aquella mañana en que salieron don Quijote y Sancho Panza, así salimos nosotros con el bachiller Humberto Olguín y el simpático guía, el hijo de don Manuel, Manuel Jr., rumbo a Río Sapó, donde don Julio Díaz Ordaz nos esperaba con impaciencia, temeroso que de fueran a ganarnos la delantera para hallar el “Cuatro Vientos”.

A la tumba del “Cuatro Vientos”

El hombre desciende lentamente por la pequeña cuesta. Amarillo, seco, de mediana estatura, con una nariz extraordinariamente aguileña, ojillos rasgados y astutos, lacios bigotillos sobre labios prominentes. Un cotón oscuro sobre el cuerpo, que apenas deja ver la punta de los pantalones enrollados a los tobillos. Caminando pausadamente se acercó al grupo, que lo contempla en silencio. Saluda con su voz atiplada, dulce, y nos tiende la mano leve, blanduzca, con que saludan los indios. Estamos al fin en la cumbre de la sierra, frente al hombre que, según todas las versiones, sabe de la suerte final de Barberán y Cóllar: Bonifacio Carrera.

Pero algo pesa sobre el ambiente, que callan todas las bocas. Enrique Díaz, el dinámico fotógrafo de *Hoy*, siempre oportuno a la instantánea, está inmóvil con la cámara. Humberto Olguín, locuaz, jurisperito, que funge de fiscal, está mudo. Julio Díaz Ordaz, dicharachero, tan conversador, está silencioso. Los Avendaño –don Julio y don Antonino—nada dicen. Yo, siempre curioso, tengo liada la lengua. Nos ha enmudecido la misma punzante interrogación clavada en todos los cerebros: ¿es este el hombre que encontró el “Cuatro Vientos” y lo empujó a un

“sótano” de la montaña con la ayuda de varios secuaces?, ¿fue él quien asesinó bárbaramente a Barberán y Cóllar, despojándolos de todo lo que traían?

Ahí está frente a nosotros Bonifacio Carrera. Ahí está, inmóvil, esperando que lo interroguemos. Ahí está, ahí puede estar el secreto de lo que buscamos. Y sin embargo, ya lo sabemos porque ya vamos conociendo a los indios: él no nos dirá nada. Nada, porque además una fuerza secreta que se mueve misteriosamente, ha empezado a estorbar nuestra labor. Porque mientras nos hemos ido acercando más y más al lugar donde debe estar el “Cuatro Vientos”, las gentes no quieren decir nada. Nos han mirado con desconfianza, con miedo. Y en esa confesión tácita de que hay algo pero que no puede decirse, no podemos pescar el dato preciso, la confesión certera de este impresionante misterio.

La expedición tomó forma definitiva hace ya como dos semanas. Después de dos amables días en Río Sapo, abrumados por la gentilezas de la familia Díaz Ordaz –vive repartida en las dos fincas cafeteras de don Julián, el tronco de esta hospitalaria gente, que ha hecho de la hospitalidad un culto: Río Sapo y Cataluña-, llegaron los personajes que esperábamos para decidir la salida, para estudiar la ruta, para arrojarnos de una vez entre la selva a buscar el “Cuatro Vientos”.

Estreché primero la mano cordial, generosa, de ese gran caballero, que es don Julián Díaz Ordaz. Gordo, robusto, sanguíneo, con sus espejuelos montados en la frente, conversador infatigable, benefactor de la comunidad, padre de una familia ejemplar. Siguió don Julio Avendaño, macizo, retraído. Luego el tipo más pintoresco de toda la región: Antonino Avendaño. Con su enorme pistolón, pantalones cafés enfundados en unos recios tacos de cuero, con mechón de pelo hirsuto sobresaliendo en la cabeza, y un vozarrón, que junto con la pistola, atemorizan a todos los indios, don Antonino había explorado ya, poco antes, la región, y estaba seguro de que el avión estaba en El Boludo.

-Mire amigo –me dijo más tarde-, tenemos que encontrar el avión, porque no hay duda que está por aquí. Yo llevo un diario de todas las cosas que veo y oigo todos los días, desde hace veintitantos años, y tengo el paso del avión el 20 de junio de 1933. (Más tarde me lo mostró y tuve ocasión de verlo, efectivamente, anotado.) Yo estoy muy interesado en el asunto y sé que de las versiones que corren hay mucho de verdad. Mire, yo pienso mucho las cosas y lo que más me

ha convencido siempre, es que si fueran gentes como usted, civilizadas, que saben lo que es un avión, cómo son los aviadores, etcétera, las que hubieran dicho que habían visto a los aviadores, que traían guantes largos, velices aplastados, en fin, todo lo que se dice, no se lo hubiera creído, porque podrían inventarlo. Pero me lo han dicho indios que no hablan el castellano, que nunca han visto un avión, que no saben leer, que jamás supieron del vuelo de Barberán y Còllar. Cuando a mí me lo dijeron hombres que nunca han salido de la sierra, pues paré la oreja y me dije: aquí hay algo escondido. Desde entonces me he hecho el propósito de averiguarlo todo, y vamos a resolverlo; ya verá.

Después de comer, la conversación entró de lleno en el asunto de la expedición. Don Julián explicó que su único deseo era que la expedición tuviera éxito, que todo en lo que él pudiera ayudar, lo haría con mucho gusto.

La cosa se puso caliente cuando alguien señaló que el asesino era Bonifacio Carrera. Don Julio Avendaño protestó diciendo que eran calumnias. Que todos esos chismes los habían inventado sus enemigos para perjudicarlo. Que Bonifacio era inocente, que él estaba seguro de ello. Que ya habían perseguido a Bonifacio y que él había tenido que sacarle un salvoconducto del mayor Rábago para que lo dejaran tranquilo y no fueran a matarlo.

-No porque sea mi pariente es por lo que digo esto. Yo sé bien que él no tiene nada que ver en el asunto, y si no, ustedes lo verán.

Nosotros —Díaz, Olguín y yo— aclaramos que no íbamos como policías. Que nuestro interés era localizar los restos del avión, y que si había culpabilidades en el asunto, ya las autoridades competentes se encargarían de ello.

Al fin, salimos. Había que subir hasta Cataluña, la otra finca de don Julián, para surtirnos allí de todo lo necesario: machetes para los peones que irían abriendo la maleza, los cables para atravesar y descender a los profundos “sótanos” de la sierra donde se supone arrojaron o cayó el avión; lámparas de mano, frazadas, bastimentos, cigarros y otras muchas cosas. La ruta fue trazada de antemano. De Cataluña al rancho de don Julio Avendaño, donde recogeríamos a la gente que nos acompañaría. De allí, atravesando el río Tezapa, que limita a Oaxaca con Puebla, internarnos en este segundo estado, hasta Mazotzongo. Por último, ascender al cerro de La

Guacamaya, ya cerca del sitio señalado como la tumba del “Cuatro Vientos”. Allí, la búsqueda, tenaz, hasta donde fuera humanamente posible.

Después de trepar la empinada cuesta, atravesando “El Voladero”, un tramo cortado casi a pico donde con frecuencia se desbarrancan las bestias, llegamos a Cataluña, donde nos recibió la esposa de don Julián con las mismas atenciones, la misma hospitalidad que señorea las propiedades de la familia Díaz Ordaz.

Don Julio Avendaño salió esa misma tarde a su rancho “Unión Cinco Señores”, a preparar a la gente. Acordamos que lo alcanzaríamos al día siguiente. Efectivamente, un día después salimos por la mañana. Aparte de los representantes de *Hoy*, iban don Julio C. Díaz Ordaz, su cuñado Fernando Cienfuegos, su tío Jorge Aquino, el hombre impasible de la expedición y dos peones de la casa. También don Antonino Avendaño y su hijo Artemio, que nunca se despegaba de su padre para velar por su seguridad. Emprendimos la caminata por el pedregoso camino, a lomo de bestias, a paso descansado.

Empezamos a rodear cerros y más cerros. A subir tendidas cuestas. El buen humor nos contagiaba a todos, y se sentía un ambiente de optimismo. Seis horas de jornada y llegamos, bastante cansados, hasta el rancho “Unión Cinco Señores”, llamado así porque está en un gran terreno que el padre de los Avendaño repartió por partes iguales entre sus cinco hijos. Nos recibió don Julio. Comimos en su casa un sabroso mole oaxaqueño. Después del mediodía, agregados ya los peones que se habían contratado para acompañarnos, continuamos la marcha hasta las márgenes del río Tezapa.

Un primitivo puente colgante de setenta metros de ancho comunica a Oaxaca con Puebla. Pasamos al otro lado, y como el río estaba crecido, sólo fue posible pasar una bestia con muchos trabajos, para que llevara los bagajes. A Mazotzongo continuamos a pie, subiendo una dura cuesta que nos hizo sudar a chorros. Luego de tres horas de marcha forzada, extenuados, agotados por la ruda jornada, al atardecer, penetramos en Mazotzongo, el último poblado antes de llegar a la selva. Al fondo del pueblo, altivo, amenazador, se alzaba el cerro de La Guacamaya, escondiendo su secreto. ¿Podríamos arrebatárselo?

En la casa edilicia nos prepararon alojamiento a Olgúin, al gordito y a mí, sobre las mesas del síndico, del juez y del secretario. Los demás se tendieron en el suelo. A pierna suelta dormimos, a pesar de estar sobre mesas venerables de la justicia. Nos levantamos temprano y salimos al corredor, donde había una animación extraordinaria en el pueblo. Se habían acercado los curiosos y presenciaban los preparativos de la expedición. Pero había algo raro en todo el ambiente y no me agradaron mucho las miradas con que nos veían. Don Julio había agregado a la expedición a tres tipos de Mazotzongo quienes, dijo, eran los que acusaban a Bonifacio. Que los iban a llevar para allá, para que, frente a frente, dijeran lo suyo.

Después de un suculento desayuno, emprendimos el viaje rumbo a La Guacamaya. Al salir, incidentalmente me enteré de una noticia que me dejó asombrado: alguien, muy poderoso, había enviado órdenes a Mazotzongo para que nadie hablara con nosotros, y si lo hacía, “que no fuera a decir nada”. Esa noticia hizo que mi corazón diera un vuelco, pero estaba tan entusiasmado, tan lleno de ganas, como mis compañeros, que no le hice aprecio para que no aminorara mi euforia. Y preferí arrojarme con decisión a paso rápido tras el angosto camino que subía hasta La Guacamaya, hacia el misterio apasionante del “Cuatro Vientos”.

Íbamos a entrar a la selva. La vereda hecha en la falda del cerro por los naturales del lugar, se empinó hasta trepar con la fiera maleza del cerro, abrupta, amenazadora. La expedición hizo alto y se repartió en tres grupos. En el primero caminaban tres indios al frente —con la moruña (así le dicen al machete) lista para abrir la brecha—y les seguíamos don Antonino, don Julio Díaz Ordaz, Humberto Olgúin, Fernando Cienfuegos y yo. En el segundo iban los indios que llevaban los bagajes. El tercero, que iría más lentamente porque allí iba el gordito Díaz y dada su corpulencia tendría que ir despacio, estaba compuesto por todos los demás. A una orden, la marcha se inició. Otros hombres habrían recorrido antes el mismo camino y estaban las huellas, casi perdidas por la feroz vegetación, de un sendero abierto a la orilla de un continuo precipicio. Había piedras y mucho lodo. Era necesario poner toda la atención en cada pisada, pues un descuido podría a uno arrojarlo ladera abajo, a la muerte segura. Escuadrones de mosquitos voraces se agregaron a la comitiva, sin darnos un momento de paz. Caminábamos entre una de las más extrañas plantas, árboles gigantes, lianas retorcidas, enredaderas por todos lados, que daban la sensación de ser víboras acechando el paso del hombre para lanzarse sobre

él. No veíamos el cielo, tapado por la abundante vegetación, y sólo sentíamos el impresionante rumor de la selva, compuesto de todos los sonidos.

Un profundo misterio empapaba el ambiente y el corazón, latiendo apresuradamente, quería salirse del pecho. Nadie hablaba. Cuando el hombre penetra en la selva, enmudece: se vuelve puro sentido. Los tres indios al frente usaban el machete con presteza, de un lado a otro, y la marcha se fue acelerando, hacia arriba. Olgúin y yo, no acostumbrados a tan rudas caminatas, empezamos a desfallecer, a sentir que las piernas no respondían, que la vista se ponía turbia y las pulsaciones se aceleraban fantásticamente. Estábamos empapados en sudor y sólo por un excesivo amor propio, como si hubiéramos hecho un pacto mutuo, nos resistíamos a pedir un descanso. Adelante, adelante. Primero un pie, luego el otro. Otro. Otro. Empecé a sentir un profundo deseo de arrojarme a la orilla, de rodar por la ladera hasta abajo, para descansar, para sentirme tendido en el suelo, sin movimiento, aunque me destrozara. A pesar de ello, seguía caminando como un autómatas. Mi cerebro había perdido la noción del movimiento, y sin embargo, el instinto, que se aguza en el peligro, movía mis piernas precisamente poniendo mis pies dentro del senderillo, nunca a un lado.

Habíamos perdido la noción del tiempo y parecía que hacía siglos que estábamos caminando. Adelante, adelante. Primero un pie, luego el otro. Subir aquí, bajar, subir, siempre adelante, siempre hacia arriba... La voz de don Antonino dio orden de alto. Un descanso. Nos arrojamamos al suelo, nos untamos a la tierra, chorreando sudor que quemaba la piel.

El esfuerzo había sido tremendo. Los demás se habían quedado atrás y no los veíamos. Comimos unas naranjas y dimos unos tragos de toronjil: ¡Qué sabroso!

Proseguimos la jornada entre la selva, hora tras hora, uno tras otro, siempre por el pequeño sendero a un lado de la empinada cuesta, sorteando los troncos atravesados, las lianas que se nos enredaban en la cabeza, evitando las ramas espinosas que nos rasgaban la ropa, saltando las lajas resbaladizas, impacientes por llegar a la cumbre, hasta la joya de La Guacamaya, el cafetal escondido en plena selva, en la cumbre, donde vivía Bonifacio Carrera.

Habíamos hecho ya varios descansos, y por fin, de repente, como si hubieran cortado de tajo todo un pedazo de la selva, salimos a un claro fantástico, como una cuenca de ensueño, que allá al fondo, llegaba a la orilla del cerro y se perdía en el vacío. Allí estaba el cafetal. A los lados se veía la salvaje vegetación de la selva, como rodeando en un brazo a todo el cafetal, hasta

perderse arriba, de un lado y de otro, en los pequeños montes del cerro abierto por en medio. Se nos olvidó el cansancio, respiramos a pulmón lleno, y con una nueva energía penetramos adentro, hasta allá abajo, en una pequeña choza levantada al centro. ¡Estábamos en la cumbre de La Guacamaya! Era un lugar de fantasía. Parecía que allí el tiempo se había detenido. Como si en ese sitio hubieran vivido gentes hacía muchos siglos y todo de repente se hubiese paralizado para dar paso al misterio, a la ilusión.

Un jurado en la expedición

Don Julio Avendaño tenía interés en que les preguntáramos a todos para que, como él decía, nos convenciéramos de que todo eran patrañas inventadas por enemigos de Bonifacio para perjudicarlo. Habíamos llegado a La Guacamaya después de oír, allá abajo, una serie de versiones que variaban en los detalles, pero que coincidían en un punto: que Bonifacio era el asesino. Y como cosa curiosa, nos enteramos de que las versiones habían tomado fuerza a últimas fechas, a tal grado que de los pueblos cercanos a las tierras donde como fiera acosada ha vivido Bonifacio y su familia, se habían organizado ya tres expediciones que quisieron saber la verdad, usando la fuerza.

Las dos primeras, una en diciembre y la otra en enero, no habían podido pescar a Bonifacio. Le pudieron agarrar en la última, que fue en febrero de este año. Pero la presa se les había escapado, y del hermano y de la madre, aunque por ahí decían que cuando les aplicaron tormento, la anciana clamaba: “¡ya digan dónde están esos fierros para que nos dejen en paz!” Al fin no sacaron nada y tuvieron que regresar sin resolver el misterio. Por eso don Julio Avendaño, cuando Bonifacio llegó con él después de haberse escapado, le había sacado un salvoconducto del mayor Rábago para que sólo pudieran aprehenderlo con una orden de las autoridades competentes.

Una de las cosas que más pensativo me dejaron, cuando oí a tantas personas que evidentemente estaban convencidas del asesinato de los pilotos hispanos, fue la de que hasta después de ocho años empezaban a darle importancia al suceso. Hasta mucho después pude explicármelo. Sucede que por estas regiones la vida humana no tiene precio. Se mata y se mata por esto o por aquello, y ya el saber que alguien ha sido asesinado, no provoca asombro. La costumbre es que se muera así. Es difícil oír, cuando hablan de algún difunto, que digan que

murió de esta o aquella enfermedad. Siempre dicen: “Cuando a Fulano lo mataron”, “cuando mataron a Zutano”, etcétera. Y el asesinato de Barberán y Cóllar entraba dentro de esa bárbara visión de la vida que impera por acá. Eran nada más dos hombres asesinados, a dos que les tocó la de morir, y ya. Claro, porque la ignorancia, la incivilización que medran adonde no hay escuelas –aquí no las hay-, que fructifica donde no hay caminos –aquí no los hay-, sepultó todas las entendederas de los indios que Barberán y Cóllar eran dos hombres que habían realizado una proeza heroica, y que por ese sólo hecho sus vidas eran sagradas. La noticia adquirió importancia cuando llegó hasta las gentes civilizadas. Pero ya habían pasado muchos años, y entonces sucede lo que aquí ha ocurrido: que la versión original es deformada, agrandada, cambiada.

Nosotros oímos muchas cosas. Llegamos a oír hasta a alguien que decía –y nos hubiéramos reído sino hubiera nacido probablemente de un drama tremendo—que el que había venido en el “Cuatro Vientos” era Azaña, y que a él era a quien habían asesinado. Por siempre estaba latente un asesinato. Y en el noventa y nueve por ciento de los casos, Bonifacio era señalado como el autor principal. Pero sobre todos, era imposible desasirse de la certeza de que el “Cuatro Vientos” cayó por aquí.

Para tratar de sacar algo de este desconcertante misterio, fue para lo que, ayudados más bien por las circunstancias que por una idea premeditada, se erigió el extraordinario jurado en el que acabamos de oír a los señalados como personajes centrales de este drama cuyo fin aún ignoramos. Fue hecho sin pretensiones de llegar al fondo de la verdad, porque había elementos contrarios, fuerzas opuestas contra las que hubiera sido inútil luchar. Sobre todo, el principal estorbo: que casi nadie habla o finge no saber el español.

-Por eso tener yo miedo, soy ignorante. Si me matan por ahí, puro monte –exclamó Bonifacio después de contar cómo en enero, después de dos veces fallidas, lo habían aprehendido.

Sentados junto a su hermano Andrés, al frente de nosotros que estábamos alrededor de una tosca mesa de madera, nos observó atentamente. Le preguntamos qué sabía del “Cuatro Vientos”. Bonifacio dijo no saber nada, absolutamente nada, pero que lo habían secuestrado para que dijera dónde lo había escondido. Que qué iba a decirles, si no sabía nada. Que todo eran cosas de sus enemigos, que habían corrido la versión para perjudicarlo, para sacarle dinero. Que

habían ido tres veces, y la vez que se escapó, a su hermano le habían tirado un balazo que le rozó la cara y le perforó el sombrero. Que a su madre y a su mujer las habían colgado y que él había llegado hasta la casa de don Julio Avendaño a pedirle ayuda. Repitió que era inocente y que estaba dispuesto a entregarse a las autoridades. Que don Julio Avendaño, seguro de su inocencia —y de que todas las versiones que lo acusaban eran de gentes que le tenían envidia y querían sacarle dinero—, lo había ayudado. Acusó a Sixto Carrera (con quien no lo une parentesco alguno), allí presente, de haber sido el guía de la última expedición que había invadido sus terrenos.

Interrogamos a Sixto que, nervioso, escuchaba a Bonifacio con una mezcla de temor y desconfianza. Aceptó que había venido las tres veces, en diciembre, enero y febrero, pero que lo habían traído a la fuerza, pues suponían que él sabía el camino. Que él no sabía si el avión había caído aquí, pero que sí lo había oído decir.

Volvimos a Bonifacio. Le rogamos nos dijera todo lo que supiera anteriormente a la fecha de las últimas expediciones, desde que todos oyeron pasar el avión. Se aferró insistentemente a que nada sabía, que él no escuchó el avión. Lo ayudó su hermano en mazateco —así se llama el dialecto que hablan—reafirmando, en síntesis, que lo único que sabían era que tres veces habían ido tres expediciones a buscar el avión y los cadáveres a sus tierras. Que los habían amenazado, torturado, pero que no sabiendo nada, nada podían decir. Que las dos últimas incursiones habían sido guiadas por Sixto Carrera y Luis Rico, ambos allí presentes. Que Luis Rico se había casado con una muchacha, Crescencia Carrera, que había adoptado la mamá de Bonifacio y que la había abandonado. Preguntado Rico, aceptó haber ido, pero también aseguró que lo habían llevado a la fuerza. Y que no sabía nada más, absolutamente.

Y todo mundo igual. Nadie sabía nada más. Preguntamos más y más, y nadie quiso salir del tema de las expediciones. Después de largo tiempo en que vimos que todos nuestros interrogatorios eran inútiles para sacar más datos, suspendimos la sesión.

Creo que en ese momento, Olguín, Díaz, Díaz Ordaz y yo, tuvimos un gran desaliento. Por ese instante, todo nuestro enorme entusiasmo por localizar al “Cuatro Vientos” se nos vino abajo. En un medio hostil, después de pasar privaciones sin cuento, acabamos de comprender una situación que no conocíamos: el “Cuatro Vientos” no sólo estaba sepultado por el tiempo; también por una raza que todo lo esconde y que sabe el secreto de callar. Había que sondear no

sólo la selva voraz, sino también el corazón de sus moradores. Y en la primera tentativa, habíamos salido derrotados.

Fue cuando apelamos a don Julio Avendaño, desconcertados, abatidos, y no porque aparentemente Bonifacio resultara inocente, pues no llevábamos ningún deseo premeditado de que lo fuera, no, sino porque había en el ambiente, en toda la gente allí presente, un algo impreciso, un no sé qué, que sin previo acuerdo, nosotros pudimos observar: había mucho oculto que no se nos había dicho, y era desesperante sentirlo y no poder agarrarlo.

-Yo hablo poco –contestó don Julio Avendaño a nuestra petición de ayuda para que nos orientara-; hablo poco, pero en serio. Yo siento mucho que hayan tenido que pasar tantos sufrimientos a los que no están acostumbrados para tener que venir hasta acá para convencerse de lo que yo estaba convencido. Pero yo no podía evitarlo, porque hubiera parecido que, como dicen, yo estoy tapando este asunto. Creo que lo mejor es que se regresen, pues la mera verdad, aquí no hay nada, como ustedes ya se habrán convencido. Déjense de dificultades que se están buscando sin necesidad.

Alegamos que todo eso debió habérselo dicho allá abajo. Que el compromiso era buscar el avión, y que si habíamos venido, era porque todos estábamos de acuerdo en que por aquí estaba. Que sí –y qué podíamos decir en aquellas circunstancias—estábamos aparentemente convencidos, pero no lo suficiente para abandonar el asunto por completo.

Él estimaba que ya era suficiente, que no tenía más que hacer sino regresarse. Ahora, que si nosotros queríamos seguir por nuestra propia cuenta y riesgo, que “allá nosotros”, que él no quería cargar con las responsabilidades de todos los peligros que podían venírseles encima.

Sabíamos bien que regresándose él y su gente –casi la totalidad de los peones contratados para acompañarnos-, nosotros tendríamos que hacer lo mismo, por lo inútil de correr el peligro de quedarnos solos, atentos a nuestras propias fuerzas, incapaces para salir con vida de aquellos sitios y sin deseo de hacer sacrificios estériles. Como única salida para quedarnos un poco, le pedimos que se quedara unos días más, mientras buscábamos por todo el cafetal, donde se decía que habían sido enterrados los pilotos. Así por lo menos sí podíamos llegar a convencernos de que las versiones eran fábulas.

Después de largos convencimientos sólo aceptó quedarse un día más y salir la mañana siguiente. A pesar de que un solo día para buscar en la grande joya rodeada de tupida maleza, de

salvaje vegetación, era absolutamente nada para hacer una búsqueda completa, la expectativa que de algo inusitado nos ayudara y la ventaja de contar con un día más, levantó un poco nuestra esperanza.

Le explicamos que queríamos absoluta libertad para buscar en todas partes. Como una de las versiones que más corrían era que los cadáveres estaban enterrados debajo de un asoleadero que Bonifacio había hecho después de la tragedia, más abajo del cafetal, dijimos que era necesario escarbar allí.

Él nos dijo que podíamos buscar donde quisiéramos. Que Bonifacio aceptaba que el asoleadero fuera levantado.

Con una febrilidad inusitada, esperanzados de nuevo, pusimos todo en movimiento. La mañana estaba ya entrada y el tiempo era precioso. Había que aprovecharlo. Jamás en mi vida he sentido tanta impaciencia, tanta emoción, como aquella vez. ¿Cuál iba a ser el resultado de nuestra exploración? ¿Lograríamos encontrar algo? ¿Regresaríamos derrotados? Eso fue lo que todos corrimos a averiguar, con el alma en un hilo. Un hilo cuyas horas estaban contadas...

Un instinto desconocido nos empujó a todos abajo del cafetal, hasta donde la selva había logrado apoderarse nuevamente de gran parte del terreno en que la desalojaron alguna vez. En un sitio no muy grande, había un claro, en el cual estaba una choza, y enfrente, separada por una maleza huérfana, junto a un pozo ya tapado estaba el famoso asoleadero.

El mismo don Julio comisionó a los peones efectuar la excavación. Indios macizos, sudorosos bajo el sol, empezaron la tarea con rudimentarias herramientas. Bonifacio Carrera llegó poco después, silencioso, y frente a nosotros, observó impenetrable, impasible, la destrucción del asoleadero. Yo lo observé atentamente, tratando de descubrir algo en sus ojos, en su actitud. Pero no pude vislumbrar nada. Mientras la tierra excavada iba dejando un gran hueco, nos dimos cuenta de que estábamos perdiendo el tiempo. Había que aprovecharlo buscando por otro lado.

En ese momento fue cuando Sixto Carrera, silenciosamente, sin avisar a nadie, dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la tupida maleza, donde se alzaban árboles gigantes, plantas extrañas, lianas. Todos nos hicimos la misma pregunta: ¿a dónde iba? ¿Quería llevarnos a algún sitio determinado, sin avisarlo, para no comprometerse?

Olgún se acercó a mí y me dijo que la cosa estaba sospechosa, que iba a seguirlo. Quedamos en que yo me quedaría vigilando los trabajos de excavación en el asoleadero. Vi cómo Sixto se perdió entre la maleza, y detrás de él don Antonino, su inseparable hijo Artemio, Julio Díaz Ordaz y uno de los peones que él había traído. Mis ojos se fueron tras ellos, mientras el corazón se me saltaba del pecho. Los peones, entretanto, seguían escarbando, ante la mirada de don Julio Avendaño y de Bonifacio. Habían llegado también su hermano Andrés y otros peones de los Carrera. Todos estaban inmutables, tranquilos. Un ansia me devoraba y no pude vencerla. Corrí hasta la maleza, por donde habían desaparecido los que seguían a Sixto Carrera.

Orientándome por las huellas de la maleza destrozada por los machetes, me adentré también en lo que ya era pura selva. Con una agilidad desesperada, caminaba lo más aprisa posible. Al rato oí voces. Un momento después los había alcanzado. Estaban todos en derredor de un hoyo ancho, que a tres metros de profundidad tenía varios troncos de árbol atravesados de un lado a otro. Abajo, a los lados, se abrían dos negros agujeros cuyo fin no se presentía. Ramas y troncos más pequeños estaban a los lados, como aventados a propósito. Arriba se veía cómo habían sido cortados varios arbustos. En las caras de todos se sugería la creencia de que allí había algo. Sin decir nada, nos contagiamos de la misma idea: ¿habrían arrojado los cadáveres allí y luego habían tapado con árboles derribados a hachazos?

Los murmullos expresando la sospecha de que allí había algo, crecieron, tomaron forma en don Antonino Avendaño. Hombre nervioso, impulsivo, arrojado, sin más ni más se amarró de la cuerda que había sido llevada con ese fin, pues ya se había hablado de la gran cantidad de pozos —sótanos les dicen por acá— perdidos en los alrededores del cafetal, y bajando hasta los troncos atravesados en el centro, como punto de apoyo, con una lámpara de mano, pidió que soltaran la cuerda.

En realidad, la situación era impresionante. La nerviosidad que nos envolvía a todos, hizo que su hijo Artemio, con voz sobresaltada, le dijera:

-¡Papá, no baje usted, eso está muy feo y la va a suceder algo!

Don Antonino, con su vozarrón, insistió en que se le soltara la cuerda. Así pudo acercarse a los agujeros de los lados. Todos seguíamos desde arriba, ansiosos, expectantes, sus maniobras. Pero los resultados fueron negativos, no podía hacerse más.

Cuando don Antonino estuvo otra vez arriba, nuevamente la desilusión se había apoderado de nosotros. Pero una fuerza interior nos impelía a seguir adelante, aunque fuera por desesperación. Y pasando de una emoción a otra, de la sensación de la victoria a la derrota, de la desesperanza a la del optimismo, sin ningún acuerdo previo, hechos todos un grupo que había crecido con la presencia del gordito Díaz, de Fernando Cienfuegos y de don Jorge Aquino, seguimos adelante, entre la feroz maleza siempre tratando de obstruccionarnos el camino. Se habló de que por allí cerca había más pozos, y tras su búsqueda caminábamos ansiosos, deseando alargar el tiempo.

Llegamos a una cueva, oscura, sombría. Nuevamente don Antonino se amarró la reata a la cintura y con la lámpara en una mano y el machete en la otra, se adentró, mientras nosotros, en la boca del sótano, prendidos de la cuerda, íbamos escuchando sus palabras que expresaban lo que iba viendo. Tampoco nada. La desesperanza se apoderó otra vez de nosotros. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir?

Sixto Carrera y Humberto Olguín habían desaparecido, metiéndose más adentro de la maleza. Los demás, a la puerta de la gruta, nos sentamos a descansar un poco. El desaliento cundía. Alguien habló de regresar al asoleadero. Como autómatas, todos nos pusimos en pie y empezamos el retorno, despacio, como no queriendo llegar nunca.

Atrás de nosotros, por rumbo impreciso, sonó el silbato de Humberto Olguín. Habíamos llevado silbatos para esa contingencia: avisar dónde estábamos, pues la vegetación por lo cerrada, no dejaba ver a un metro de distancia. Grité inquiriendo qué sucedía. El silbato sonó de nuevo. Destanteados, sin saber qué pensar, regresamos sobre nuestros pasos tratando de seguir el camino de Sixto Carrera y Olguín. El silbato volvió a sonar, pero por otro lado. Pronto pudimos oírlos hablando en voz alta. La voz de Humberto, sonora, nos indicaba el sitio por donde estaban. Al fin, los localizamos.

Se intensifica la búsqueda

¿Tenemos acaso, en nuestras propias manos, los restos de los infortunados pilotos españoles? ¿Son los despojos de Barberán y Cóllar estos vestigios óseos que Olguín encontró a veintidós metros de profundidad, en un “sótano” escondido en plena selva, y al que nos llevó, sin decirnos nada pero extraordinariamente nervioso, Sixto Carrera? ¿Son la prueba del abominable

crimen estos huesos a cuya vista, evidentemente Bonifacio Carrera trató de desviar sus miradas? Ninguna de estas peligrosas y tremendas interrogaciones hemos podido resolver todavía. Y, sin embargo, nadie nos podrá quitar de la cabeza que allá en la punta del cerro de La Guacamaya se esconde el secreto sobre la desaparición de los tripulantes del “Cuatro Vientos”.

Cuando Humberto Olguín fue sacado del tenebroso antro y mostró los huesos que con grandes dificultades pudo extraer de un socavón hecho dentro del mismo pozo, todos los reunidos alrededor de la grieta mimaron lo que parecía comprobar sus pensamientos, sus sospechas íntimas, sus propias versiones. Hubo, en ese aplastante silencio que recibió a Olguín, como una acusación colectiva, muda, expresiva, contra “alguien” cuyo nombre no podía decirse; sobre “algo” que no podía contarse.

Nadie pareció darse cuenta de que teníamos encima un violento aguacero y de que hacía muchas horas que no habíamos comido. Aunque todos los ojos hablaban y todas las miradas eran interrogaciones nerviosas, asustadas –y todas las actitudes eran sintomáticas de un profundo deseo de hablar, de hacer confesiones, de hacer preguntas-, nadie se resolvió a desembarazarse de esa cosa que pone nerviosos, intranquilos, a todos los hombres que palidecen cuando se les habla del “Cuatro Vientos” y tiemblan cuando pregunta uno si fueron asesinados Barberán y Cóllar.

Toda la tarde estuvo lloviendo. Tuvimos que encerrarnos en una choza sin poder proseguir los trabajos de exploración. Pero como si hubiera habido un acuerdo colectivo, nadie quiso tocar el tema que nos había llevado hasta allá, y menos referirse al sorprendente hallazgo de los huesos. Ni una sola palabra. La conversación giró sobre temas muy distintos, y nosotros, viendo que era inútil tratar de desviarla por otro lado, nos dejamos llevar por la corriente. De todos modos, se notaba una nerviosidad general, como consecuencia de que los pensamientos íntimos de todos los que estábamos allí, eran en verdad sobre el asunto del “Cuatro Vientos”.

Humberto Olguín y el gordito Díaz, con gran asombro de los indios que no podían comprender qué cosa era, se pusieron a jugar ajedrez, el mismo ajedrez que el gordito no olvidó nunca llevar consigo.

Yo estaba rendido, tanto por las caminatas como por las emociones pasadas, y me tendí sobre un petate, somnoliento, torturado por mil ideas, tratando de desenmarañar toda la maraña en la que estábamos metidos.

En un rincón, Julio C. Díaz Ordaz, Fernando Cienfuegos, Jorge Aquino y Artemio Avendaño se pusieron a jugar “conquián” con una baraja que alguien había llevado. Antonino también se había recostado, quejándose de un dolor que no lo dejaba en paz. Don Julio Avendaño, sentado en un cajón, cerca del marco de la puerta, permanecía silencioso, a ratos mirando la partida de ajedrez, a ratos hablando en “la idioma” con este o aquel indio. Ni una palabra nos había dicho acerca del suceso del día.

Así anocheció sin que la lluvia cesara. Después de cenar, todos nos acomodamos, repartidos en el estrecho espacio de la choza. A un extremo dormíamos Olguín, Díaz y yo, y al otro los demás. De nueva cuenta, un silencio total había enmudecido todas las bocas.

Nosotros hicimos un cónclave, mascullando las palabras entre dientes para que se quedaran entre nosotros. Decidimos hablar con don Julio Avendaño y ponerlo en conocimiento del hallazgo, aunque él ya lo sabía, a ver qué pasaba.

Lo llamamos y se acercó hasta nuestros petates, muy interesado. En voz baja, mientras todos los demás, al otro extremo, guardaban gran expectación, empezamos por advertirle que se había presentado una situación muy delicada de la que queríamos enterarlo. Que Olguín había hallado huesos humanos (debo advertir que aunque nosotros no teníamos la seguridad de que fueran humanos, pues para eso era necesario un examen científico, lo suponíamos por nuestras deducciones) y que eso complicaba la situación extraordinariamente. Que nosotros tendríamos que poner eso en manos de las autoridades, pues era necesario que se aclarara por qué estaban en el fondo de un “sótano”, lo cual era muy sospechoso. Que nosotros creíamos que Bonifacio sabía más de lo que decía saber, y que creíamos que él, don Julio, aprovechando su influencia y el respeto que le tenía Bonifacio, debería interrogarlo seriamente.

Él empezó un poco distanteado, diciendo que le habían contado lo de los huesos. Bonifacio le había comunicado que una vez su mamá había arrojado a ese “sótano” *dos perros muertos*, hacía ya tiempo.

-Pues sí, ¡pero lo grave de la situación es que estos son huesos humanos! –afirmamos nosotros, mientras don Julio fruncía el ceño dando muestras de gran desconcierto y perdiendo su acostumbrada calma, cosa inusitada en él.

Meneando la cabeza de un lado a otro, invadido por la preocupación, aceptó que a lo mejor Bonifacio lo había engañado, que volvería a hablar con él; pero que... quién sabe, que a ver, en fin, que la cosa estaba seria, que él no entendía, que la situación parecía grave, que quién sabe qué iba a suceder, y así por el estilo: una serie de frases deshilvanadas, muestras de un estado de ánimo que no pudo ocultar.

Se retiró a su sitio y observamos que contra su costumbre de quedarse dormido prontamente, continuó mucho tiempo despierto, fumando con nerviosismo, sin decir palabra. De igual forma todos los demás, parecían estar dormidos. Nosotros nos acostamos silenciosamente, sin hacer comentarios, esperando con ansia que llegara el día siguiente.

Fue una noche en que la misma nerviosidad no nos dejó dormir tranquilos. En la madrugada, accidentalmente, vimos cómo don Julio Avendaño salía con Antonino, con sigilo, y alejados de la choza, sostenían una plática que debió haber sido muy larga.

Al despertar, todavía un poco adormilados, don Julio se paró en el umbral de la puerta, con el sombrero puesto, en una actitud que difería notablemente de su intranquilidad nocturna, para decirnos, a boca de jarro, sin más explicaciones y con un gesto rudo, que estuvo a punto de ser violento:

-Bueno señores, como he notado que hay un gran ambiente de desconfianza hacia mí; como veo que se me toma como uno de los que quieren tapar este asunto, y no quiero adquirir más responsabilidades, ¡en este mismo momento me marcho con toda mi gente!

El baño de agua fría que recibimos fue tan intempestivo, que de pronto no entendimos qué sucedía.

-Además, no quiero que las gentes de Mazotzongo me vayan a tomar como un chismoso y vayan a creer que yo he sido el que ha organizado todo este lío. Eso de los huesos no tiene importancia: son huesos de unos perros que arrojaron ahí. No voy a permitir que traten de vejar a mi raza. Yo soy hombre que anduvo en la revolución y no me da miedo. ¡Estoy dispuesto primero a que me lleven al paredón!

Y presa de un exaltamiento inesperado, don Julio Avendaño nos hizo ver que su decisión era inquebrantable: había que regresar. Había que regresar a medio camino, cuando cada minuto que pasaba era una prueba más de todo lo que se nos estaba tratando de esconder. Había que regresar. Bien. Regresaríamos, pero no derrotados. Habíamos visto demasiado. ¡Ya volveríamos más tarde por el “Cuatro Vientos”.

Bonifacio aceptó saber del “Cuatro Vientos” a los quince días de su desaparición, en 1933. Estaba de policía en Mazotzongo y dijo que llegó una orden superior para que todos los vecinos hicieran búsquedas entre la abrupta serranía, por si el avión había caído por esos rumbos. Bonifacio no participó en ninguna. Ha oído versiones que lo acusan de ser el asesino de Barberán y Cóllar y recuerda lo de las expediciones a su cafetal, en una de las cuales fue secuestrado y pudo escapar. Esa vez, cuando él se lanzó a correr por el monte, los hombres que le habían pescado cogieron a su hermano Andrés y lo colgaron de los dedos cerca de una hora. Lo soltaron y, como no decía nada, lo volvieron a colgar, hasta que quedó privado por el dolor.

Fueron entonces por la madre y, arrastrándola de las trenzas, se la llevaron abajo del cafetal, diciéndole que su hijo había muerto por callar lo que sabían, que dijera mejor dónde estaba el aparato. Ella, al callarse, o al explicar que no sabía, fue colgada, con las manos cruzadas, mucho tiempo, hasta quedar desmayada.

Todos estos acontecimientos nos fueron narrados por los Carrera y su madre, en el segundo interrogatorio que pudimos hacerles.

Pero ni una palabra más acerca del “Cuatro Vientos”. Fue cuando saqué los huesos encontrados en el “sótano” y los puse ante la vista de Bonifacio, preguntándole si sabía de quiénes eran. Él negó, pero dio síntomas de nerviosidad al verlos. Se aclaró lo de los perros muertos arrojados en el “sótano”, pues la viejecita dijo que ella sólo había tirado uno, y no en un pozo sino en la maleza.

Hacia un triunfo periodístico

Cuando regresamos a Río Sapo, después de la primera incursión hasta el cafetal de Bonifacio Carrera, nos apalabramos con don Antonino Avendaño, quien había mostrado muy buena voluntad de ayudarnos y aceptó levantar la gente suficiente para reiniciar la marcha hasta

la región de los hechos, así como para comandarla. Nuevamente recorrimos el mismo camino, hasta llegar al rancho “La Paz”, situado cerca del río Tezapa, donde tendríamos que cruzar el puente colgante de setenta metros que une a Puebla y Oaxaca. Una mañana montamos las bestias de la comitiva, y a una orden de don Antonino, iniciamos la marcha. Pero apenas saliendo de su rancho, vimos venir a nuestro encuentro a don Julio Avendaño, que en la ocasión anterior había encabezado la expedición y que al fin había cortado la búsqueda en La Guacamaya.

Nos dijo que sentía mucho venir a darnos una mala nueva, pero que esa mañana, por lo crecido del río, la hamaca o puente colgante, había sido arrastrado por la corriente y no había manera de cruzar. Aquel contratiempo era tremendo. Eso nos obligaría a perder una semana en bajar otra vez de la sierra para atravesar el río en balsa. Nos regresamos a la casa de don Antonino, y fue allí donde ya las sospechas nacidas acerca de que fuera Julio Avendaño el hombre que no quería que el asunto fuera revelado, tomaron más fuerza, pues dos compañeros que fueron hasta el río se convencieron, por sus propios ojos, de que la hamaca había sido tirada adrede, como podía verse por la forma en que estaba cortada. Este dato lo confirmamos más tarde, por otros sitios, cuando un arriero contó que él había visto cómo gente de Julio Avendaño había tirado la hamaca precisamente el día en que íbamos a pasar por ella.

Julio Avendaño insistió mucho en que dejáramos hasta ahí las cosas. Nos hizo ver que corríamos grandes riesgos y que él sabía de gente armada que trataba de perjudicarnos. Todo esto, siendo él nada menos que el amo de la región. Aún más: se disgustó profundamente con su hermano Antonino porque estaba dispuesto a acompañarnos y ayudarnos.

Pero Antonino, que sabe cumplir su palabra, a pesar de todo, nos acompañó. Regresamos tras una dura jornada, hasta un punto llamado Dolores, donde haciendo varias balsas de jonote — un árbol de extraordinaria ligereza— pudimos pasar al otro lado, y remontar el río hasta subir a La Guacamaya.

La llegada a la Guacamaya fue impresionante, pues el cafetal enclavado en la punta del cerro, adonde habíamos erigido unas semanas antes aquel jurado inusitado, estaba vacío de gente: todo el mundo se había ido, dejándolo en un completo abandono, al saber la noticia de nuestra llegada. Así pues, nos instalamos en el lugar, repartidos por grupos, en tres chozas de las que hay allí.

Al día siguiente, iniciamos la más frenética y ruda búsqueda por todos los alrededores. Siguiendo todas las versiones sobre el sitio en que había caído el avión, buceamos desesperadamente, hora tras hora, lugar por lugar. Lo mismo por entre la selva que se extiende al fondo, como por aquellos lugares de escabrosa vegetación, rebelde al paso del hombre. Cincuenta machetes se movieron sin tregua, fieramente, abriendo brecha por todas partes, dejando al descubierto lo que era estrecha espesura.

De un sitio al otro, nos movimos afanosamente. Todo fue buceado, atravesado. Por las tardes, regresábamos rendidos, agotados, hambrientos, muchas veces heridos. Por una semana entera, día tras día, sin cejar, buscamos infructuosamente, hasta el punto en que grandes dudas empezaron a apoderarse de nosotros.

Fue cuando decidí hacer una pequeña expedición a Mazotzongo, adonde han vivido los principales personajes del terrible drama. Mazotzongo está en el estado de Puebla, frente al límite con Oaxaca que es el río Tezapa. Del otro lado es donde vive Julio Avendaño, cuya autoridad se extiende hasta Mazotzongo, pues las autoridades de allí, insignificantes y débiles, no tienen más remedio que plegarse a su voluntad. De este lugar salieron las primeras versiones del asesinato de Barberán y Cóllar, y es allí donde ha habido grandes amenazas para los que digan una palabra del asunto.

Acompañado de Mancilla, de Sixto Carrera, así como de dos ayudantes que pedí a Antonino para un caso de emergencia, bajamos la estrecha vereda que sube hasta La Guacamaya. Después de varias horas de ruda jornada, llegamos hasta el minúsculo lugar donde han vivido los intérpretes del horrible drama.

Nos acercamos a las autoridades, encarnadas en el regidor Moisés Martínez. Después de explicarle que desechara sus temores acerca de las amenazas que ha recibido, se prestó a ayudarnos. Fue cuando, teniendo en nuestras manos los nombres de los peones que habían vivido allá en La Guacamaya y que seguramente debían saber algo, solicitamos que fueran traídos a nuestra presencia, así como los Carrera: Bonifacio y Paula, y la madre de ambos.

Pero cosa curiosa: Bonifacio Carrera, Paula Carrera, Crescencia Reyes y Encarnación Olivares habían atravesado el río y estaban en casa de Julio Avendaño. ¡Y hasta el mismo Reynaldo Palancares había ido a visitar, después de nuestro regreso anterior, a Julio Avendaño!

Nos enteramos además de cómo la vez anterior en que pasamos por Mazotzongo, Julio Avendaño había insinuado que el que nos dijera algo del asunto iba a tener que vérselas con el mayor Rábago. Que nosotros sólo íbamos a causar daños y que era mejor que no hablaran. Ello explica aquel inusitado silencio de todas las personas que interrogamos antes.

Imposible, pues, interrogar a los Carrera. Sólo nos quedaban los nombres de algunos de los peones, quienes fueron llevados a nuestra presencia. Después de estrechos interrogatorios en que tuvimos que usar toda nuestra astucia, obtuvimos la confesión de Maximiano Acosta, peón durante seis años en La Guacamaya, cuyos datos los obtuvo de Agustín Reyes, uno de los participantes en el asesinato de Barberán y Cóllar, y quien lo contaba porque sólo le habían dado diez pesos!

Maximiano empezó por decir que él sí le había visto a Bonifacio Carrera un reloj de pulsera, hacía como cuatro años, dato muy interesante, porque nadie por allá lo usa. Alegaba que no sabía nada más. Pero al fin, acorralado por nosotros, no tuvo más remedio que hablar. Fue así como hizo una notable confesión, que es prueba contundente y definitiva del asesinato y que es positivamente que el avión está enterrado en el cerro de La Guacamaya.

Maximino dijo que hace como cuatro años, Agustín Reyes le había contado que, cuatro años antes, andando un día de cacería con Bonifacio Carrera, oyeron el ruido de una máquina que volaba sobre La Guacamaya. Horas después, escucharon varios tiros en la espesura, y luego de caminar abriéndose paso entre la maleza llegaron a un sitio donde estaba el “Cuatro Vientos” de cabeza, pero intacto. Junto a él estaban con las manos juntas (Maximiano unió sus manos en actitud de rezar) dos hombres –Barberán y Cóllar—vestidos raramente. Al verlos, los españoles les explicaron quiénes eran, y tomando una maleta de la cabina del avión, sacaron un fajo de billetes diciéndoles que si los llevaban con las autoridades, les darían la mitad. También les habían pedido alimentos.

Se regresaron él y Bonifacio hasta el cafetal, a unas dos horas de camino por la dificultad para caminar entre la salvaje vegetación. Allí Bonifacio habló con su suegro Reynaldo Palancares, que en esos días había ido con sus dos hijos a sembrar una milpa. Palancares, cuando vio el dinero y escuchó las palabras de Bonifacio, pidió que lo llevaran hasta allá. Habían ido, además de Palancares, sus dos hijos, así como la esposa de Bonifacio, su hermana Paula y su hermanastra Crescencia Reyes y Luis Rico. Ya cerca de los aviadores, Palancares dispuso que los

mataran y que se repartieran el dinero. Los aviadores, cuando se dieron cuenta de que estaban perdidos, pidieron clemencia y viendo que no la había, se abrazaron uno al otro. Después los habían rematado a machetazos. Con hachas habían tratado de destruir completamente el avión; le habían cortado las dos alas grandes, sin poder hacer lo mismo con las pequeñas; habían destruido la cola y arrancado el fuselaje; habían sacado todo de la cabina, y tras escarbar por debajo del avión, con muchos trabajos lo empujaron hasta el “sótano” más cercano. Echaron mucha tierra y palos. A los cadáveres les quitaron dos anillos, dos relojes, dos pistolas y algunas prendas de vestir.

Cuando le preguntamos a Maximiano, por medio del intérprete, pues no habla español, cómo eran las pistolas, le fuimos mostrando varias, hasta que al ver una escuadra española, dijo inmediatamente que así eran. Reveló que Palancares se había quedado con una maleta que traía monedas doradas. Que Bonifacio se había quedado con la que traía los billetes y sólo le había dado diez pesos a Agustín Reyes, por lo que estaba enojado y se lo había contado, estando dispuesto también a contárselo a las autoridades.

Que cuando regresaron al cafetal, la madre de Bonifacio, al saber que habían matado a los aviadores, se enojó mucho y les reclamó. Lo mismo hicieron Paula y la esposa de Bonifacio. Pero que Palancares, poniéndose la mano en su pistola, había dicho que eso lo tenía para el que no le gustara, y que quien dijera algo, se iba a morir. Maximiano dijo que no supo quién se quedó con las pistolas, pero que sí había visto que Bonifacio se había quedado con un reloj.

Esta confesión fue hecha en medio de un ambiente extraordinario. Mientras de su boca salía su secreto, fue perdiendo su mutismo para –animándose con su propia osadía al revelar lo que a nadie había confesado—volverse locuaz. Sonreía viendo el efecto que de la traducción de sus palabras causaba en quienes lo oíamos. Y así lo contó todo, mientras a nosotros se nos iba secando la garganta, y el corazón quería salirse del pecho. Su confesión conmovió todas las más secretas fibras de nuestros sentimientos. Así fue rasgando con sus palabras y descubriéndolo, poniéndolo a nuestra vista, el más espeluznante crimen cometido por la ignorancia y el salvajismo: ¡El trágico fin de los dos héroes que cruzaron el Atlántico hace ocho años!

Yo hablé con Hitler

José Pagés Llergo

Pagés Llergo fue uno de los grandes periodistas mexicanos del siglo XX. Polémico, intrépido, innovador, visionario... son muchos los adjetivos que se le pueden aplicar a este personaje fundador de revistas emblemáticas -Hoy, Mañana, Siempre!, Rotofoto-, menos el de espectador... o pasivo. El audaz tabasqueño, conocido como "El güero Pagés", viajó a Europa en 1939 en busca de los protagonistas del conflicto que asomaba en el horizonte mundial. Dice el historiador Arno Buckholder de la Rosa que su largo viaje "lo llevó a Viena, Munich y Berlín buscando a Adolfo Hitler. Tuvo que enfrentarse con la maquinaria burocrática del Ministerio de Información del Reich, quien al principio le negó la posibilidad de siquiera saludar al Führer y luego lo obligó a presentar cuestionario tras cuestionario hasta que le aprobaron las preguntas que podría hacerle. Al final, el encuentro se llevó a cabo el 25 de septiembre de 1939 en la Varsovia arrasada semanas antes por las tropas alemanas". La reunión del periodista mexicano con el cabo austriaco fue muy breve. En palabras de Arno, "consistió en un monólogo en el que Hitler lanzaba retos contra los líderes occidentales que 'habían provocado' a Alemania. Rodeado por altos oficiales, Pagés intentó preguntarle a Hitler sobre la política de Estados Unidos ante la invasión a Polonia y la decisión de Francisco Franco de permanecer neutral en el nuevo conflicto. Hitler lo escuchó con la boca cerrada y las manos cruzadas detrás de la espalda. Luego volvió a estrechar la mano de Pagés y se marchó. La entrevista como tal nunca ocurrió, pero Pagés no podía perder la oportunidad de por lo menos escribir todo lo que vivió en ese momento. Hoy publicó '¡Yo hablé con Hitler!' el 18 de noviembre de 1939, y causó una gran conmoción en México debido a la forma como Pagés describía al Führer. Hoy fue acusada de ser una publicación fascista (acusaciones que seguramente fueron alentadas por los

servicios de espionaje ingleses y yanquis que operaban en México en ese año). Pagés Llergo tuvo que salir de la revista y mudarse a Guadalajara, donde vivió por varios años”. Además de Hitler, este reportero excepcional entrevistó al presidente checoslovaco Emil Hácha, a Benito Mussolini y al Papa Pío XII. En 1941 prosiguió su trabajo en Japón y China, entrevistando al emperador Hiroito, al príncipe Fumimaro Konoe, a Toyama Mitsuru, jefe de la Sociedad Secreta del Dragón Negro y a Sadao Araki, quien había dirigido la invasión japonesa en Manchuria.

Varsovia yacía a nuestros pies, sepultada en el polvo de la historia; las tropas alemanas sellaban con el rechinar de sus botas el trágico destino de un pueblo. Hombres y mujeres, niños y ancianos --supervivientes del más espantoso drama que recuerdan los tiempos-- paseaban, a nuestro lado, su dolor y su hambre. Sobre los escombros calcinados de la orgullosa capital polaca, rodeados de miseria, de llanto, de desesperación, yo hablé con el hombre más discutido que ha producido el mundo.

Con las manos cruzadas sobre el pecho; la vista fría, dramática, proyectada sobre los campos yertos de la vieja Varsovia, se erguía ante mí, magnífico, terrible, el amo de la Tercera Alemania.

Allá en la distancia, restos humanos se confunden en una visión macabra con fragmentos de bombas y pedazos de bestias. Campesinos y aristócratas; mujeres del pueblo y damas linajudas, hermanadas por el sufrimiento, arrastraban sus pies deshechos por la carretera de Lodz: sus rostros del color de la muerte; sus ojos impregnados de terror y de odio; sus cuerpos esqueléticos cubiertos por garras sanguinolentas: Cristos redivivos que retrocedieron la marcha del tiempo para desfilan, en moderno Vía Crucis, por la calle de La Amargura.

Hitler, a mi lado, asiste al desastre. Con la vista tendida al horizonte se queda ensimismado unos segundos. Sigue, atento, el rodar de las carretas que llevan a lo lejos su carga de dolor; restos de hogares; despojos de gentes. Su mirada se detiene perdida en el espacio; observa fijamente algo que no existe. En un gesto de amargura, de pesar, mueve la cabeza varias veces como si quisiera borrar de su cerebro aquella escena. El doctor Bomer, brazo derecho de Joseph Goebbels en el Ministerio de Propaganda, lo saca de su éxtasis; le advierte mi presencia.

Como el primer corresponsal de guerra que llegaba a Varsovia, el representante de *Hoy* había sido llamado ante el Führer. Hitler se abre paso dificultosamente entre un grupo de oficiales y aviadores. Los soldados lo siguen en silencio; los militares lo agobian con sus atenciones.

Como es Hitler

Más bajo que alto; más flaco que gordo; la cara cetrina; la cabeza ovalada; el pelo finísimo --que no es rubio, que no es negro, que no es rojo, que no es gris-- peinado de hoja, delicadamente; la frente cuadrada surcada de profundas arrugas sobre las cuales cae, vertical, un mechón de pelos bien cultivado; la nariz triangular, perfecta, rectilínea, enrojecida por el frío; las cejas escasas, de color pardo; ojeras abultadas por largas noches de insomnio; el mentón triangular partido, Hitler es, en lo físico, un hombre más. Sólo sus bigotes pequeños que quieren darle un aspecto bravío, podrían ser --aparte de sus ojos-- un tema de estudio para el psicólogo que quisiera analizar sus rasgos más salientes.

Ataviado majestuosamente con su capote de campaña, Hitler da cuatro pasos al frente y se para ante mí en seco. Sus ojos azules de color de acero se clavaron en los míos. Confieso que tuve que dominar mis nervios para aguantar aquella mirada terrible que sólo duró unos segundos, pero que a mí me pareció una eternidad. Luego se llevó pausadamente la mano izquierda sobre la derecha y con calma, con parsimonia, fue zafando, uno a uno, los dedos de sus guantes grises que cubrían una mano blanca fina, delicada: manos de artista, manos de lirio que parecen dar la clave de la extraordinaria sensibilidad de este hombre que realizó en diez años lo que Napoleón y Julio César; lo que Carlos V y Bismarck no pudieron consumir en una vida.

Sus labios se contrajeron para exhibir unos dientes recios con filetes de oro; sus ojos se tornaron dulces al esbozar una sonrisa llena de bondad. Levantó la mano derecha a la altura de la oreja para saludarme a lo nazi y dejándola caer en un ademán rápido, estrechó la mía:

“¿Llgero? ¿Pagés Llgero? He oído ese nombre antes...”, exclamó.

Lo había oído, en efecto, en Munich y en Berstechgaden; en Berlín y en Viena, unas cuantas semanas antes cuando lo había acosado a través de todo el territorio de Alemania en busca de una entrevista. “¿Si alguien me hubiese dicho que habría de verlo en Varsovia lo habría tomado entonces por loco!”.

Admonicion

Cuando se está frente a Hitler sólo se le ven los ojos. Con la vista habla; con la vista, grita, gime, acusa, castiga, se enternece. Jamás en mi vida he visto a un hombre que pueda, como él, expresar con una sola mirada todo el diapasón, toda la gama de los sentimientos y de las pasiones humanas. Si acaso, entre los dictadores modernos, sólo Calles supo, quizás, explotar con éxito el valor tremendo de los ojos.

Había conocido un Hitler fiero; un Hitler que se movía desde la tribuna de Reichstag con la fiereza de un tigre y la cautela de una pantera; había conocido en Danzig al Hitler sentimental; al hombre que lloraba y se enternecía como un niño recibiendo el tributo de amor y de cariño de ese pueblo alemán que él había libertado. Hoy iba a conocer a otro Hitler: al Hitler natural, al Hitler íntimo que no sabe de poses porque también es humano.

“Es interesante que un periodista mexicano observe de cerca esta difícil situación por la que atraviesa Europa...”, me dice. Habla con tranquilidad al mismo tiempo que me barre de un vistazo rápido de cabeza a pies. Fue el único momento, a lo largo de sus breves declaraciones, que iba a dirigir sus ojos a los míos. En lo sucesivo, iba a hablar sin verme, con la vista extraviada; con la imaginación puesta, posiblemente, en aquel país lejano donde, como aquí, también se le quiere y también se le odia.

“Ya ve usted --me dice-- a lo que conduce convertir ciudades en campos militares”. Arruga los labios y levanta los hombros en un gesto de pesar, al mismo tiempo que traza un círculo con el dedo índice para señalar las ruinas de Varsovia que se tienden a uno y otro lado. Luego se pasea nerviosamente frente al periodista, sacudiendo las manos con energía. Se para de pronto; se coloca la mano izquierda entre los botones de la chaqueta y en voz alta, como si le dirigiera la palabra a una asamblea, exclama:

“¡Varsovia no era una ciudad que pudiera defenderse! ¡Creyeron que podrían hacer aquí una cosa parecida al Alcázar de Toledo!”. Hace una pausa y agrega:

“¡Aquí debían de estar aquellos estadistas provocadores de guerras para contemplar el fruto de su obra...!”.

El amo

Las tropas se agolpan a su lado. En los ojos de estos hombres, cuyo mayor orgullo sería morir por su Führer, brilla una mística extraña. Lo contemplan extasiados, con respeto, con veneración. En medio de ellos, Hitler, arrogante, con aires de príncipe, con desplantes de conquistador, es una estatua de carne, es una figura viviente de la vieja mitología germana. Una sonrisa suya haría dichosos a cualesquiera de sus hombres. Una mirada de reproche sería motivo suficiente para justificar un suicidio.

¿Quién es Hitler? Envuelto en la bruma de las leyendas nórdicas, su figura material surge al mundo confusa en sus perfiles. Con la fuerza de una catapulta saltó a la historia para escribir, con fe de iluminado, una de las páginas más sorprendentes que registra el siglo.

Odiado por unos, adorado por otros; discutido por todos, su recia personalidad que electriza a un imperio de noventa millones de habitantes rebasa las fronteras de Europa y se proyecta --coloso de su tiempo-- sobre el mapa del mundo. Para Alemania es un enviado de La Providencia; para sus enemigos, es un amargado que arrastra al globo al cataclismo; para los escépticos, es un genio, posiblemente un superhombre; quizá un loco...

La realidad nadie la sabe. Rodeado por la aureola misteriosa de los ídolos, sólo trascienden sus actos y sus pensamientos. Su figura material se oculta, con sus virtudes y con sus flaquezas, entre el torbellino de las grandes pasiones. Es el amo de la Tercera Alemania. Desde el Castillo de Berstechsgaden --águila que no sabe de placeres mundanos-- rige con dulzura de apóstol y fiereza de agitador a media Europa. Su solo pensamiento conmueve a cuatro continentes; su simple deseo es orden que un pueblo, a los pies del ídolo, ejecuta inspirado por la chispa divina.

Desde las sierras nevadas de los Alpes Bávaros hasta las candentes arenas del mar Báltico; desde las selvas tupidas del Rhin legendario hasta las frías estepas de las fronteras de Prusia, la raza más orgullosa ha visto el planeta doblar la cerviz ante él. Tiene la visión de Bismarck; la energía de Federico. En él encarna toda la grandeza de un pueblo al que el mundo no pudo sojuzgar.

Jamás un hombre ha podido identificarse tanto a un pueblo; jamás un pueblo ha podido identificarse tanto a un hombre. Bonaparte no fue Francia; César tampoco fue Roma; Carlos V no fue síntesis de España. ¡Hitler sí es Alemania y Alemania es Hitler!

¿Qué de extraño tiene? Si los hombres no pueden apartarse de su obra, Hitler, arquitecto de una Alemania magnífica y modelador espiritual de un pueblo, tiene que haber impreso su propia personalidad en gentes y cosas. Ante el pueblo que lo aclama con delirio, Hitler deja de ser el hombre que es y se convierte, fantástico, en la Alemania misma hecha carne y sangre en su persona.

Yo lo acabo de ver, sencillo e imponente, en una tribuna levantada sobre el boulevard Pilsudski, revistando a siete divisiones victoriosas. Desde allí, con la sola expresión de sus ojos, ha dado a cada soldado la mejor recompensa a que pueda aspirar un germano: una mirada de gratitud del Führer que es, también, una mirada de gratitud de Alemania. El, veterano de la guerra; soldado salido de las filas; obrero que atravesó las más bajas capas sociales, comprende el valor decisivo de los gestos.

Frio, calculador...

Ver a Hitler es cosa muy sencilla. Hablarle, es cosa que el alemán no concibe. Por ello, cuando el periodista ha ido buscando la tutela de grandes personajes, sólo ha encontrado por respuesta una sonrisa burlona:

“¿Hablarle al Führer?” Y sus ojos se abren desmesuradamente como si estuviese pidiendo lo imposible.

Ante un grupo de oficiales --la flor y nata del ejército germano allí presente-- causa estupor que un periodista interrogue al Führer. Semanas antes, a través del Ministerio de Propaganda, el corresponsal de *Hoy* le había sometido un cuestionario:

“El Führer no puede contestar estas preguntas...”, me dijo.

Hube de modificarlo tres veces; eliminar preguntas, corregir otras; formular, en fin, un nuevo interrogatorio. La respuesta fue la misma: “El Führer no puede contestarle esto tampoco...”.

Hoy, ante este Hitler sencillo, comunicativo, con un humor excepcional al decir de sus íntimos, he intentado hacerle hablar.

Le explico la actitud asumida por la América española; le hablo sobre la política de los Estados Unidos en el cónclave de Panamá; señalo la actitud vacilante de Italia; la decisión de Franco de permanecer neutral...

Hitler escucha, con las manos entrelazadas por la espalda; los surcos de su frente se hacen más profundos; con la boca herméticamente cerrada parece apretar con fuerza los dientes. Por un momento parece que va a estallar en respuestas. Pero el hombre frío, calculador, se revela luego. Los oficiales acuden a su lado, me estrecha la mano y se retira en seguida, sin decir una palabra, sin hacer un gesto.

Los motores de su avión roncan un momento sobre el aeropuerto de Varsovia. El aparato se levanta airoso; sangra los aires y enfila en dirección a Berlín mientras abajo, cincuenta mil soldados enloquecen al grito frenético de “¡Heil!”.

¿Cuál será el destino de este hombre que de simple obrero se convirtió en amo del más poderoso pueblo del mundo? Nadie sabe. Nadie puede señalar cuál es la tumba de los vientos...

El presidente Díaz, héroe de las Américas

James Creelman

A mediados de noviembre de 1907, el periodista canadiense radicado en Estados Unidos James J. Creelman llegó a México a para entrevistar a Porfirio Díaz enviado por la revista inglesa Pearson's Magazine. Creelman traía consigo una carta de presentación del presidente Teodoro Roosevelt -aquél del gran garrote- en la que preguntaba a Díaz si pensaba reelegirse y sobre las inversiones extranjeras en México. La entrevista fue publicada en el número de marzo de 1908 de la revista con el título "Presidente Díaz, héroe de las Américas" y se reprodujo en México resumida en El Imparcial del 3 de marzo y en La Iberia, Diario del Hogar y La Patria de México los días siguientes. Fue un detonador de la efervescencia política previa a las elecciones de 1910. Aunque en términos generales el escrito era una justificación de su dictadura, tres anuncios desataron las pasiones políticas: Díaz reconoció que los mexicanos estaban preparados para la democracia; anunció su retiro de la vida política y abrió las puertas para que la oposición compitiera abiertamente: "Doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República Mexicana. Si aparece, lo consideraré como una bendición, no como un mal". De acuerdo a los estudiosos, las declaraciones de Díaz desataron la agitación política entre la elite porfirista y la clase media urbana. Fue quizá "uno de los pasajes más enigmáticos de la biografía política de Porfirio Díaz. Frente al desarrollo de los acontecimientos posteriores su importancia toma alturas insospechadas. Se convirtió en el catalizador de la efervescencia política que culminó con el inicio de la revolución mexicana. En palabras de José López Portillo y Rojas: La conferencia Creelman apresuró el desencadenamiento de la tempestad que todos preveíamos". Además de otras

consideraciones, la entrevista confirma el papel de los medios para fijar la agenda política. A continuación reproducimos una versión abreviada de este singular e interesante texto en donde el lector no dejará de notar un estilo de periodismo que murió con el arribo de la modernidad.

Desde la altura del Castillo de Chapultepec el presidente Díaz contempló la venerable capital de su país, extendida sobre una vasta planicie circundada por un anillo de montañas que se elevan magníficas. Y yo, que había viajado casi cuatro mil millas desde Nueva York para ver al guía y héroe del México moderno, al líder inescrutable en cuyas venas corre mezclada la sangre de los antiguos mixtecas y la de los conquistadores españoles, admiré la figura esbelta y erguida: el rostro imperioso, fuerte, marcial, pero sensitivo. Semblanza que está más allá de lo que se puede expresar con palabras.

Una frente alta, amplia, llega oblicuamente hasta el cabello blanco y rizado; sobre los ojos café oscuro de mirada sagaz que penetran en el alma, suavizados a veces por inexpresable bondad y lanzando, otras veces, rápidas miradas soslayadas, de reojo -ojos terribles, amenazadores, ya amables, ya poderosos, ya voluntariosos-, una nariz recta, ancha, fuerte y algo carnosa cuyas curvadas aletas se elevan y dilatan con la menor emoción.

No hay figura en todo el mundo, ni más romántica ni más heroica, ni que más intensamente sea vigilada por amigos y enemigos de la democracia, que este soldado, hombre de estado, cuya aventurera juventud hace palidecer las páginas de Dumas y cuya mano de hierro ha convertido las masas guerreras, ignorantes, supersticiosas y empobrecidas de México, oprimidas por siglos de crueldad y avaricia española, en una fuerte, pacífica y equilibrada nación que paga sus deudas y progresa.

Ha gobernado la República Mexicana por 27 años con tal energía, que las elecciones se han convertido en meras formalidades: con toda facilidad podría haberse coronado.

El presidente contempló la majestuosa escena, llena de luz, a los pies del antiguo castillo, y se retiró sonriendo. Rozó, al pasar, una cortina de flores escarlata y la enredadera de geranios rosa vivo, mientras se dirigía a lo largo de la terraza, al jardín interior, en donde una fuente brota entre palmas y flores, salpicando con agua de este manantial en el cual Moctezuma solía beber, bajo los recios cipreses que de antiguo yerguen sus ramas sobre la roca en que nos detuvimos.

“Es un error suponer que el futuro de la democracia en México ha sido puesto en peligro por la prolongada permanencia en el poder de un solo presidente -dijo en voz baja-. Puedo con toda sinceridad decir que el servicio no ha corrompido mis ideales políticos y que creo que la democracia es el único justo principio del gobierno, aun cuando llevarla al terreno de la práctica sea posible sólo en pueblos altamente desarrollados”.

“Puedo dejar la presidencia de México sin ningún remordimiento, pero lo que no puedo hacer, es dejar de servir a este país mientras viva” -añadió.

“¿Sabe usted que en Estados Unidos tenemos graves problemas por la elección del mismo presidente por más de tres periodos?”

“Sí. Sí lo sé -repuso-. Es un sentimiento natural en los pueblos democráticos el que sus dirigentes deban ser cambiados. Estoy de acuerdo con este sentimiento.”

Difícil era pensar que estaba yo escuchando al soldado que ha dirigido una república sin interrupción durante cinco lustros, con una autoridad personal que es desconocida para la mayoría de los reyes. Sin embargo, habló de un modo sencillo y convincente, como lo haría aquel cuyo lugar, alto y seguro, está más allá de la necesidad de ser hipócrita:

“Existe la certeza absoluta de que cuando un hombre ha ocupado por mucho tiempo un puesto destacado, empieza a verlo como suyo, y está bien que los pueblos libres se guarden de las tendencias perniciosas de la ambición individual.

“Sin embargo, las teorías abstractas de la democracia y la efectiva aplicación práctica son a veces, por su propia naturaleza, diferentes. Esto es, cuando se busca más la substancia que la mera forma.

“No veo realmente una buena razón por la cual el presidente Roosevelt no deba ser reelegido si la mayoría del pueblo americano quiere que continúe en la presidencia. Creo que él ha pensado más en su país que en él mismo. Ha hecho, y sigue haciendo, una gran labor por los Estados Unidos; una labor que redundará, ya sea que se reelija o no, en que pase a la Historia como uno de los grandes presidentes. Veo los monopolios como un gran poder verdadero en los Estados Unidos, y el presidente Roosevelt ha tenido el patriotismo y el valor de desafiarlos. La humanidad entiende el significado de su actitud y su proyección en el futuro. Se yergue frente al mundo como un hombre cuyas victorias han sido victorias en el orden moral.

“Aquí en México nos hemos hallado en diferentes condiciones. Recibí este gobierno de manos de un ejército victorioso, en un momento en que el país estaba dividido y el pueblo impreparado para ejercer los supremos principios del gobierno democrático. Arrojar de repente a las masas la responsabilidad total del gobierno, habría producido resultados que podían haber desacreditado totalmente la causa del gobierno libre.

“Sin embargo, a pesar de que yo obtuve el poder principalmente por el ejército, tuvo lugar una elección tan pronto que fue posible y ya entonces mi autoridad emanó del pueblo. He tratado de dejar la presidencia en muchas y muy diversas ocasiones, pero pesa demasiado y he tenido que permanecer en ella por la propia salud del pueblo que ha confiado en mí. El hecho de que los valores mexicanos bajaran bruscamente once puntos durante los días que la enfermedad me obligó a recluirme en Cuernavaca, indica la clase de evidencia que me indujo a sobreponerme a mi inclinación personal de retirarme a la vida privada.

“He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que, finalmente, ese día ha llegado”.

Nuevamente, la marcial figura se volvió hacia la gloriosa escena extendida entre las montañas. Era fácil observar que el presidente estaba profundamente conmovido. El recio rostro se había vuelto sensitivo como el de un niño y los oscuros ojos se habían humedecido. ¡Y qué inolvidable visión teñida de romanticismo y emotividad fue aquella!

“Es una creencia extendida la de que es imposible para las instituciones verdaderamente democráticas, nacer y subsistir en un país que no tiene clase media” - sugerí.

El Presidente Díaz se volvió a mí, me clavó una mirada penetrante y movió la cabeza, para responder:

“Es verdad -dijo-, México tiene hoy una clase media, pero no la tenía antes. La clase media es aquí, como en todas partes, el elemento activo de la sociedad.

“Antiguamente, no teníamos una verdadera clase media en México, porque las conciencias y las energías del pueblo estaban completamente absorbidas por la política y la guerra. La tiranía española y el mal gobierno habían desorganizado la sociedad. Las actividades productivas de la nación habían sido abandonadas en las luchas sucesivas. Existía una confusión

general. No había garantías para la vida o la propiedad y es lógico que una clase media no podía aparecer en estas circunstancias.”

General Díaz -le interrumpí-. Usted ha tenido una experiencia sin precedentes en la historia de las repúblicas. Durante 30 años, los destinos de este país han estado en sus manos, para moldearlos a su gusto; pero los hombres mueren y las naciones continúan viviendo. ¿Cree usted que México puede seguir su existencia pacífica como república? ¿Está usted absolutamente seguro de que el futuro del país está asegurado bajo instituciones libres?”

“El futuro de México está asegurado -dijo con voz clara y firme-. Mucho me temo que los principios de la democracia no han sido plantados profundamente en nuestro pueblo. Pero la nación ha crecido y ama la libertad. Nuestra mayor dificultad la ha constituido el hecho de que el pueblo no se preocupa lo bastante acerca de los asuntos públicos, como para formar una democracia. El mexicano, por regla general, piensa mucho en sus propios derechos y está siempre dispuesto a asegurarlos. Pero no piensa mucho en los derechos de los demás. Piensa en sus propios privilegios, pero no en sus deberes. La base de un gobierno democrático la constituye el poder de controlarse y hacerlo le es dado solamente a aquellos quienes conocen los derechos de sus vecinos.

“Pero, señor Presidente, usted no tiene partido opositor en la República. ¿Cómo podrán florecer las instituciones libres cuando no hay oposición que pueda vigilar la mayoría o el partido del gobierno?”

“Es verdad que no hay partido opositor. Tengo tantos amigos en la República que mis enemigos no parecen estar muy dispuestos a identificarse con una tan insignificante minoría. Aprecio en lo que vale la bondad de mis amigos y la confianza que en mí deposita mi patria; pero esta absoluta confianza impone responsabilidades y deberes que me fatigan cada día más.

“No importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios, me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré ya ochenta años.

Cruzó los brazos sobre el ancho pecho y habló con gran énfasis: “Doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República Mexicana -dijo. Si aparece, lo consideraré como una bendición, no como un mal. Y si llegara a hacerse fuerte, no para explotar sino para

gobernar, lo sostendré y aconsejaré, y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en mi país.

“Es para mí bastante recompensa ver a México elevarse y sobresalir entre las naciones pacíficas y útiles. No tengo deseos de continuar en la presidencia, si ya esta nación está lista para una vida de libertad definitiva. A los 77 años, estoy satisfecho con mi buena salud y esto es algo que no pueden crear ni la ley ni la fuerza. Yo, personalmente, no me cambiaría por el rey americano del petróleo y sus millones.”

“¿Y cuál es, en su opinión, la fuerza más grande para mantener la paz, el ejército o la escuela?” - pregunté.

La cara del soldado enrojeció levemente y la espléndida cabeza blanca se irguió aún más:

“¿Habla usted del presente?”

“Sí.”

“La escuela. No cabe la menor duda acerca de ello. Quiero ver la educación difundida por todo el país, llevada por el gobierno nacional. Espero verlo antes de morir. Es importante para los ciudadanos de una república el recibir todos la misma instrucción, de modo que sus ideales y sus métodos puedan armonizar y se intensifique así la unidad nacional. Cuando los hombres leen las mismas cosas y piensan lo mismo, están más dispuestos a actuar de común acuerdo.”

“¿Y cree usted que la vasta población indígena de México es capaz de un gran desarrollo?”

“Sí, lo creo. Los indios son amables y agradecidos. Todos, menos los yaquis y algunas tribus mayas. Tienen tradiciones de una antigua civilización propia. Se les encuentra a menudo entre los abogados, ingenieros, doctores, oficiales del ejército y otros profesionales.”

Sobre la ciudad flotaba el humo de las numerosas fábricas.

“Es mejor que el humo de los cañones” - dije.

-”Sí -me contestó-, pero hay, sin embargo, tiempos en los que el humo del cañón no es una cosa tan mala. Los trabajadores pobres de mi país se han levantado para sostenerme, y no olvidaré nunca lo que mis compañeros de armas y sus hijos han sido para mí en mis numerosas horas críticas.”

Había lágrimas en los ojos del veterano.

“Eso -dije señalando una plaza de toros moderna cercana al castillo- es la única institución española que sobrevive todavía en este paisaje.”

“Usted no ha visto nuestros empeños -exclamó. España nos los trajo, al igual que las plazas de toros.”

“¿Existe una base verdadera para el Movimiento Panamericano? Existe una idea netamente americana que pueda unir los pueblos de este hemisferio y que los ate y distinga del resto del mundo?”

El presidente oyó la pregunta y sonrió. Hacía sólo unas cuantas semanas que el secretario de Estado de Estados Unidos había sido huésped de México, alojado y tratado en el Castillo de Chapultepec a cuerpo de rey, mientras la colina a los pies del Castillo, se había convertido en un jardín de cuento de hadas, y toda la nación, desde el presidente hasta el último trabajador, se esforzó por demostrar que de todas las repúblicas americanas que el ilustre huésped había visitado, ninguna podía igualar a la tierra de Moctezuma en la magnificencia de su bienvenida.

“Existe un sentimiento americano y va tomando incremento -dijo el presidente-. Pero es inútil negar un instintivo sentimiento de desconfianza, un miedo de absorción territorial, que interfiere con la más estrecha unión de las repúblicas americanas. Así como los guatemaltecos y otros pueblos de América Central parecen temer una absorción ejercida en ellos por México, así hay mexicanos que sienten temor de la ejercida por Estados Unidos. Personalmente, yo no comparto este miedo. Tengo plena confianza en las intenciones del gobierno norteamericano aun cuando -de repente, parpadeó rápidamente- los sentimientos populares cambian, cambian los gobiernos y no podemos predecir lo que traerá el futuro.

“El trabajo realizado por el Departamento de Repúblicas Americanas en Washington es favorable y tiene un gran campo de acción. Merece un apoyo sincero y fuerte. Todo lo que se necesita es que los pueblos de las naciones americanas se conozcan mejor entre sí, y el Departamento de Repúblicas está haciendo una gran labor en este sentido.”

Hablaba con marcada confianza en la utilidad interamericana del Departamento, bajo la supervisión de su Director, el señor Barrett.

“Es de suma importancia que los líderes del hemisferio se visiten unos a otros en sus respectivos países. La visita a México del secretario Root y las palabras que aquí dijo han sido fructíferas. Los grupos ignorantes del pueblo de México habían sido llevados a pensar que sus

enemigos vivían al otro lado de la frontera norte del país. Pero una vez que han visto a un distinguido estadista y funcionario del gabinete, como lo es Mr. Root, hospedado en México, y una vez que han escuchado y aprendido las palabras de amistad y respeto que pronunció, no pueden ser engañados de nueva cuenta. Dejad a los dirigentes de las Américas frecuentarse más, y la idea panamericana crecerá cada vez con más fuerza, mientras que las repúblicas aprenden que no tienen nada que temer una de otra y sí mucho que esperar de sus relaciones.”

“¿Y la Doctrina Monroe?”

“Limitada a un propósito particular, la Doctrina Monroe merece y recibirá el apoyo de todas las repúblicas americanas. Pero como un vago clamor general de poderío por parte de los Estados Unidos, pretensión que se asocia fácilmente con la intervención armada en Cuba, es causa de profundas sospechas. No hay ninguna razón de peso por la cual la Doctrina Monroe no deba ser una doctrina general de América más que una simple política nacional de los Estados Unidos. Las naciones de América debieran poder unirse entre ellas para la mutua defensa y cada nación estar acorde en suministrar su parte de recursos en caso de guerra. Aún más: debieran establecerse penas para aquellos países que no cumplieran con las obligaciones que el tratado impusiera. Una Doctrina Monroe, así, haría a cada nación sentir que su respeto propio y su soberanía y dignidad no quedaban comprometidas y aseguraría a las repúblicas americanas contra invasiones de tipo monárquico o conquistas.”

“¿Cómo repercute en usted, a esta distancia, la actual tendencia de un sentimiento nacionalista en los Estados Unidos, señor presidente? Como guía del pueblo mexicano, nos ha estudiado usted por más de 30 años.”

“El pueblo de los Estados Unidos se distingue por su espíritu público -dijo-. Tiene un amor especial a la patria. He conocido miles de norteamericanos cada año, y he hallado, por regla general, que son trabajadores, inteligentes y hombres de gran energía de carácter. Pero su principal característica es ese amor patrio. En mi opinión, en caso de guerra, este espíritu se convierte en un espíritu militar.

“Al tomar las Filipinas y otras colonias, han puesto su bandera muy lejos de sus costas. Eso significa que tienen ustedes una gran marina. No abrigo la menor duda de que si el presidente Roosevelt permanece en su puesto por otros cuatro años, la marina norteamericana igualará en fuerza a la marina británica.”

“Pero, señor Presidente, Cuba será devuelta a su gente y en los Estados Unidos está claramente entendido que el pueblo de las Filipinas recibirá su independencia política y territorial tan pronto como esté listo para gobernarse solo.”

“Cuando Estados Unidos les dé la independencia a Cuba y a las Filipinas -dijo en voz baja, ligeramente afectada por la emoción-, tomará el lugar que le corresponde a la cabeza de las naciones y toda la desconfianza y todo el miedo desaparecerán para siempre de las repúblicas americanas.”

Es de todo punto imposible transmitir la gravedad y vehemencia con que habló el presidente.

“Mientras ustedes conserven las Filipinas, se verán obligados a mantener no sólo una gran marina, sino también un ejército que crecerá cada vez más.”

“Estamos tratando de hacer que los maestros de escuela norteamericanos tomen el lugar de los soldados en las Filipinas” -aventuré.

“Aprecio eso, pero yo me siento satisfecho con saber que, al final, los filipinos saldrán ganando más que los norteamericanos. Y que mientras más pronto dejen ustedes sus posesiones en Asia, será mejor desde cualquier punto de vista. No importa qué tan generosos puedan ustedes ser, la gente que gobiernen se sentirá siempre un pueblo conquistado.”

Hubo una pausa. Una bandada de palomas revoloteó alrededor del castillo. De la ciudad subía, lejano, el tañer de las campanas de las iglesias.

“¿Y el problema de los monopolios, señor presidente? ¿Cómo es que un país como México, rico en recursos naturales en espera de explotación, va a protegerse de la opresión de este tipo de alianzas entre la unión industrial y la riqueza, tal como han crecido en los Estados Unidos, su más inmediato vecino?”

“Favorecemos y protegemos el capital y la energía del mundo entero en este país. Tenemos un campo para inversionistas como quizás no se halle en ninguna otra parte. Pero al mismo tiempo que somos justos y generosos con todos, vigilamos que ninguna empresa llegue a constituirse con detrimento de nuestro pueblo.

“Por ejemplo: pasamos una ley que previene que ningún propietario de yacimientos petrolíferos tiene derecho a venderlos a ninguna otra persona sin previo consentimiento del gobierno. No quiero decir con esto que objetemos la explotación de nuestros campos petroleros

por el principal industrial petrolero de Estados Unidos, sino que estamos resueltos a que nuestros pozos no sean suprimidos para prevenir la competencia y mantener el precio del petróleo americano.

“Hay siempre algunos puntos sobre los cuales los gobiernos no hablan, porque cada caso debe ser tratado de acuerdo con sus propios méritos, pero la República Mexicana usará toda su fuerza en preservar para su pueblo un justo reparto de sus riquezas. Hemos mantenido el país en condiciones de libertad y de bonanza hasta hoy, y creo que podemos seguirlo manteniendo así en el futuro.

“Nuestra invitación a todos los inversionistas del mundo no está basada en vagas promesas, sino en el modo como los tratamos cuando vienen a nosotros.”

Y así, dejé al guía del México moderno entre las flores y los recuerdos de las alturas de Chapultepec.

* * *

Con la sola excepción de cuatro años (1880-84) cuando el general González fue electo de acuerdo con la Constitución, posteriormente reformada, que entonces prohibía la reelección de un presidente, Díaz ha ocupado su alto cargo sin interrupciones y en él permanecerá al frente de la nación hasta que muera u opte por retirarse.

El soldado se convirtió en estadista. Mantuvo en paz a las turbulentas masas. Hizo de la revolución un imposible. Organizó un sistema de policía que acabó definitivamente con los bandidos, construyó escuelas, castigó la corrupción e hizo saber a todos que una concesión garantizada por México no sería nunca repudiada. Hizo organizar las finanzas nacionales y los impuestos fueron cobrados e invertidos honrada e inteligentemente. Empezó las reducciones reduciendo su propio salario de \$ 30,000 a \$ 5,000. Hizo de México una nación. Una nación cuyas leyes y promesas significan algo.

Se había propuesto que entre México y Estados Unidos no debería existir ningún ferrocarril. La República debía estar a salvo de una futura invasión gracias a sus desiertos. Contra la más acre oposición y afrontando las más acerbas acusaciones que ponían en duda su lealtad a la República, Díaz dio la bienvenida a las grandes líneas de ferrocarril construidas con capital norteamericano y les aseguró generosos subsidios.

Esta fue la política que Díaz estableció contra el grito de cobardía de “Entre el fuerte y el débil, el desierto”.

Los empresas Harriman están construyendo a la fecha dos inmensas líneas de ferrocarril a través del poniente de México, gastando un millón de dólares a la semana, líneas que se unirán, a través de otras ya existentes, a la troncal panamericana, que ha sido construida casi hasta la frontera con Guatemala.

Entre las empresas más notables que reciben gran impulso está la línea Kansas City, México y Oriente, que Arturo E. Still está construyendo. La vía tiene 1,600 millas de longitud y el costo total será de \$ 30.000,000.00. Ha sido tendida ya la mitad. La línea Kansas, México y Oriente, cruzará las nuevas líneas Harriman en su ruta de salida al Pacífico.

Se operan 19,000 millas de ferrocarriles en México, casi todas con conductores, gerentes e ingenieros norteamericanos. Y lo único que hay que hacer es viajar por el sistema Central o disfrutar de los trenes de lujo del Ferrocarril Nacional, para darse cuenta del alto nivel de transportes del país.

Tan decidido está el presidente Díaz a no dejar caer su país en manos de los monopolios, que el gobierno está tomando posesión y uniendo en una sola corporación nacional, poseedora de la mayoría de las acciones, el Central Mexicano y los Ferrocarriles Nacional e Interoceánico, para que, con este poderoso sistema de transporte fuera del alcance del control privado, la industria, la agricultura, el comercio y el tráfico de pasajeros queden libres de toda presión.

* * *

Y es esta, una tierra de belleza incomparable. Su valle y montañas, sus grandes plantaciones, su indescriptible y variada vegetación, sus bellas y abundantes flores, sus frutos, sus cielos, su maravilloso clima, vetustos pueblos, catedrales, iglesias y conventos, no hay nada con qué compararlo en el mundo, dada su variedad y belleza. Pero es el indio gentil, veraz y agradecido, con su increíble sombrero y su sarape multicolor, el que acaba ganándose el corazón. Después de viajar por todo el mundo, el norteamericano que visita México por primera vez se pregunta cómo pudo ser posible que nunca antes entendiera qué maravilloso país de romance dejaba junto a su propia puerta.

Es el momento de crecimiento, fuerza y paz el que convence a Porfirio Díaz de que su labor en el continente americano está casi terminada.

No se ve un solo sacerdote con ropas talaras en todo este país eminentemente católico. No se ven procesiones religiosas. La iglesia ha enmudecido salvo en sus recintos y es esta la tierra en donde he visto la más profunda emoción religiosa, los espectáculos religiosos más solemnes, desde los humildes peones, cubiertos con sus mantas, arrodillados por horas en la catedral, junto a hombres que llevan artículos para sus hogares, mujeres que amamantaban a sus hijos, hasta aquel indescriptible conjunto de indios que van de rodillas a la Basílica de la Virgen de Guadalupe.

Interrogué al presidente Díaz acerca de esto mientras paseábamos por la terraza del Castillo de Chapultepec. Inclino su blanca cabeza, y levantándola nuevamente, fijó directamente sus oscuros ojos en los míos.

“No admitimos que los sacerdotes voten ni les permitimos desempeñar puestos oficiales. Tampoco permitimos que lleven vestimentas que lo distinguan como tales en público, ni permitimos procesiones en las calles -dijo-. Cuando hicimos esas leyes no estábamos luchando contra la religión, sino contra la idolatría. Pretendemos que el más humilde de los mexicanos quede libre del pasado, de manera que pueda comparecer sin miedo frente a cualquier ser humano. No soy hostil a la religión, sino todo lo contrario; a pesar de las experiencias pasadas, creo firmemente que no puede haber verdadero progreso nacional en ningún país, en ninguna época, sin una verdadera religión.”

Así es Porfirio Díaz, el hombre más destacado del hemisferio americano. Toda lo que ha hecho, casi solo, en estos pocos años para un pueblo degradado y desorganizado por la guerra, sin ley y con políticos de ópera cómica, es la gran inspiración del panamericanismo, la esperanza de las repúblicas hispanoamericanas.

Dondequiera que se le vea, en el Castillo de Chapultepec, en su despacho del Palacio Nacional o en la exquisita sala de su sencilla casa en la ciudad, con su joven y bella esposa, rodeado de sus hijos y nietos por parte de su primera esposa, o rodeado de tropas, con el pecho cubierto de las condecoraciones que le han conferido las grandes naciones, él es siempre el mismo: sencillo, conciso y lleno de la dignidad de su fuerza consciente.

A pesar del férreo gobierno que le ha dado a México, a pesar de su prolongada permanencia en el poder que ha hecho a la gente decir que ha convertido una república en una

autocracia, es imposible mirarlo a la cara cuando habla de los principios de la soberanía popular sin creer que aún hoy tomaría las armas y derramaría su sangre en defensa de ella.

Hace solamente unas semanas que el secretario de Estado, Mr. Root, resumió la actitud del presidente, al decir:

“Me ha parecido a mí, que de todos los hombres que hoy viven, el que más vale la pena ver es el general Porfirio Díaz, de México. Porque aun considerando los rasgos aventureros, atrevidos e hidalgos de su carrera, cuando se considera el vasto programa de gobierno que su valor y sabiduría aunados a su carácter imperioso, ha cumplido; cuando se considera su atrayente personalidad única, no hay ser viviente hoy día a quien quisiera yo ver con más interés que al presidente Díaz. Si fuera poeta, escribiría su elogio. Si músico, marchas triunfales. Si mexicano, sentiría que una devota fidelidad de toda la vida no pagaría todo lo que él ha hecho por el que sería mi país. Pero como no soy ni poeta, ni músico ni mexicano, sino solamente un norteamericano que ama la justicia y la libertad y que espera ver su reino entre la humanidad progresar y fortalecerse, veo a Porfirio Díaz, presidente de México, como uno de los grandes hombres que debe ser considerado modelo de heroísmo por el género humano.”